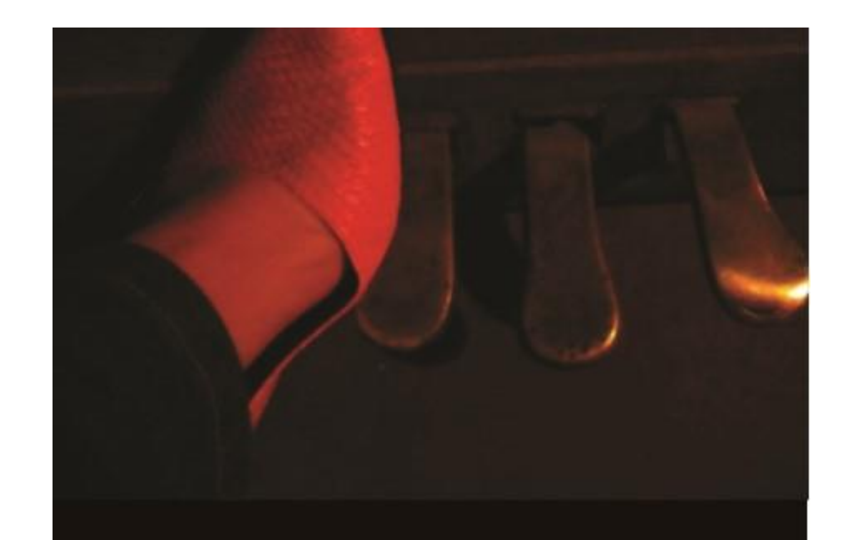
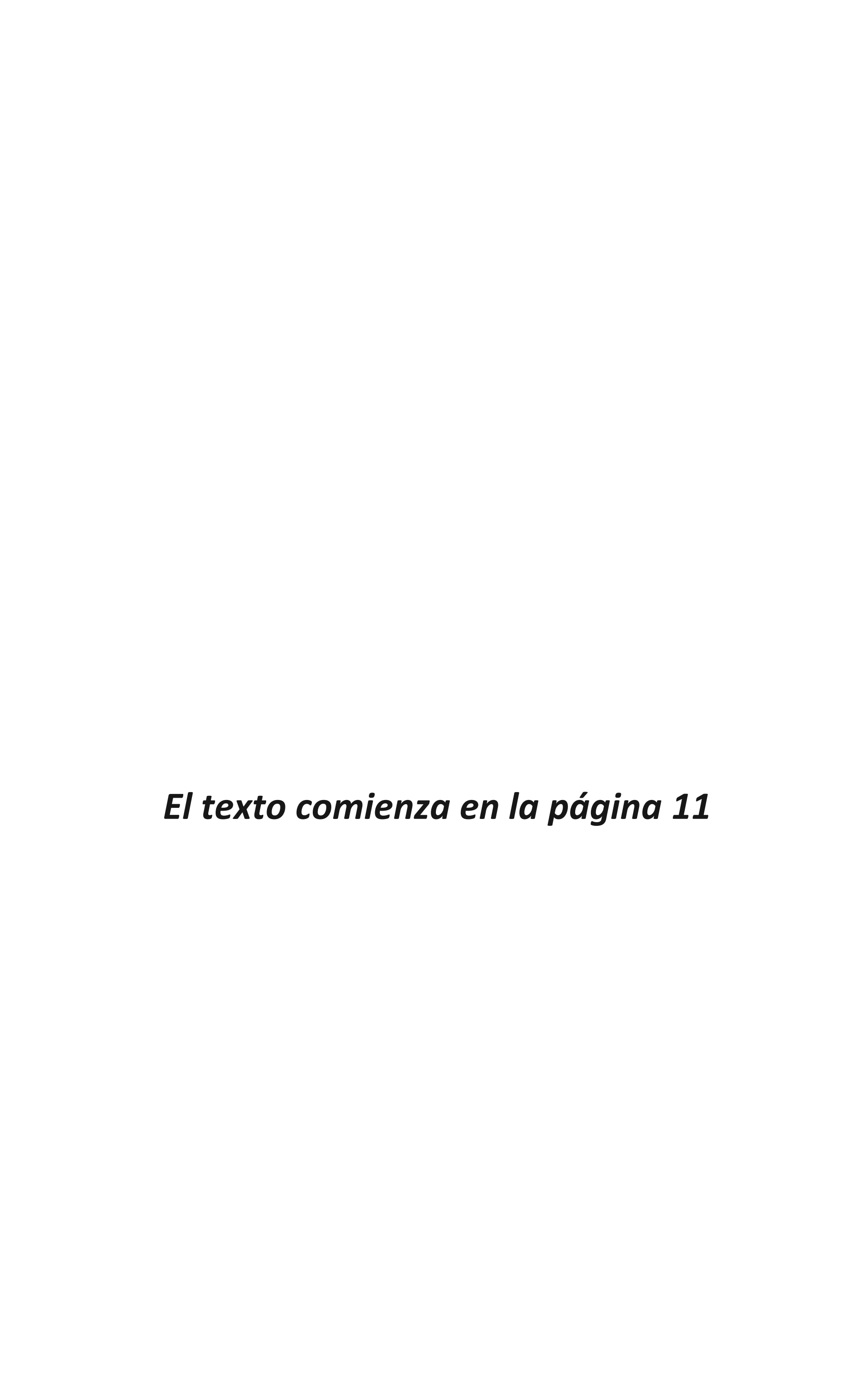


HERNÁN VIDAL

Relatos lipodistróficos

Hernán Vidal

Relatos lipodistróficos



El texto comienza en la página 11

Hernán Vidal

Relatos lipodistróficos

Las Ranas

Entro al terreno de Oski. Lo conocí en el cine porno de Once. Toda una alegría al verme se le aparece. Está sobrevalorándome. Me lleva a Villa Martelli. Entramos a su casa. Es una Ph, hay varios habitándola, toda su familia. Como corresponde no hay padre. En un momento, atravesando las piezas, lo veo a Oski pero no es él, es su hermano. Son gemelos. Está con uno en su cama. Son gemélicamente homosexuales. El que está con él tiene el pelo largo. Vamos al cuarto de Oski que tiene unas cuchetas. Apenas entramos, apenas podemos hacer algo en esas cuchetas. Pero surge el desenfreno. Hoy pienso en ese desenfreno y no era tal, era sexo muerto. Nos ensuciamos. Un día encuentro un papel del Cetrángolo colgado en una pared. Es un nuevo día, una nueva noche en donde encuentro esto y me sorprendo. Siempre lo esperaba en una esquina de Martelli y él me iba a buscar. Ese día me quedé con los ojos en el papel. No recuerdo que decía pero tenía un rótulo, un HIV positivo, cierto algoritmo, eso. Estaba puesto en el papel. Le digo y le cuento de lo mío y él se sincera. Otra vez nos ensuciamos. A la mañana siguiente tengo la fantasía de que desayunamos todos juntos: su hermano, la pareja del hermano, Oski y yo. En algún momento le conté que me faltaba una pastilla para mi medicación de la mañana. Yo había espiado la heladera y

olfateado un frasco de Crixivan. El Crixivan me había salvado la vida y ahora lo tenía ahí. No quería saltearme una toma. El hermano advertido por Oski me entrega mi dosis. Va hacia la heladera, agarra el pote, uno casi sensual, con curvas plásticas y hedor vinílico. Trae la pasta blanca y me la da. Se sonríe como Oski, es igual pero más bello. Me sonríe a mí, se me muestra amable. Me tomo la pastilla y me sigo salvando. Todo se detiene aunque todo sigue. El Crixivan es la fórmula de la felicidad, mi fórmula, mi Fluoxetina, mi Viagra, la pastilla que me anima Un día me lo quedo esperando a Oski en la esquina de Martelli y no aparece. Llamo por teléfono y me dice que se olvidó. Viene con su perrito y vamos de nuevo a la PH. Intentamos hacer algo pero se muestra raro, con reservas. Casi no quiere que lo toque. Dormimos, ni me acuerdo cómo. Seguramente yo, de mal humor por la noche de abstinencia. Me despierto y nos despedimos como si fuera la última vez. Puro silencio, ni una palabrita. Él me ofrecía monedas para mi colectivo, ese día nada. Me vuelvo un poco frustrado por esa vida episódica, por haber tenido un rato y quedarme vacío y sin refugio. Vuelvo a lo de Daniel, que como corresponde está en su trabajo. Miro televisión como un autómata y me entretengo con los peores programas. Pienso en Oski y en esa cara de fascinación que se tornó abúlica. Ese instante. Ni me deprimo porque siento que no estoy. Hay algo frustrante sumado a algo desaparecido que sobresale. Miro la tele y me hago más bobo, más ignorante. Reflexiono acerca de los síntomas sociales, yo siendo parte de un síntoma social. Suelo tener pensamientos ambiciosos ante situaciones ordinarias. La vida se me va presentando así y yo la reduzco con ambición. Una tarea pueril.

Una viejita se duerme en la clase “Los no incautos yerran” dictada por Carmen T. en la Escuela de Orientación Lacaniana. La viejita está que no da más, un

rato estuvo contándole a otra oyente acerca de una nueva actividad en una clínica de adictos que la estaba salvando. Al rato entra Carmen cubierta de un halo misterioso, rodeada por unas alas de deidad, de Carmen Elektra, de señora bien y desaliñada. Creo que comienza a hablar de la posición femenina y a derribar cuestiones referidas a lo femenino. Ella en sí presenta cierto desapego respecto de lo femenino, entonces cuando uno la escucha comprende lo que pronuncia. Ella lo representa. Como corresponde, una participante hace una apreciación respecto de los dichos de Carmen y ubica como queda una mujer desprovista de la mascarada femenina, una mierda. Ella está un poco recauchutada, con incrustaciones de colágeno. Inflada máscara hecha mujer. La viejita analista de adictos se duerme todo el tiempo. Carmen habla de su impulso, de sus ganas de escribir, de esa actividad que la sostiene con proyectos *ad eternum*. La viejita se desploma. Seguramente tienen la misma edad, la misma cantidad de años, pero la vida la duerme a la que yo defino como vieja y sin nombre. Podría llamarse Berta y podría no llamarse de ninguna forma, como la bella durmiente que no está nombrada y ni le pone nombre al príncipe. Acá la bella es Carmen que habla y se enciende. Pulsión de vida. Yo, como corresponde, me quedo mirando a la vieja chota, es eso, una chota, una poronga de vieja con la particularidad de su significación fálica alejadísima de la de Carmen. Carmen provoca envidia, es de esas que no paran de triunfar y que se toman un taxi con orgullo el día en que sube la tarifa. La viejita sale y se toma un doce hasta Pacífico. Cuando atraviesa la calle Oro, la saludan algunas travestis porque en un momento de desesperación se le llenó el consultorio de estas chicas y ahora ella es respetuosa con quienes le dieron subsistencia. Carmen se va a la Recoleta a tomar un café con un excomulgado.

Toma café con crema y habla de proyectos referidos a la psicosis ordinaria. La viejita se cocina una rana que encontró en el jardín, lo vio en una peli francesa de dibujitos en blanco y negro y está dispuesta. A diferencia de lo de la peli, está sola, ella, la rana y la proeza. Un conjunto con una unidad. Carmen se eleva mientras habla de la forclusión generalizada. Pregona su proyecto y no se agota, encontró la fórmula, un paradigma. La vieja no. Apenas una rana verde. El verde es el color de la esperanza de una canción de Diego Torres. La madre de Diego murió de un cáncer y hay sospechas infundadas respecto de Diego y de una serología positiva. El mundo ha creado distorsión y ranas que caen desde el cielo. Benditas sean.

En una época iba a escuchar el seminario que daba Carmen acerca del texto de Miller *Los signos del goce*. Vivía en la casa de Daniel y era una de mis actividades ir a hacer ese seminario y el que le seguía, que era una introducción permanente a Lacan dictada por Carlos Dante García. No entendía una verdadera mierda, sobre todo en el de Carmen pero, como tenía dinero por unas funciones de teatro infantil que realizaba como actor, me había comprado el libraco de Miller invirtiendo una pequeña fortuna. Era mi único libro de psicoanálisis, había hecho toda mi carrera con unos apuntes y en esa ocasión, gracias a mis actuaciones de payaso en Morón, me había decidido a comprar el libro. Pero no había caso, no entendía nada de nada. Me acuerdo de que todo el tiempo hacían referencias al "Parménides" y yo pensaba que Parménides era un edificio o algo parecido a un monumento. Como era tímido no preguntaba y llegué hasta pensar que era un psiquiatra como Lacan. Al tiempo me enteré de que el enigmático Parménides había sido un filósofo, uno maldito y un poco

indescifrable. Para colmo en el curso había un analista que hacía intervenciones más complicadas que las que producía Carmen. Los dos se la pasaban hablando media hora y yo no entendía un pedo, pero Carmen se llenaba de colores y creo que hasta se calentaba. El tipo este estaba algo bueno aunque creo que a Carmen lo que la calentaba era que el la leía, era el único que la leía, como le decía Lacan a Miller. Él es el que me lee. Yo me acuerdo de que una profesora de Psicopatología me señaló como el alumno que la escuchaba y me puse todo colorado. Todos me decían que ella estaba caliente conmigo. Yo estaba como loco entonces no paraba de hacerme machetes en los parciales para tener una nota alta. Pero la relación de Carmen con este tipo era muchísimo más elocuente e intrigante. Nadie sabía de lo que hablaban, si era por ellos estaban a punto de descubrir la pólvora sintética. Vivían sus encuentros superaceleradamente y generaban una excitante envidia social en la concurrida platea. Me acuerdo de que entre la concurrencia había una tarotista lacaniana que tenía una perla en la frente. Era parecida a Morticia Adams y decía que hacía tarot lacaniano. Ella era una perla lacaniana. Un día recuerdo que tomamos un café mientras me hablaba de sus intentos de suicidio y de su adicción a la cultura gótica. Para mí todo era sumamente complicado, deambulaba entre el Parménides, lo gótico, el traje de payaso y la línea Sarmiento que me llevaba a Morón para hacer las funciones en los colegios. Le agrego a toda esta serie de desventuras el hecho de vivir con Daniel y su erisipela. Daniel era HIV y no se medicaba y como respuesta a sus bajas defensas había logrado una reacción infecciosa crónica a la que le decíamos erisipela pero que un infectólogo había nombrado como síndrome de Sweet o Swift. Tengo ese desarreglo significante porque recuerdo que en esa época nos habíamos comprado una

campera medio maricona en un negocio de ropa de mujer que decía Sweet y que tenía un perrito dibujado en la espalda. La cosa es que Dani no paraba de morirse con su síndrome y vivía con fiebre. Además tenía una especie de guía que se llamaba Irene, quien le hablaba todo el tiempo mal de la medicación alópata. Entonces él no sólo no tomaba retrovirales sino que tampoco tomaba antibióticos. Usaba unas gotitas que se llamaban árnica para bajar la fiebre y la fiebre no le bajaba nunca y el loco se pegaba unos viajes descontrolados. No paraba de morirse de fiebre. Yo lo único que hacía era cuidarlo, tomar mi medicación y hacer de payaso en Morón con Roberto, un amigo actor que conseguía unas funciones en los colegios. Con Daniel habíamos tenido una FM en la zona de Martínez pero debido a una interferencia de una radio más grande nos fuimos fundiendo. Nos fundíamos y crecía la infección. Yo en esa época hacía de operador y manejaba la radio, las finanzas de la misma y además conducía un programa que se llamaba "Topless en Acassuso". Todo una mierda y sin un peso. Lo único que teníamos era un canje con una panadería de enfrente de la radio, que nos sacó el auspicio y las facturas cuando me puse a decir que tenía un operador negro que había traído de Senegal y que no se bañaba y que a pesar de eso yo no lo discriminaba. Los de la panadería dijeron que mis dichos eran muy discriminatorios y me sacaron el auspicio. Con el tiempo la radio fue desapareciendo tanto que no se escuchaba ni a las tres cuadras y yo tenía que explicarles a los que pagaban el espacio que en cualquier momento subíamos la potencia. Además teníamos un técnico que había puesto un equipo trucho y que se aprovechaba porque éramos maricones y nos cobraba una fortuna cada vez que se desarreglaba su maldita máquina. Eso lo brotaba a Dani y le hacía subir la fiebre. Recuerdo que yo no paraba de comprar árnica y

raíces de no sé qué mierda, que las rayaba y las comíamos y era un verdadero asco. Era una época en la que nos hacíamos los vegetarianos y comíamos tofu con arroz yamaní. Yo creo que lo que le hacía subir la fiebre era el tofu porque no había nada más feo en el mundo que comerse esa nata. A mí me descomponía y me hacía vomitar la medicación entonces comencé a hacer unas hamburguesas en secreto. Hacía que comía el arroz yamaní pero no, lo tiraba al cesto de basura y me comía mis hamburguesas con papas fritas. Eso creo que me hizo subir las defensas. La chatarra, el alcohol y el sexo descontrolado. Fue en esa época, cuando la radio se nos caía de a cachos, cuando descubrí el cine porno, no cualquiera sino el mío, el de la calle Laprida.

Boxxes

En Boxxes lo encuentro al músico. No recuerdo cómo fue pero entre el enjambre de gente en un momento siento a uno que se me engancha en la entrepierna. Tampoco me acuerdo de lo que sucedió pero termino llevándomelo a la casa de Daniel y no recuerdo por qué Daniel no estaba. Esa noche entramos y no seguimos tocándonos. Algo nos detuvo. Empezamos a escuchar la discografía de Mina. Era un tema en especial que habla sobre una travesti. Gaby, que así era el nombre del músico, estaba encantado. Era mucho mejor escuchar a Mina que ponerse a coger. Eso tiene el fuera del cine, deserotiza, quita fantasía. El asunto es que otra cosa que desmotivó al músico fue que en la repisa en donde estaban los discos de Mina había una serie de frascos interminable. Eran medicamentos homeopáticos que tomaba Daniel para combatir al virus. El músico empieza a pronunciarse. En mi vida no suelo tomar ningún medicamento, ni siquiera para el dolor de cabeza. A mí me daban ganas de decirle algo. No tomaste ningún medicamento pero la estuviste chupando sin forro. No estaba en un día de chistes entonces preferí quedarme callado. Escuchábamos “Donna” mientras comenzó a hacerse de día. Gaby se fue seco y no quedamos en nada. Al tiempo el destino nos juntaría porque yo tenía que escribir una adaptación de *El mago de Oz* y él era el músico

de la obra. En uno de nuestros encuentros de trabajo, Gaby puso un tema del flamante disco de Mina, que era una versión del “Ave María” pero no la más común sino una más rara. Me preguntaba si reconocía quien era la cantante. Para esa época Daniel me había echado de su casa y yo vivía un período de desasosiego y depresión crónica y cualquier cosa que me hiciera recordar la pérdida de mi hogar me ubicaba como a una Dorotea fuera de órbita. Le digo “creo que es Julia Zenko”. Me dice que no y me convoca a pensar más, “dale, pensá un poquito”. Pensar un poquito era pensar en la cantante Mina. Mina era la cantante de Daniel, un ícono de los sesenta que quedo autoexcluida cuando no pudo soportar la presión social de ser madre soltera y de tener que estar flaca. La gorda se recluyó en un lago con su crío y no paró de grabar discos pero jamás volvió a presentarse “en sociedad”. Quedó fuera del sistema, conectada por su venta de música. Afuera por decisión propia, no como yo que estaba afuera desalojado. “Es Mina”, me dice el músico. Ese sonido me deterioró. Quién mierda era él para regresarme a mi desubicación, a mi falta de hogar. No hay hogar como mi hogar. No tenía más aquella cama de la calle Paraguay, ni la cama ni mi cocina. Tampoco los discos de Mina. Recuerdo que antes de irme le robé plata a Daniel. No podía irme sin nada, me lleve dinero y una pesa. El misterio de Oz quedó por fuera de esa casa. Oz es un cielo líquido, una droga maldita. En Paraguay yo había creado mi imperio. Pero no era propietario de ese espacio, sólo cuidaba a una erisipela.

El fin de la erisipela

Cuando terminó aquella erisipela, Dani se empoderó. Pero se le desvirtuó un poco el poder ya que sólo lo usó para meter chongos en la casa. Digo chongos para ser generoso pero lo que metía era un zoológico que él ubicaba en el baño de Constitución y que derivaba hasta su propiedad. Recuerdo que había uno que venía con una venda en los ojos y que Dani guiaba hasta realizar la escena sexual. Yo escuchaba entredormido, en el cuarto contiguo, la escenita erótica. A veces lo hacía con miedo por la cara sospechosa de algunos, pero me dejaba llevar por el sueño. El sueño no es tan mal consejero y en todo caso lo peor que podía sucederme era morirme. Habíamos tenido una situación violenta con Dani en el período preerisipela. Un día se dejó fascinar por un taxi de Santa Fe y Pueyrredón que tenía un hermano mogólico. No recuerdo cómo fue que los hizo entrar pero la historia es que el taxi y el mogólico terminaron moliéndolo a golpes. Recuerdo que esa noche me quedé a dormir en la casa de un novio cubano anticastrista que tenía y cuando regrese al departamento Dani ya no estaba. Lo habían derivado a un sanatorio atendido por unas monjitas porque los chorros le habían dado muchas patadas y entonces él estaba en evaluación. Yo como siempre no paraba de gritarle y de advertirle que con el tiempo lo iban a matar, que lo suyo era un síntoma

y que debía ir a ver a algún licenciado lacaniano para curarse. Una infamia. La cuestión es que Dani le sumaba a la erisipela un severo problema traumatológico. Una licenciada me había dicho a principios de los noventa que el sida atacaba al cerebro, pero yo creo que la debilidad mental de Dani era de base y anterior a contraer el virus. Por eso hizo ingresar al mogólico, habría pensado que el tonto no tenía manos. Pero sí, tenía manos y piernas. Yo creo que fue después de este golpe cuando le reapareció la erisipela. A veces los cuerpos producen síntomas clínicos para prevenir a las personas de la muerte. A mí sus manchitas infecciosas me dieron una labor que era de alguna forma remunerada: ser enfermera. En realidad era una enfermera bastante chota, bastante gasallesca. Lo que hice fue copiar el modelo de mi mamá, porque ella siempre fue alguien que parecía poner una intención de cuidado pero que producía un deterioro del ecosistema. Mi mamá era una persona que permanentemente se ponía tozuda ante cualquier fiebre y particularmente ante mi fiebre postserología. Para ella si tenías fiebre te morías y si no te morías te hacía matar de miedo. Por eso para mí cada fiebre de Daniel era un veneno, era el peor augurio. Y reaccionaba como mi mamá, mortalmente como ella. Y Daniel soportaba mi malicia y mis antecedentes de ser hijo de ella, de *Madame la mort*.

Mi mamá es una perra, pero no una amable caniche sino una dóberman sin pedigrí, una dóberman mestiza. Mestiza y mezclada con algún perro gordo porque es mestiza y gorda. Mestiza y guacha. Guacha porque su mamita se murió y el padre entregó a su única hija en manos de su madrina. Juana. Juanita era una perra, pero no una perrita amable como podría ser una pastora inglesa sino una perra policía mestiza. Muy policía y no tan

mestiza. Juanita recibió entonces a mi mamá y le cagó la vida. A mi mamá la derivaron desde un pueblo de mierda que creo que se llama Solís hasta otro pueblo de mierda, que es donde vivía Juanita, llamado Capilla del señor. Lo único que recuerdo de Capilla es eso, su cementerio. Su cementerio y la piscina del hijo de Juanita, porque no tenía una nena propia sino un nene, nene que creció y que se quedó en Capilla con una casa con pileta en la que se le fueron ahogando sistemáticamente sus hijos. Juana era mala y en su rol de madre se dedicó a criar a un hijo ladino, y de paso la formó a mi mami. El hijo le salió odontólogo, pero no sólo eso, sino que con el tiempo se hizo chorro y más particularmente el chorro del pueblo. Eso porque vivían en Capilla, si no hubiera sido un chorro de ciudad. Mi mamá no, ni odontóloga, ni chorra, mi mamá siguió los pasos de Juanita y luego de cursar su magisterio se recibió de docente. Juana, en el punto cumbre de su carrera, llegó a ser directora de un colegio religioso de mujeres y se codeaba todo el tiempo con monjas y curas. Además llenaba la casa de ella, una casa que tenía en Victoria, que es donde yo viví con Juanita, de santos. Juanita amaba las estampitas, las velas y a todos los santos. Era campechana y dura, portadora de una mueca de gente de campo, de gestos que no se pronunciaban hacia ningún lado, pero que no daban amables. No era amable, era policíaca. Policía y celadora en un colegio de monjas al que concurría mi mamá. Mi mamá mamó cultura católica de la mano de Juana, que era la directora. A Juanita no le alcanzó la santidad porque le salió el hijo malvado. O quizás ésa sea la santidad católica, engendrar el mal. En Capilla había algo malo, algo insano y de mal augurio. El odontólogo se casó con el tiempo con una alcohólica irrecuperable que tenía unos padres esquizofrénicos que vivían con ellos al fondo. La pareja les hacía cuidar a sus hijos por eso se le

morían en la piscina. La señora, que era la más esquizofrénica de los dos, coleccionaba muñecas patas largas. Tenía ochenta y cinco muñecas todas repartidas en su casa. Nietos ahogados y muñecas en patas. Juana, cuando ya vivía en Victoria, odiaba regresar a Capilla. Me llevaba como a su nieto que no lo era porque era uno postizo y me hacía ver cómo despreciaba a sus nietos verdaderos. Estos chicos mugrientos, estos pedazos de barro, estas mugres de mi hijo con honores. El hijo con honores le sacaba a Juanita hasta lo que no tenía y mi mamá presenciaba cada escena de ultraje con cara de adoptada desposeída. Juanita le creó al odontólogo un cerebro ambicioso, que derivó en una pileta profunda y agrietada. A él el destino se le hizo agua espumante, algo de cirrosis, los dementes en el fondo y la vida de delincuente. Mi mamá no logró honores universitarios y sólo se procuró criar hijos para organizarles una ciénaga. Los pueblos siempre presentan algo desolador. Juanita se fue de su Capilla preservando la desolación como su reserva natural, su conífera, roció a Victoria con su cáncer de pueblo. Y la evangelizó pueblerina y villana a mi mamá, quien se dejó nombrar porque era una excomulgada de Solís. En Victoria me armaron un pueblo famélico, una maqueta. En esa localidad, estas Circes se dispusieron a dejarme sin padre. Huérfano como mi mamá, en mi derrota.

Sin padre estaba Lowrasch, pobrecito él. Se la pasaba aclarando todo el tiempo que su papá estaba en el sur y que se había ido luego de una discusión con su mamá. El señor se fue al campo y la familia se la pasó hablando de él pero en alemán y Lowrasch no entendía nada. Quedó por fuera de la historia y por fuera de la lengua. Cuando creció, a Lowrasch le empezaron a gustar los hombres y esto enfadó

a su familia alemana, entonces se tuvo que ir de su casa, irse de prepo como un maricón alemán ahuyentado por una familia aria y conservadora. Se fue a vivir a un barco como un marinero siempre con la fantasía de encontrar algún día a su padre. Pero los viajes los hacía por Europa y su progenitor estaba, según el mito familiar, en el sur, asilado en alguna colonia de ex nazis. Ésa era otra vertiente del mito. Su papá habría estado en algún campo, como soldado en el mismo o hasta con algún cargo, y ahora se encontraría en el sur, en Trelew, o en Caleta Olivia, o en alguna ciudad de ésas. La fantasía de Lowrasch era ir al encuentro de su padre, abrazarlo, preguntarle si había participado del exterminio de judíos y quedarse a vivir con él un tiempo para recuperar el vínculo padre hijo. Pero era tal el temor a que ese encuentro no se produjese que, como en un eterno *impasse*, él elegía viajar. Cuando me lo encuentro a Lowrasch, yo tenía 18 y él, 36. Él vivía con un ex payaso en la calle French, que luego de haber dejado el último circo se dedicaba a vender cualquier cosa en los colectivos. Un ex payaso y un ex marinero. Ni bien lo conozco me voy a vivir con él ya que estaba pasando un período de violencia crónica y familiar. Mi mamá tenía un marido alcohólico y golpeador que intentaba asesinarla todas las noches y que también quería hacerlo conmigo ya que, desafortunadamente, intervenía para que no se produjese el homicidio. Esto duró todo un año y mi paciencia tuvo su límite y ni bien tuve la oportunidad me fui a vivir al monoambiente que Lowrasch compartía con el payaso. La convivencia era espantosa porque el payaso era gordo y verborrágico y no paraba de relatar su experiencia circense y de hablar de una temporada en la que estuvo junto a Carlitos Balá, que fue su momento de gloria como artista, digo el momento de gloria del payaso, no el de Carlitos. Un día le di un ultimátum a Low “o te quedás con el payaso

o te quedás conmigo”. Recuerdo la triste partida del payaso que creo que se fue a vivir a un pueblo y mi cargo de conciencia que me duró media hora. Sí, muy poco tiempo porque esa era la época en la que la calle Santa Fe era una furia, su pleno furor. Yo estaba feliz, me había sacado a mi madre, a mi padrastro, a mis hermanas, al payaso, a todos de encima, y estaba viviendo con un tipo a tres cuadras de Santa Fe y Pueyrredón, calle por la que no paraban de transitar hombres que te invitaban a sus departamentos a tener sexo. La monogamia me debe haber durado dos semanas porque a la tercera me interné en Santa Fe. Lowrasch se enojó, se enfureció un poco. Pero me dejó escaparme, me dejó divertirme en esa fiesta que era la calle Santa Fe cuando era toda nuestra, ese espacio público para mí, para encontrarlos a todos y sentirlos cerca de ella. Santa Fe era mi vía, lo que me mantenía vivo. Luz de día y luz de noche. Le aprendí los códigos y me puse más listo de lo que suponía. No era delinquir, era robarle sexo. Sin ser un adonis siempre iba a encontrar algo que me tocara a mí. Sin madre y sin payaso en mi imperio. Santa Fe era mi carretera principal, mi nexo hacia el mundo. Con el tiempo Low comenzó a preocuparse porque yo me perdía, porque yo me dejaba llevar por la calle y podía quedarme una semana entera en la casa de alguno y no dar señales de vida. No podía sostener demasiado ningún trabajo y era bastante mal estudiante de Psicología, entonces por mutua decisión decidimos mudarnos un poco alejados de Santa Fe. Nos fuimos a vivir al pasaje Bollini, el pasaje al acto, el inicio del viaje hacia el sida. En Bollini se me infecta el temperamento, fue una vista pornográfica de una película. Un hombre ingresa a un cuarto, están él y un banco que parece de goma o de un material por el estilo. El hombre embarduna la silla con crema y al rato uno presenciará cómo él con su ano se la comerá lentamente. Así como mi

hermana disfrutaba de la película *Laberinto* y la veía de un modo interminable, yo no paraba de presenciar esa escena. A partir de Bollini iba a comenzar a comerme la vida de un modo voraz y por el orificio que fuese. Fue algo que vi que hizo instalar en mí una fantasía sadiana. Fantasía que me dejó una marca en el cuerpo y que lo convirtió en un cuerpo condenado. Una falsa ética del mal.

Bollini

En Bolllini se produce el encuentro de los cuatro mosqueteros. Ya afiancé mi relación amistosa con mi amigo Hugo, con quien hacíamos teatro realizando funciones de una obra que se llamaba *Comparsa, los habitantes de Tánatos*, obra de mi autoría, dirección y demás. Estaba enloquecido por la película de Fassbinder *Querelle*, y *Comparsa* era lo que más me acercaba a plasmar esa vista, era mi limitada capacidad artística plasmada ahí. Hugo interpretaba a Marionne, a quien él le había otorgado un apellido que era Von Trotta, y en ese período Marionne se fue apoderando de Hugo de un modo perturbador y maníaco. Yo estaba tomado por el delirio de Schreber, un loco que rescata Freud no para atender sino para comentar sus memorias, digo comentar para hacerme el minimalista porque lo que hace es una exhaustiva tesis sobre la psicosis. En la facultad el delirio schreberiano era lo más, pero lo que a mí más me pegaba a esa locura era todo el tema transexual de Schreber. El loquito este, ni bien lo nombran presidente de la Corte Suprema de Justicia, se brota y comienza a enarbolar un delirio relacionado con el cambio de sexo y con ser la mujer de Dios. No la mujer de un fabricante de Strudel, ninguna mujer ordinaria, nada menos que la de Dios. Para ese entonces en la facultad todos vivíamos impregnados de dos delirios: el del loco

Schreber y el del hombre de las ratas. A mí me costaba aprenderme la parte teórica de los casos pero la parte novelada me la sabía toda, recordaba los nombres y todo el chusmerío de los vínculos. Pero en ambos casos, tanto en el de la jueza transexual como en el del hombre de las ratas, estaba el tema homosexual de trasfondo, una queriendo ser la novia de Dios, la otra fantaseando con tragarse ratas por el culo. A esto se le sumaba el caso Dora, que según Freud era una histérica recalcitrante a la que no había pene que le calzase y que según Lacan era una histérica recalcitrante que no paraba de hacer de su clítoris un pene. Todo al revés, los hombres eran dos trolas y la Dora esta, un chongo masturbador. Toda esta sobreexcitación teórica me hizo interesarme por la cultura trans, interés que derivó en mis visitas al bar Incógnito, bar que quedaba en Palermo y que con Hugo denominábamos "Tánatos". Incógnito mostraba en su presentación y su funcionamiento de lo que se trataba su nominación: un bar atendido por mujeres lesbianas por el que transitaban hombres travestidos y transexuales regentados por las primeras. Los hombres iban a consumir a otros de su mismo sexo pero con cierta distorsión en la presentación, teniendo que negociar con mujeres con aspecto de hombre. La que comandaba este multiespacio era Susana, que yo veía igualita a James Dean y que, pensándola ahora, tenía un *look* más Brad Davies. Brad era un ícono gay de los ochenta que representaba toda la liturgia gay con calvario incluido. Bello hasta doler, besándose a sí mismo en la película de Fassbinder, sodomizado por un negro enorme en la misma película, manteniendo relaciones con presos en otra de Alan Parker, con el antecedente de ser una *pornostar*, determinando el calvario de su lujuria homoerótica con una muerte vinculada a la peste rosa. Brad era un poema que yo adosaba a mi serie de mitos, el

de la muerte producida por un exceso de consoladores en Fassbinder, el de la ejecutada por un taxiboy sobre el cuerpo de Passolini. Los artistas con tendencias narcisísticas culminaban sus vidas apestados o engendrando su autopunición. Yo para ese entonces ya venía creando una tara de género solventada por todas estas historietas y que iba a derivar en que mi vida debía transcurrir por desfiladeros. El borde sería entonces mi escenario. Por eso cuando Hugo comenzó a cambiar el texto de un monólogo de *Comparsa* no me sorprendí. Cuando él relataba cómo trasladaba al personaje que habíamos creado para la escena hacia las calles de Dock Sud, hacia los camiones de esas calles, hacia los baños de las estaciones de lo que en ese entonces era lo suburbano, allí advertí cómo se administraba mi herencia de pueblo. Mi patrimonio me hacía mostrarme en el centro pero olfateando la periferia. Éramos de pueblo apuntando a la ciudad, fascinados por sus luces, con un ímpetu fallido y una ambición tosca. Además era enfermizo pensar que nuestra locura podría tener alguna trascendencia. No éramos ni bellos ni ricos, dos pordioseros encerrados en baños públicos haciendo un show. Le rezábamos a la muerte confiando que de esa forma íbamos a producir algún impacto. Nuestra *Comparsa* duró apenas quince funciones. Poco para nuestra sed.

La que nos calmó la sed y el hambre fue la gallega. Era amiga de Low y regresó desde Madrid como una fracasada. Según ella se había cansado de la cultura hispánica y quería volver al barrio. Pero los tres sabíamos que mentía porque nadie puede tener ganas de querer volver al barrio. Se pasaba las horas hablando de sus experiencias sexuales con superhombres en Ibiza, en Badalona, en Barcelona y particularmente en un bar que

ella denominaba "El elefante blanco". Los tres escuchábamos sus cuentos un poco adormecidos pero con el tiempo nos fueron naciendo ganas de ir alguna vez al "elefante" a cenar y a consumir a sus hombres. Ella, la gallega, lo hizo adiestrarse a Low en el consumo de hombres. A la semana de estar en Buenos Aires se hizo experta conocedora del chonguerío de la calle Lavalle, seguramente trasladando su experiencia madrileña en lo referente al comercio de hombres. "Yo olfateo y sé dónde está la mejor carne", decía la ibérica. Y era así, olfateaba y lograba su suculento bocado. "Yo nunca voy a vivir en un pueblo, lo mío es ser reina de ciudad." Y era así, la trola se venía con su valijita a nuestro departamento de Bollini y se instalaba hasta quedarse seca de goce. "Yo elijo la tarifa, no van a venir estos ignorantes a imponerme precios fuera de mi alcance, yo los ubico, les enseño y ellos aprenden y me cobran lo que decido pagar que siempre es poco", pregonaba la trola como una maestra jardinera, pero una maestra despierta ya que lo que decía era lo que sucedía, pagaba lo que se le cantaba. Con el tiempo se fue haciendo famosa en Lavalle y, como su sueldo no alcanzaba para solventar tanta lujuria chongueril, la astuta comenzó a pagarles a sus hombres con suculentas cenas que brindaba en la casa de Low, organizando el banquete de un modo integral. Low se envició con la gallega, cocinaba como una diosa espartana y lo deleitaba con sus chongos que quedaban exhaustos de tanta comida y que, para que se repitiese el banquete, se los garchaban hasta dejarlos ardidos. La gallega era una verdadera hechicera de la cocina, una joya que venía de Europa y que representaba plena satisfacción. Para Low, este arribo significó una etapa de apertura. Nuestro sexo era escaso, sonso y poco esfintereano y la gallega como una sacerdotisa lo introdujo en la tierra de Sodoma Lavalle que se extendía hasta

Bollini. La europea le enseñó a coger, a abrirse todo y a recibir la carne de estos hombres pagados. Tanta apertura le creó a Low una ambición de carne desmedida, se envició con los chongos. La ambición sexual es una mala consejera sobre todo en una era virulenta. Lavalle ya las había embriagado de vicio, ahora era el turno de sentenciarlas con una peste. El mundo seguiría adoptando una mirada condenatoria y hostil hacia los descontrolados. La gallega habría querido reconstruir su Ibiza, adosándolo a Low en su proyecto. Pero el otro era débil, un abandonado por su papá, que a su vez había sido abandonado por su tierra natal y por su gobierno. No es lo mismo el curso del destino para una española adiestrada en Europa que para un alemancito huérfano. La orfandad es un estigma que genera almicidios como el que pregonaba el presidente Schreber. Las aves le recomendaban al loco el suicidio del alma y su conversión en mujer. En Lavalle se producía otro tipo de canto de sirenas para Herr Lowrasch. Uno virulento aunque también relacionado con la demencia.

"Dejame sangrar." Ésa era la frase que se había adosado Marionne, quien también se copió el apellido de la directora de cine alemana que es Von Trotta. El invento de la maricona era querer pertenecer al mundo de los perdedores, mundo al que todos queríamos pertenecer de una manera compulsiva, pero ella quería hacerlo dentro del mundo travesti. Tampoco quería hacerlo del todo porque lo suyo no apuntaba al comercio sexual sino a una forma de expresión artística. Una ridícula. Entonces Marionne no se enlazaba con las otras, no se ponía los tacos y salía hacía la calle Scalabrini Ortiz a mostrar su máscara. Lo hacía en la periferia, en el Dock. Ella vivía en una pensión de por ahí muy solitaria, muy ensimismada con su escritura. Escribía mal pero era ampulosa. Escribía desastrosamente

mal y con todas las faltas de ortografía y sin reflexionar sobre el contenido ni sobre su escasa formación. Estaba más preparada para ser una vendedora de sexo austera que una Gabriela Mistral, pero seguía. Para inspirarse se vestía de su Marionne Von Trotta y salía a la calle a intentar subirse a camiones. Era fea y peluda como un culo pero tenía uno bastante firme aunque peludo. Lo que tenía era vocación y las ganas de expresar su arte. Una fantasía poco cotidiana y desvirtuada de película de Stephen Frears, muchachita joven transformada manteniendo sexo desenfrenado en camión con camionero esbelto. Camina por las calles haciendo sonar sus tacos, enfrentando a un fugaz aire de otoño. El invierno es su estación favorita, la estación de las reinas, dice ella, estación para entrenarse para el carnaval. Llega hasta un camión gigantesco con acoplado. Toca la chapa, el armazón del mismo que está sucio y se embarduna la boca con lo sucio. Tenía un lápiz labial que le regaló Lowrasch cuando juntos distribuían estos cosméticos por las farmacias. Mezcla el lápiz con la mugre del camión. Dentro del acoplado hay un negro enorme igualito al turco que sodomiza a Brad Davies en la peli de Fassbinder. Se acerca a la ventanilla erguida como un tero y lo mira dormir. “Yo soy Marionne Von Trotta, la artista”, se dice mientras espera que el negro se despierte. Media hora pasa hasta que lo hace y otra media hora hasta que se le anima a hablarle. El negro se despertó y se quedó mudo ante el fenómeno. Baja la ventanilla. “¿Qué necesitas, linda?” “Chupártela hasta sacarte la leche.” Es europea, es directa y además tiene voracidad de hembra. El negro abre la puerta volando y la diva ingresa. Se mira a un espejito cautivada como Brad, como una Querelle se moja los labios con su lengua. El negro se baja los pantalones y ella se dirige hacia ahí, hacia la carne erguida que la convoca. Come con voracidad y con un hambre

fuera de registro humano, deshumanizada, maquinizada en una fiera sexual. Lo enloquece al camionero hasta detenerse. Congela la escena, lo mira a los ojos. Él mira negro, negrísimo como toda su piel ahora aceitada por la transpiración, la mira encuerado porque se saca su remera, la mira y no para de mirarla. “Ahora me vas a dar la leche, vas a romperme la boca con tu leche.” El negro se enloquece, le agarra la cabeza hasta atragantarla. Por un instante Von Trotta está muerta, traga y respira apenas pero algo está muerto. Revive y regresa al espejo. “Mugre, lápiz labial, leche, yo soy Marionne, la artista.” Huye despavorida como una murciélaga. Los tacos suenan firmes sobre el pavimento. “*I’m alive*.”

Low camina por Lavalle con los cordones desatados de las zapatillas
La anatomía del sufrimiento espera
Y busca al hombre más barato, el que no cueste, el que se acueste
La anatomía del sufrimiento es ésta

Una tarde ingresa Hugo a escena con su maldición. Desde hacía un tiempo Low la consideraba a Marionne como a un ser siniestro y tenía sus reservas. Se está poniendo maldita, se está volviendo mala. En la obra estaba incontrolable, pero en mi casa no había nada que representar. Los malditos artistas hacen de la ficción algo literal. Trae un papel entre manos.

Éste es el papel que grita, el maldito papel que me desacredita
Me acostumbraré a vivir así
Ya me voy acostumbrando, no es difícil
El mitómano se cae
No hay mentiras que sostener

Éste es el arte de los paracaidistas
Voy cayendo desde arriba, no es difícil

Una serología positiva, Hugo ingresa a escena con una serología positiva entre manos. Low se deprime, se le deteriora la cara y particularmente la mirada. Se pone estrábico. Los riesgos del consumo de hombres, tanto camionero, nena, tanta leche mal tragada no te hizo bien. ¿Mal tragada, me decís? ¿Quién mierda sos vos para decirme que estuvo mal tragada? Vine a que me abrazaran, a que me dieran contención, no a esta sentencia, pedazo de sorete. Sale corriendo como una bambi por la calle Coronel Díaz, calle que tiene arboledas y que se presta para que ella se transforme en una bambi, no es un bosque pero es un algo. Desorientada como un animalito se queda un rato en un bar alargando la toma de un cortado. Como es domingo, cerca de las diez y siete, se para sobre sus piernas de reina madre dispuesta a ir hacia el teatro. Esa noche se realizaba la función en donde ella intervenía haciendo de Marionne y aconsejando a Emma, otra travesti, para iniciarse en el comercio sexual y en el consumo de cocaína. Cerca del final de la obra, la diva relataba cómo había logrado performar su ser mujer, ubicando a la intersección de Avellaneda y de Valentín Alsina como el espacio de su iniciación. Esa noche una Marionne virulenta iba a modificar el texto de su monólogo.

Monólogo de Marionne.

Morir me cansa, me agota. No fue mi madre que se desembarazó, que odió parirme, que me tuvo de repente entre ruinas. No fue la caca de gallinas con la que me alimenté durante mi infancia generando una distorsión en el paladar. No fue la hermandad que compartía con mi hermana con un amor famélico que nos deterioraba y que

nos dejaba huérfanas ante la presencia de nuestros padres, que eran dos esqueletos hambrientos de ganas de desaparecer. No era papá con su falta de gracia, ni mamá con su elocuente ausencia, ni esa tía que hacía giras por los psiquiátricos, eso no. Tampoco la comida rancia, esa falta de amor en la producción de lo que ingeríamos, ese desagrado de la merienda, almuerzo y cena, eso soso, desalineado y desprovisto, “sabor a nada” como la canción de Ortega. Ni siquiera la falta de belleza, o esa simpleza en el rostro, o esa fealdad que no lograba pronunciarse, o el cutis graso que se agudizó en la adolescencia, o las marcas o el deterioro de mi temple. Ni el techo de chapa, ni el ruido sobre el techo de lo que caía, ni el baño destartalado, ni eso nauseabundo que nos abrumaba, ni la falta de un aroma que vitalizara. Nada de eso. No sé qué fue lo que me llevó a escarbar en el aroma de los camioneros. Qué desajuste, qué manía, qué epilepsia me hizo acercarme hasta ese rumbo. Sade creó la filosofía del tocador, yo diseñé un camino que se inició en baños públicos llegando hasta un desafío. Mi ley es la ley del desafío, uno que contiene palabras:
sangre, leche, mugre, lo soso. Mi certamen.

Lowrasch no la aplaude, Lowrasch la mira y le teme. “Vamos a viajar”, me dice, “hay momentos para estar aquí y momentos en los que hay que viajar, tengo plata ahorrada, nos vamos a Chile, yo viajo ahora a Córdoba, a lo de Roque, vos te venís en una semana y nos vamos a Chile. Cortémosla con el circo de Marionne.” Viajar, dormir, morir, ser o no ser. Se inicia la procrastinación.

Acerca de la procrastinación

Mi padre me abandonó, mi padre no supo hacer nada conmigo. Cuando la conoce a mi mamá era viudo y tenía dos hijos, una nena y un nene. La leyenda cuenta que enviudece porque la enferma a la madre de los nenes. No lo hace directamente, no es que la contagia de algo o que la deja a la intemperie en alguna selva sino que la mata con su actitud aletargada. Tampoco era un no hacer nada, lo suyo era una detención reflexiva pero enfermante para el gusto de algunos y sobre todo para el gusto de ella que no digirió lo que él frenaba y se organizó un cáncer de garganta que terminó fulminándola. Pero mucho antes la fulminaron las ambiciones de mi padre y sus proyectos vinculados a la venta de arte, relacionados con la ubicación de pinturas que él consideraba valiosas y que, con la presunción de que en el tiempo iban a tener un valor superlativo en el mercado internacional, generaban gastos que salían de las necesidades familiares. Para mi padre un juguete podía ser una necesidad sustituible. Un juguete se puede reemplazar por algo que uno arme con sus manos. "Mierda", pensaba mi hermana Esther, "mierda podemos hacer con todo lo que no nos das." Con unas acuarelas que le trajo su tío comenzó a pintar unas esferas que dibujaba y que enseguida captaron la atención del mercader de cuadros. Esferas dentro de esferas, esferas que se veían

medio cuadradas, esferas apenas delineadas, una nena de ocho pintando cuerpos geométricos insertados. “Esta chica tiene talento”, pronuncia el padre, “no sólo me voy a dedicar a conseguir obras que incrementen nuestro patrimonio sino que voy a invertir en la educación de la artista de la familia.” La madre de la artista escuchaba lo que el padre pronunciaba como una sentencia. Malditas sean tus esferas que nos privan de la elaboración de comidas que nos agraden al paladar, malditas sean tus ganas de crear que te dejan y nos dejan con harapos, maldigo a todo este circuito artístico que termina dejándome desmaquillada, desalimentada, desvestida. Papá tenía una filosofía, se basaba en que él debía encontrar un objeto precioso que lo hiciera trascender, por eso apostaba a la compra de obras de artistas desconocidos y ahora al talento de Esther. Era sólo esperar a que se produjese la ocasión en el mercado y la chispa en la niña. Con el tiempo la nena, creo que producto de su mala alimentación, dejó de hacer esferas. Con el tiempo la madre de la nena, producto de la decadencia familiar, comenzó a sentir su cáncer. Papá descubrió otra frase. La vida de los artistas y también la de los descubridores de artistas es dura, hasta físicamente dura. La vida de la madre de la nena se fue endureciendo rápidamente y lo dejó al mercader viudo y con dos hijos.

Un viudo con la necesidad de encontrar obras geniales de artistas ignotos y además a una niñera que criara a sus huérfanos de madre. Para ese entonces mi mamá vivía refugiada en reformatorios trabajando de maestra especial. Juanita, su madre postiza, le había conseguido un cargo que ella sostenía con su vocación de celadora. La tarea de mamá era específica, era enfrentarse con niños problemáticos que eran peligrosos para sí y para terceros, una tarea de domesticadora que ella realizaba con

fortaleza. Ante cualquier inconveniente con los niños, ella tenía una solución final que era la de agarrarlos de los pelos y meter sus cabezas debajo de una canilla y llenarlos de agua. Los dejaba ahogados y sin ganas de ser peligrosos para sí ni para terceros. Este dispositivo lo aprendió en la mierda de Solís, en donde luego de las palizas de Juanita ella se refugiaba cerca de un río y se dedicaba a ahogar gatos. Gatos que no eran peligrosos ni para sí ni para terceros. Como el trabajo era estresante, mamá recorría con una amiga, en su tiempo libre, galerías de arte para despegarse un poco de la canilla.

Además en estos lugares ella y su amiga tomaban algo de alcohol, bebida que las volvía más blandas y más tolerables, ya que el trabajo controlador y estresante que tenía mi mamá, la había vuelto intolerable para sí y para terceros. Un plomo de persona, una mujer que recurría a lugares comunes para referirse a todos los temas y que utilizaba actitudes hostiles para enfrentar todas las situaciones. Una soreta humana, una mierda, una aguja ubicada en el colmenar pero sin dulzura, una pasta pero no de melaza, una pasta de peste, el sacrilegio, todo el período evangelizador, una civilización desorientada enfrentada a la posibilidad de desaparecer aunque con la vanidad del descubridor de la pirámide, un microclima pero no con termas, sino con temblores, la decadencia y no sólo de una zona sino de un territorio infinito, todo eso. Todo eso se encuentra con mi padre en su rol de *marchant* cazatalentos. Si el encuentro entre Perón y Evita en el Luna Park tuvo un destello sublime que encendió las ganas de recrear la situación a Tim Rice hasta inmortalizarla a Evita universalmente, el encuentro de mi padre y mi madre apenas encendió una lamparita de pocos voltios y bajo consumo, o una lámpara de luz negra que pronunciara la furia de las miradas, o unos cuarzos tirados en el piso que

desnudaran las marcas de los rostros y las edades, la diferencia de edad, el encuentro de un señor mayor con una joven. Soy viudo, recientemente viudo, mi mujer murió fulminada por un cáncer, desgargantada la pobre y me dejó, desafortunadamente solo y al cuidado de dos niños, un nene y una nena, no recuerdo exactamente sus edades, creo que ella tiene ocho. Soy soltera. Vivo con Juanita, mi mamá es docente, ex directora del Bendito Jesús de Praga. "¿Dónde queda Praga?", pregunta papá. "En Europa. Jesús no murió en Praga pero así como el cadáver de Evita recorrió toda Europa, incluida la ciudad de Praga, el de Cristo también lo hizo." Ya desde jovencita era ignorante y rellenaba su ignorancia con respuestas insólitas y audaces. ¿Tienes dos niños? Mi madre me introdujo en el amor hacia la docencia y hacia los niños. Soy maestra especial. "¿Qué es maestra especial?", pregunta papá. Ni bien terminé el magisterio realicé una tecnicatura para ser maestra especial y tengo un diploma para poder atender niños con problemas psiquiátricos. Mis hijos tienen algunos problemas psiquiátricos, sobre todo mi nena que no para… bah… no paraba de pintar esferas. Ella, como es casi psiquiatra y casi especialista en todo, le dice: "Si querés un día voy a tu casa, la veo a la nena y le interpreto los dibujos". "¿Cuántos años tenés? Sos jovencita." En ese momento mamá recordó cuando junto con su familia huyó desde Solís hasta Devoto, como una Evita menos ambiciosa, por un traslado de trabajo de su padrino, quien la hizo vivir en la casa del cuidador de la estación del ferrocarril. Como Evita, quería ser modelo y actriz. Pero la mamá de mamá no era la de Evita. Ni bien la madrina se enteró de sus ambiciones se la pasó haciendo recomendaciones aplastantes para exorcizarla.

Monólogo de Juanita.

¿Actriz? ¿Modelo? Vinimos desde el campo, desde la santidad de la naturaleza para que te enteres inmediatamente de lo que el diablo les quiere vender a las chiquilinas. Mirá lo que le sucedió a Evita, a esa puta desenfrenada a la que sólo el cáncer pudo sanar de su ambición promiscua. Yo no te retiré de la chacra destartalada de los Miara para que tomaras decisiones de sirvienta. ¿Sabés lo que eras? Una vasija de barro. Tus hermanos quedaron todos desquiciados sometidos a la intemperie de Solís y al alcohol. ¿Querés que te regrese? ¿Querés volver al rancho pedazo de ingrata? ¿Además quién te dijo que tu belleza pueril y pueblerina tiene algún valor en esta ciudad? A Eva una bruja la entrenó en la ambición y el desparpajo pero le advirtió de las nefastas derivaciones del hechizo. ¿Qué bruja consultaste vos? ¿Quién te embriagó de esa vanidad? ¿Qué querés mostrar? Dios me castiga porque no he sido lo suficientemente dura. Tu hermano se está convirtiendo en una eminencia en la odontología ¿En qué mierda querés convertirte vos? La confesión. Deberás confesarle a alguien tu vanidad y si no lo haces se te descarrilará el destino tal cual le sucedió a la puta peronista.

Chile

En Chile pedís una empanada y te traen una pizza, pedís una pizza y te dan una trompada. Odian a los argentinos, un poco menos a los mendocinos pero sólo un poco menos. A Germán se le ocurre ir a Chile por un atajo que se encuentra entre San Juan y la playa La Serena. Yo acepto viajar porque estaba desconcentrado y con ganas de no tomar decisiones. El viaje lo íbamos a hacer en su Citroën azul, atravesar la cordillera en un Citroën. Consistía en subir hasta la parte alta de una montaña y luego bajar abruptamente y caer a veces, no siempre, en algún pozo con agua. Muchas subidas, sus correspondientes bajadas y algunos pozos. Detesto la naturaleza, maldigo la naturaleza, prefiero apreciar una mancha de humedad sobre una pared que el jacarandá (aunque el agua que se filtra en la pared es un líquido natural de la madre naturaleza). Prefiero estar encerrado en una caja de cartón corrugado que ver las cataratas del Iguazú. Esta preferencia se acrecentó luego de las interminables caídas a pozos húmedos que se sucedieron en nuestro atravesamiento cordillerano. Llegamos y estaba La Serena. Hacía frío aunque era pleno verano. Dormimos en un superhotel con frigobar y disfruté de bebidas blancas. ¿Qué hacía en ese lugar? ¿Cuál era mi misión estando ahí?

La de Low era llegar hasta Santiago y tener en esa ciudad una reunión de negocios.

Hacía tiempo que no encontraba una actividad que le fuese redituable y en aquel tiempo la tenía. Por la noche dormíamos juntos, casi siempre separados, aniquilando nuestro idilio. ¿Qué se comparte? ¿Qué se disfruta con el otro en esa estadía fallida? Viajamos a Santiago y el verano que no cesa de no determinarse y el frío que se nos cuela y que congela más lo gélido de nuestro estar. ¿Qué hacemos en Santiago? ¿Qué fiesta está estancada en nuestro corazón que nos hace compartir este viaje insensato? ¿Cuál despedida? Santiago es una ciudad con máscara, tiene alrededores con pretensiones neoconservadoras pero relleno de pueblo siniestro como un Solís o un Capilla del Señor. En el noventa tenía un toque de queda automatizado en la piel del pueblo que los hacía partir pronto a sus hogares ante la aproximación de la oscuridad. Tiene una plaza que aglutina como podría ser cualquier plaza de pueblo, en donde se juntan los vendedores con los buscavidas, las sirvientas con las cazafortunas, los morochos con los indígenas, todos murmurando, todos mascullando. Y odian a los argentinos. Hacia los costados existen lugares más excéntricos con chilenos adinerados que sostienen una momificada cara de desprecio hacia esa Plaza. Aunque también nos odian. Existen los shoppings y las prendas color amarillo pastel, los terracotas, lo árido de cordillera y el color que no se pronuncia. Los chilenos son mexicanos apocopados. No tienen ni su color, ni sus civilizaciones originarias prestigiosas, ni su temple pero tiene un algo mexicano. Yo me la pasaba encerrado en hoteles porque estaba como de costumbre bastante fóbico. Un día regresó Germán de una reunión luego de la cena. Estaba preocupado. Estos chilenos me quieren embaucar, hablan de negocios de un modo particular, no sé si creerles.

Dejate llevar por lo que te dice tu corazón. Si nos referimos al cuerpo, el órgano corazón no le decía nada a Low, aún. Los que si estaban haciéndose notar eran sus pies y una llaga que no cicatrizaba en la zona del recto. Estoy recuperándome económicamente y mirá lo que me sucede. Me muestra su recto. Una lastimadura rojiza está estancada. Le pregunto desde hace cuánto tiempo. Meses. ¿Consultaste a alguien? Tengo miedo. No continúo con la charla. Es difícil hablar cuando no hay predisposición para hacerlo, cuando la boca se vuelve una cerradura, cuando no es recomendable pensar ya que cualquier pensamiento retornaría a la visión del tajo en el recto. El tajo al poco tiempo se trasladó al pie. El pie al poco tiempo se convirtió en un ramillete de tajos. Hubo que regresar porque Chile no estaba para todo el tiempo. Yo no manejo, no manejaba ni nunca lo haré. Low nos hizo regresar con su descomposición de pie, con sus cicatrices nos volvimos lentamente. Antes pasamos por Córdoba, por la casa de Roque, una ex pareja de Low, en donde su Roca lo llenó de gotas de todo. Cuidalo, hay algo raro, algo indescifrable, vuela de fiebre. Sí, lo sé. Está tajeado, todo cortado en los pies, pero está tomando Amoxicilina que le prescribieron antes de partir de Chile. Cuidalo, obligalo a que se haga ver. ¿A quién voy a obligar yo a hacer qué cosa? Regresamos casi de milagro, Low sufriendo todo el tiempo por su malestar, yo evitando ver, esquivando la mirada, asfixiando el pensamiento. Estoy mal, vuelo de fiebre. La fiebre sube y baja, le digo. Ahora está alta, sólo resta que baje. En el departamento está Hugo vestido de mujer, esperándonos, fumándose un rubio.

Fiebre y la contaminación
Se detiene este tiempo y la fiebre que no baja
Fiebre elevada
Aprendo a temblar

Soy casi una máquina de temblar

“¿Qué te pasó?” “Nada. Venimos de viajar.” “¿No lo ves que está pálido, no lo ves qué está más flaco?” “No, no me di cuenta, no nos dimos cuenta.” Digo y recontradigo. “Claro, vos no te das cuenta de nada, se te puede morir alguien a tu lado que no lo registrás.” “Como que no, cuando vos te mueras lo voy a registrar, voy a sacar fotos y las voy a guardar en el libraco *Juvenilia* del forro de Miguel Cané, ése va a ser mi homenaje, Marionne.” Low nos observa casi epilépticamente, presiente el descarrilamiento pero tan solo observa. “Yo también me desquicié con los hombres, tanta calle Lavalle, tanto chonguerío hostil.” “Qué duda cabe, morir nos cansa.” Frase final de Marionne.

El goce en Colona

La versión era la siguiente. Edipo va con una valijita y recorre los baños públicos de la ciudad. En uno de estos baños conoce a un tipo con el que se engancha y éste se lo lleva a su casa. Los encuentros sexuales son violentos y Edipo termina siempre con su miembro lastimado y sangrando. Sin embargo, a pesar del malestar y de la lastimadura, nuestro héroe seguía concurriendo a los baños y al encuentro con su perturbador amante. Hasta que finalmente en otro novedoso y repetitivo encuentro Edipo enloquece y lo apuñala a su consecuente *partenaire*. Edipo apesadumbrado llora en la casa del muerto hasta que lo sorprenden golpes en la puerta. Abre e ingresa a la habitación una misteriosa mujer. Silenciosamente se dirige hacia él con sus manos en posición de garra. Se detiene ante sus ojos y se los arranca mientras pronuncia la frase “Parricida”. Luego de la mutilación, la mujer lo bañará y alimentará hasta dejarlo saciado y loco, asqueado de tanto amor de madre. Loco y muerto porque ella finalmente se encargará de amarlo hasta eliminarlo. *El goce en Colona* la ensayábamos en la casa de Low mientras él iba enloqueciendo. Que enloqueciera, para mi visión corta, era que no pudiera embocar el líquido en el vaso o que se equivocara de recipiente o que tomara de una olla por ejemplo. Que comenzará a hablar de su padre, que revelara

cómo fue su desencuentro. Según lo que comenzó a comentar alocadamente era que un año atrás, él había decidido ir a buscarlo. Rastreando información averiguó que vivía en Trelew y consiguió la dirección exacta de su domicilio. Viajó en invierno, con todas las expectativas, llevando fotos, impregnado del recuerdo de un encuentro que habían tenido cuando Low era niño y que fue ocultado por toda la familia, no así por su memoria. Viajó y durante todo el viaje no paró de llorar y de sentir esa melancolía de niño huérfano de padre. Por fin llegó a la dirección averiguada, una casita blanca y básica en el medio de un campo vacío, enloquecido por el silbido del viento. Viajó, lloró y golpeó la puerta. Lo atendió un desconocido.

Monólogo del desconocido.

¿Su padre era don Raimundo? Ah, sí, él vivía en esta casita pero desafortunadamente le tengo que decir que el don se nos murió. ¿Usted es el hijo? Nunca nos dijo que tenía un hijo tan grande… Usted debe tener como 40... Don Raimundo tuvo unos críos con alguna pero son mucho más jóvenes. Su padre era bueno aunque tenía esa rudeza que tenemos los hombres de pueblo. A veces nos hablaba de Berlín y de su experiencia y se le llenaban los ojos de lágrimas. No era melancolía lo de él, eran lágrimas de bronca. Era un viejo quejoso, se quejaba y muy mucho del abandono que sintió de parte de su nación. Se ponía endemoniado, hasta le salía baba con colores de la boca. Decía que él había dado todo y que la recompensa ante tanta entrega fue quedarse en el medio de la nada con el maldito viento. Un día unos espías lo vinieron a buscar. Todo el pueblo lo protegió, lo llevamos a un sótano de un vecino y estuvo dos largas semanas encerrado. Hasta que

los cazadores se cansaron y se retiraron. Nos agradeció cocinando postres y haciendo arreglos por las casas de todo el pueblo. Se lo terminó queriendo a pesar de ser un tipo quejoso. Cuando murió varios lloramos un largo rato. ¿Usted es el hijo? Lo único que puedo darle de él es esta medalla, no sé si es una condecoración, no sé si dice algo, no sé si es algo valioso. Él me la había regalado, se la dejo. No me gusta recordar a los muertos teniendo sus cosas. Tómela. Es suya. Recuérdelo usted.

Low regresa y llora. Agarra la medallita, trata de descifrarla, de utilizar su corto e inútil alemán y llora. “Papito, papaíto, Raimond… Herr Lowrasch… ¿Cómo se nombraba al padre en alemán? Cuánto dolor.” Recordar luego de peregrinar, regresar con medalla de lata y con un zumbido en los oídos luego del llanto. Encerrarse y no comentar, apaciguar la angustia con la medalla en mano. Colona es la bendita ciudad donde todo se silencia, donde el dolor estalla en la carne sin pronunciarse, donde se cocina a fuego lento lo que tardará en convertirse en palabras. Cuando los héroes sienten que su tragedia está realizada solo resta esperar una definición. Eso hacíamos con Hugo, esperar y ver como la contaminación avanzaba. Esperar y mirar hacia el techo sabiendo que hasta las paredes más macizas, producto de la humedad, se pueden desmoronar con el tiempo. Eso aprendimos esperando y observándolo a Low, que el techo es una pared.

Germán camina por el cuarto con los cordones desatados de las zapatillas

Cazadores de nazis estaban cazando nazis para esa época. Germán leía el diario y al rato comenzaba a inquietarse. Lo van a cazar, papá está en peligro. Estos

malditos judíos cazadores no van a tener piedad. Le van a hacer de todo, me van a hacer de todo. El estuvo en Auschwitz, tuvo una participación activa. Esta condecoración que tengo es fruto de su buena labor. Me van a venir a buscar a mí. ¿Por qué a vos? ¿Qué tenés que ver vos? Le pregunto para calmar el delirio y la insensatez. Agrego una aclaración inoportuna. Además él está muerto. Él no está muerto, yo soy Raimundo Lowrasch, cuando no lo encuentren van a venir por mí. Además tengo esta medalla, tiremos esta medalla por el inodoro. La arrojamos buscando la paz, pero el delirio avanzaba y el desconcierto no cesaba. Para despejar dudas una tarde lo llevo a la guardia del Hospital Fernández. Allí lo inspecciona un médico residente con poca voluntad y me recomienda que vaya al Ameghino, una institución dedicada a la salud mental. En la institución de locos lo ve una psicóloga y Germán comienza a relatar su historieta refiriéndose particularmente a los cazadores que lo estaban acosando. Cuando sale le pregunto a la licenciada cómo estuvo todo y ella con una impostada voz de locutora lacaniana enuncia "Habló." "Sí, ya sé pelotuda que habló, pero ¿qué mierda hago?" "No se exalte. ¿Usted es un familiar?" "Yo no sé qué soy, quién soy, qué hago acá." "Yo sí sé qué hago", se detiene. "Yo escuché y él habló." "Y cuando habló le dijo que tira toda la comida a la mierda, que ayer estuvo intentando comer por la oreja, que no entiende nada de nada." La licenciada me mira recapacitando su intervención. "Vaya y exija que le hagan análisis clínicos en el Fernández." Regreso caminando porque no teníamos ni una mínima moneda. Treinta cuadras que se convierten en un calvario, desandando el camino con la cabeza casi pegada al cemento. Solo y arrepentido de tanta soledad, exhausto de esa determinación precoz de estar ahí enfrentando el dilema solo. En un momento aparece una

necesidad perturbadora de querer recurrir a mi madre. Para ese entonces ella vivía atormentada por el alcoholismo recurrente de mi padrastro, jaqueada por él y sometiendo a sus hijas a la violencia familiar. Haber huido del genocidio alcohólico con Low había significado mi salvación. Si yo recurría a mamá por la situación que se precipitaba ella iba a pronunciar una sentencia asfixiante. Además dudo de que me hubiera ayudado, sólo habría realizado un viaje relámpago para poner cara de triunfo ante mi deteriorado fracaso. Comprobar eso y regresar a su campo borracho. Sin recurrir a nadie, llego hasta el Fernández en donde obtengo un ramillete de órdenes médicas. Sin recurrir a nadie, regreso a nuestra casa. Germán con el paso de las horas se iba aniñando, convirtiéndose en uno de cinco. Lo observo entredormirse mientras escucho sus relatos infantiles acerca de la próxima captura hasta que se desploma. Cuando lo hace no paro de mirarlo, detenidamente, intentando captar cada instante de ese momento. Cuando uno presiente el desenlace, los ojos tratan de capturar las imágenes de un modo en que el tiempo quede momificado. Lo miré todo, lo besé y lo recordé registrando cada parte suya, a todo él y a la nada que nos invadía. No fue una noche de insomnio, sólo traté de negar al sueño porque ese cuerpo iba a abandonarme.

Yo procrastinaré

Te vas y yo acá a punto de iniciar el viaje hacia la procrastinación
Morirán duques, morirán príncipes pero la muerte del rey padre
Nunca dejará de no pronunciarse
De tornarse una elipse
No hay reino más inoportuno que Dinamarca
Para Raimundo Lowrasch Polonia le marcó un límite

Se convirtió en un abandona hijo tras su trayecto de exterminador
Una psicóloga del Centro dos enunció que nada quiero saber de la muerte
Luego salió disparada, se tomó un taxi y se pintó los labios
Nada sé pero al toque te enarbolo una línea transfinita de duques
No hablo de una línea infinita ni con finitud
La describo y califico de transfinita y psicótica Al escribir esto percibo al recurrente asesinato
Si está esa acción es porque su nombre está inscripto
De una forma desordenada y vacilante
Apuntando al semblante, hacia la máscara
Entonces un nuevo descubrimiento
No estoy en el campo de la psicosis
Aunque ame a mi delirio como a mí mismo
Como amaba Freud a Edipo y a las dos madres
La de los dos héroes
Yo procrastinaré
Y lo haré delirantemente
Delirio corto y sudamericano
Con aspiraciones sarmientistas Heidegger en
mi horizonte.

El teatro muerto

El teatro South queda en la calle Venezuela y siempre va a quedar en una calle Venezuela. Recuerdo que la primera vez que lo vi tenía unos vidrios pintados que daban a la calle y unas cortinas pesadas y gruesas de una tela importante y se imponía precisamente eso, una presentación austera con importancia. La primera vez que llegué hasta su puerta fue porque buscaba un espacio para ofrecer mi obra. En aquel entonces estaba en cartel un espectáculo de AFA que se llamaba *La peste misma*. Peste ambiciosa si lo lograba ser, peste con ambiciones de enfermedad superdotada. Una noche, la peste del sur me perforó la retina. *Varsovia awakening*, con la dirección de AFA y la puesta de luces del mismísimo diablo. Esa visión me encandiló y me convirtió en un fanático, un AFA fan. Más adelante, La Fundación Ant posibilitaría que tomara clases en el teatro dictadas por él. Recuerdo una audición en la que hice de pájaro recitando un monólogo de una obra mía que se llamaba *Once*, obra que narraba la historia de un pastor evangelista que había encontrado su vocación de prepo, luego de ser capturado por un policía en un baño público practicando la sodomía. Brindarse hacia el evangelio era una especie de *probation* que realizaba este pobre, castigo que no le alcanzaba porque además él lo que se imponía era tener que encontrar a María. La virgen, no

la puta. Un evangelista *laissez faire*, un cachivache del evangelio. Lo que no recuerdo bien es por qué en el monólogo yo hacía de pájaro. Antes de las presentaciones de los monólogos, AFA nos mostró un video de una brasilera que salía de un cajón, tardando como veinte minutos en hacerlo, y era el suceso de todos los festivales internacionales de teatro. A mí en vez de hacer de muerto se me ocurrió hacer de pájaro, y me movía mucho más rápido que la muerta esta. AFA tenía un carácter recontra podrido y sus alumnos (nosotros veníamos a sumarnos a una camada ya formada y subsidiada) le tenían terror. Era como el padre de *Tótem y tabú*, el libraco de tribu de Freud, un padre al que se amaba mientras todo tu cuerpo iba temblando. Cuando yo ingreso a la institución, para variar, lo hago en un momento de opacidad. Yo tengo esa virtud que es la de arribar y que al rato se comiencen a apagar las lamparitas. Para ese entonces, al tiempo de iniciadas las clases, AFA y su compañía viajaban al Festival de Montreal a presentar una obra que, según mi interpretación, mostraba a un grupo de amigos hablando en esperanto, tomando alcohol, entre los cuales había uno que era judío y que en el medio de la reunión de puro borracho se quedaba dormido y comenzaba a tener pesadillas, pesadillas que, como su origen era semita, tenían que ver con Auschwitz, Treblinka y todos esos campos. Entonces ni bien se dormía el fulano salían del ropero el abuelo, la bobe, la tía Sara, Eva Braun, Molly Brown, todo un escuadrón que lo mantenía en un sufrimiento continuo al pobre judío este. La obra en Buenos Aires funcionaba muy bien. Venían comitivas de Macabi y de Hebraica y salían descorazonados. El asunto fue en Canadá en donde el tema judío no conmovió. No sólo eso sino que las críticas destruyeron la obra y lo destruyeron a AFA. AFA vivía pendiente de los premios, de las críticas, del diario *La*

Nación, de los críticos del diario *La Nación*, hasta del mobiliario de *La Nación*, tenía una dependencia erotómana con *La Nación*. AFA desempeñaba paralelamente su oficio de *régisseur* mientras seguía incursionando en el arte contemporáneo y su aspiración era que *La Nación* lo reconociera como un ícono múltiple, sobresaliente e internacional. El tema era que a AFA le gustaba mostrar desnudos a sus protagonistas que parecían todos salidos de una revista *Imperio* y era dificultoso para *La Nación* calificar con un sobresaliente un espectáculo tan homoerótico. Digamos que Olga Cosentino salía hipercaliente luego de la función, se pegaba una ducha fría y se le pasaba la calentura sobresaliente. Entonces le ponía un "bueno" y esto le amargaba la vida al *régisseur*. Lo amargaba y le hacía sentir añoranza respecto de lo creado, generaba que él melancolizara a su arte. Por ejemplo, se la pasaba diciendo que *Varsovia awakening* era una obra perfecta, lo decía como una sentencia y nos dejaba a todos conmovidos con esta determinación incuestionable. Para colmo yo escuchaba esto y no podía detener mi vida desorganizada, manteniéndome perfectamente en la ruina. No recuerdo qué era lo que me sostenía allí o qué esperaban de mi insolvencia. Lo que sí me acuerdo es que me ofrecí para hacer luces y para incursionar en esa actividad. Obviamente mi incursión resultó fallida porque yo no sé pelar cables y además le tengo terror a la electricidad porque de niño mi mamá me dejaba solo con una empleada que le tenía fobia a los cables y me hacía enchufar a mí y como era torpe me la pasaba saltando de las patadas de corriente. Entonces en una puesta de Araiz, que hacía en el teatro, se instaló de una forma precaria y desenchufada, gracias a mi colaboración, el diseño de luces. Pero no sólo mi falta de experiencia como pelacables me dejó afuera de la cabina de los técnicos. Cuando me

dispuse a ser operador técnico, concurría con una frecuencia diaria a presenciar las funciones de la obra de los tipos que hablaban en Esperanto. Sistemáticamente en la escena en donde comenzaba a desfilar el enjambre de víctimas del holocausto, a mí me bajaba la presión y me desmayaba. Me convertí en una molestia en la cabina. Entonces me dijeron que me dedicara a quitar los cafés del bar cuando se iniciaba la función. Una vez vino un crítico del *Buenos Aires Herald* y AFA estaba muy pendiente de que todo saliera bien, porque no recuerdo qué contacto tenía este fulano con algún festival internacional. Ni bien ingresaron todos a la sala, yo comencé a juntar las tacitas con sus correspondientes platitos (que eran bastantes ya que a todos les daba por tomar café). Cuando realizaba esto lo tenía a AFA observándome porque él no quería que se produjese un mínimo ruido para que los espectadores no se distrajeran. No sé si fue mi *panic attack* o que tenía las manos algo húmedas, pero a los diez minutos de iniciada la función, se me cae una taza al suelo. AFA me agarró el brazo y lo apretó con mucha fuerza durante los siguientes diez minutos. Fue así como dejé de juntar tazas y platos. Entonces, luego de mis fracasados intentos técnico-serviles, para poder tener alguna chance artística, con Hugo nos esforzábamos en armar nuestro espectáculo *El goce en Colona* mientras a Germán se le llenaba el cerebro de nata. Un día en medio de los ensayos viene Roque desde Córdoba (Germán lo había llamado) y se dedicó a hablar conmigo.

Monólogo de Roque.

¿Vos te das cuenta de lo que está pasando, pendejo? ¿Te estás haciendo el pelotudo o sos pelotudo? Cuando

estuvieron en casa pesaba como treinta kilos más. ¿Cómo no te diste cuenta? ¿Cuánto tiempo vas a tardar para volver a llevarlo al médico? Se la pasan ensayando mientras el otro escupe ese líquido blanco. Ensayan y limpian. Esto se terminó. Están en mi departamento y hace más de medio año que no pagan el alquiler. No te echo porque ahora me lo llevo a Córdoba y necesito el lugar para cuando lo regrese, el lugar y a vos, si es que estás dispuesto a hacer algo además de ensayar. ¿Tienen un estreno pronto? Espero que les vaya para el orto.

Con Hugo nos quedamos mirándolo mientras hacíamos unos penes de crealina para usar en la obra. Ese día le íbamos a mostrar el show a Mariela, una asistente de AFA que había logrado que *Varsovia Awakening* se estrenara en Nueva York y que saliera una crítica en el *New York Times*. Mientras confeccionábamos nuestras pijas artísticas le respondo: Roquito, hoy tenemos un encuentro extraordinario. Tenés razón, debería preocuparme más por la baba blanca de Low pero justo está una comitiva de organizadores de festivales internacionales parando en la casa de la que quiere ver lo que hacemos. A la ocasión hay que agarrarla de los pelos. Roque sale enfurecido y golpea la puerta. Camina por Coronel Díaz con los ojos vidriosos producto de la lágrima contenida. Galopa, no camina. No sé sabe bien qué es lo que lo corre, que fantasía, cual amenaza amarga. En un momento ingresa al Alto Palermo, sube por todas las escaleras y se detiene en el último piso. Se dirige, como una gacela, hacia los baños del fondo. Ingresa. Están repletos de hombres, algunos lavándose las manos, otros espiándose en los mingitorios. Se dirige hacia uno de estos y se dispone a orinar o a esperar. Uno se le ubica al lado y lo roza bien de cerca. Si te metés ahí no te vas a olvidar nunca de lo que ésta te va a hacer. Se la toca.

Se la muestra. Roque se deja llevar por la invitación. Por lo que vio. El tipo le mete una mano en la boca, como si fuera una garra y lo sodomiza mecánicamente. Por un instante, Ro recupera la imagen de Hugo y la mía creando penes de crealina. Silenciosa creación para ninguna posteridad. Creación interrumpida como el golpe que le brinda el otro cuando termina. Lo empuja y lo deja encerrado. Luego bajará todas las escaleritas que subió regresando a la escena de la lágrima contenida. La lágrima y esa imagen pendenciera de nosotros dos armando pitos.

Describamos el escenario donde todo sucederá.

La terminal de ómnibus es una verdadera desgracia. Intentaron reformarla y quedó bastante reconstruida, pero persiste algo que la empuja al deterioro. Quizás sean las almas marchitas de los que ingresan repletos de esperanzas con ansias de conquistar la ciudad, famélicos turistas empecinados en dotarse en Buenos Aires. Quizás sea la villa 31 que está tan pegada y tan en pleno y continuo crecimiento, porque al ingresar a la terminal se vislumbra la villa y a su gente. La terminal brinda un panorama de lo que el turista deberá enfrentar. Es una vista buchona y poco austera. Ya adentro del espacio comienzan a intervenir sus personajes. Debe haber tenido un pasado intenso dedicado al descontrol, ya que siempre hay gente pululando intentado procurarse sexo casual, a pesar de la excesiva vigilancia. En otra época existía un cine porno, más cercano a las estaciones de tren, en donde la población gay y la que se encontraba por fuera de la denominación iban a desenfrenarse y a convertir el lugar en un templo insigne que derivó en las pobres búsquedas que realizan algunos de sus ex participantes ya entrados en años. También está la delincuencia afilada, que sale de la villa de ahí cerca o

que realiza su trabajo para escaparse a sus respectivas villas en el conurbano. Para no ser reduccionistas, mucha gente aparece con sus valijas y con sus sonrisas y sus ansias de viajar y de disfrutar de sus vacaciones. Pero la terminal tiene un algo imperceptible que melancoliza al ímpetu. Están las lágrimas de despedidas y de reencuentros y los "hasta pronto" y "hasta nunca". Triste espíritu de encuentro y de despedida. Mientras sus descorazonados personajes la sitian. Como a una isla. Irrumpiendo e interrumpiendo y reforzando la lágrima. Estigmatizando las escenas de espera y de despedida. Como esta descripción a los delincuentes y a los villeros. Describamos al personaje que se despide.

Germán Lowrasch, 40 años, calvo, con una barba algo candado, con los ojos descoloridos, flaco hasta no poder más, altísimo, blanco, ario, casi alemán, hijo de un ex exterminador que participó en el genocidio judío en Auschwitz, con un cargo incierto, con una muerte producida en Trelew, quien se casó alguna vez con la madre de Germán, quien lo echó de su domicilio al no aceptar las desviaciones sexuales de su hijo, hijo que se dedicó a viajar y a recorrer los siete mares, quien luego culmina anclado en Buenos Aires, descubriendo la sexualidad de la ciudad, ahora en un estado indefinido, a esperas de diagnóstico, con la boca repleta de baba blanca, sentado en una escalerita cercana a la puerta de salida, arrojando su baba sin pudor, no reprime, sólo arroja ese líquido, no mira porque casi no ve, hay algo de su destino ya definido, con la decisión de Roque de llevarlo a su casa en Córdoba, con la presunción de que el campo recupera lo irrecuperable, esperando a los personajes que participarán de su despedida.

Describamos a los personajes que se despedirán.

Con Hugo venimos desde el Parakultural New Border, luego de una función algo confusa de *El goce*, flaquísimos, casi gemelos, él con restos de acné, yo aun más flaco, desesperados, soñando con la gloria, desconcentradísimos, una crítica de *Página 12* vino a vernos y se fue ofuscada, Hilda, medimos casi lo mismo, somos morochos de pelo, somos algo hermanos, nos espera la gallega, más alta que nosotros, más diva, más glamorosa y vestida a lo Dior, más compenetrada en la escena, nosotros afuera del afuera, con cara de paracaidistas, sabiendo que es una tragedia pero con la convicción de que la tragedia es una comedia de enredos, enredados en nuestras convicciones obtusas, hambrientos de fama, hambrientos de gloria, hambrientos de comida, está también La roca, el más petizo, el más apesadumbrado, el más en situación, con anteojos culo de botella, perdiendo el pelo del estrés, con una pose como si tuviera un bastón, un tres pies, mirando con desconsuelo al saca baba blanca, esperando el ómnibus.

Y la maldita escena.

La estación de ómnibus es una caja helada
Un dolor espantoso
Insoportable

Llegamos a la estación y está ahí, sentadito en la escalera pronunciando el texto danzado de su *sketch*, “el tira baba blanca” como en una obra de Pina Bausch, esas obras construidas a partir de cuestionarios. ¿Qué significa una despedida? ¿Qué es morirse? ¿Cómo se representa el irse? Un hombre calvo y flaquísimo sentado en una escalera arrojando su baba blanca. La música de fondo ¿Wim Mertems? No, mejor una canción tradicional infantil en idioma inglés. No, mejor aun sería esa misma canción pero traducida al alemán. En un momento el

alemancito lo mira a Hugo. Abrazo a lo Bausch, Hugo lo abraza, lo aprieta y sale la baba blanca. Ahora más a lo AFA. Hugo lo abraza, lo aprieta, yo me dirijo hasta su boca y comienzo a quitar de un modo lento una tela, de color blanco opaco, que parte desde su boca y que quito retrocediendo y la escena dura un rato. Llega el ómnibus y se abren las puertas, Germán va hasta él y se encuentra con su padre vestido de soldado. Es joven, muy joven. Tiene una esvástica en su brazo. Se escucha una ópera de Puccini de fondo, *Madame Butterfly*. Se besan, no como un hijo con un padre, se besan como dos amantes, eróticamente. Están en la puerta del ómnibus. Aparece la madre que estaba dentro del ómnibus. Dejan de besarse. Germán se agarra los ojos como sintiendo una ceguera. Ella habla, le dice "Parricida". Ya no es una de AFA, es una mía. Mi obra, mi goce, en la silenciosa Colona. La terminal. *Black out*. El goce en Ítaka

Penélope despide a Ulises que parte hacia Ítaka, su tierra natal, a defenderla (a la tierra no a la hembra) en compañía de otros hombres. Estos hombres lo despegan de ella y se lo llevan a la guerra. La pobre se queda sola armando barquitos de papel. En el viaje Ulises descubre ritos extrañamente sexuales que termina practicando con sus compañeros. La mujer recibe la visita de un pretendiente que la hace detener de la morosa construcción de barcos sin fin. Ulises regresa y le roba al visitante, un tal Johnny, el hombre de verde. Entonces la infeliz retoma su tarea pueril de hacedora de papeletas pero en medio del proceso creativo se descompensa y se enfurece. Mientras tanto, a Ulises no le va tan bien en el transexualizado viaje. Ulises muere antes de arribar y antes de que la doña lo reencuentre. Por suerte estos hombres desbordados son mucho más brujas que Penélope, y dominan la posibilidad

de quitar y de recuperar la vida. El amor entre hombres pulsa a la vida y a la muerte de un modo ambivalente, hacia Ítaka. Cuando la chica decide participar se esfuerza, se murcielaguiza, se reconstruye viril. Pero en su irrupción aparece un déficit que la deja fuera de juego. No está a la altura, no logra poder estar o no la dejan lograr hacerlo. Culmina muerta con su cabeza adentro de un fuentón. Final tétrico para la tejedora de barcos. Ensayábamos ante la mirada excesiva y excedida de Polifemo. AFA nos recontrasupervisaba y nos guiaba hacia su estilo. Yo para adosarle mi marca particular, visibilizo la situación de Hugo que se hace *vox populi*. Fue luego de una fiebre que lo mantuvo algo apartado de los ensayos cuando el resto del elenco se entera de su situación infectológica, comenzando todos a temer de una forma sobreactuada por la vida del marinero con tacos (ése era su rol en la representación). Un día AFA, casi convocando a una reunión de prensa de los que conformábamos el grupo de gente que sostenía al teatro, se esmera en el discurso. “Estos jóvenes están viviendo una tragedia, están transitando un camino sin curso, a la deriva.” “Gracias por el pronóstico”, le digo. “Hugo tiene unas líneas de fiebre que seguramente bajarán en estos días y retomará los ensayos.” “¿Cuándo vas a sacar a Hugo de tu espectáculo para que el proyecto pueda concretarse?” Silencio. Al tiempo Hugo regresa algo estigmatizado pero sin fiebre. Su sentencia se inmiscuye en el medio de los ensayos, hace profunda nuestra corta edad procurándonos algo de vuelo. Volaba por los techos depositando sus tacos en el cielo del sur. La mujer de uno de los actores que trabajaba en la obra vivía desquiciada. Era hiperfóbica y, cada vez que Hugo se le aparecía o que presenciaba una escena en donde su marido y él interactuaban, le bajaba la presión. Hugo se transformó en nuestro amuleto de la mala suerte, dolorosa

presencia que irradiaba malestar. Era como Germán lo había anunciado, un referente perturbador que convocaba a posturas y visiones reaccionarias. Frente a tanta insensatez, yo terminaba cayendo ante las miradas repletas de sentencias y de malas intenciones, convirtiéndonos en un ex dúo excéntrico, ahora peligroso y con pronóstico reservado. El viaje de Germán y la reincidente fiebre de Hugo me encasillaban en la línea del sida. AFA vivía por fuera de nuestras vidas apareciendo sólo como una voz que se pronunciaba. “¿Qué van a hacer? ¿Qué vas a hacer con él? El teatro necesita que esto funcione.” ¿Qué funciona en mí, maldito acertijo casi shakesperiano? Para darle un golpe de horno a la desgracia, una tarde luego de un ensayo, en el que todo el elenco me observaba con la peor angustia del año, me dirijo con Hugo hacia la salida en donde me esperaba la gallega y mi amigo, el señor C.

Mister C

El señor C era y es un superbailarín. Heredó la genética del superbaile de su supermadre recontrabailarina que transmitió el legado de las hiperadiestradas piernas a sus dos hijos varones. El mayor con el tiempo desarrolló su carrera como bailarín de musicales llegando a ser línea de coro de Susana Giménez. Su hermano mientras tanto miraba a su mayor divisando el horizonte, ansiándolo. Una perturbadora ansia hacia un hermano del mismo sexo. El padre de ambos era un desaparecido altamente alcohólico, que reaparecía cuando no tenía un céntimo para el tetra. Este retorno lo sacaba de quicio a Morgan, el hermano de C y le generaba una ambición protagónica en el rubro musical, ambición que lo arrastraba al hermanito como quien arrea a una ovejita. C era obediente y dependiente de la limosna famélica que le brindaba su hermano mayor, que lo hacía porque no tenía otra y por sentir culpa de la paternidad fallida y alcohólica del progenitor de ambos, autoimponiéndose ese incómodo rol. Con el tiempo C comenzó a desarrollarse como danzarín y a concurrir, de una forma obsesiva, a presenciar las funciones de "La mujer del año" en donde su hermano la levantaba a la pesada de Susana Giménez. El bailarín para fascinarlo aun más a su hermanito no paraba de comentarle cómo había salvado casi de la muerte a la gorda Susana, cuando un día

en medio de un truco la obesa se tira de lo alto, como una bolsa de papas y él la rescata agarrándola de la peluca postiza, segundos antes de que su rostro, ya colagenizado, se estallara contra el escenario. El bailarín relataba esta anécdota como lo que lo hacía sentir orgulloso y digno en el mundo del *show bussiness* y en el mundo mortal en general. El hermanito lo oía como si fuera un relato de las mil y unas noches, fascinado con el canto de sirenas del que le tocaba la peluca y el culo agrietado de la mismísima diva. Susana era, es y será un ícono, la representación viva de un acceso indescifrable hacia el éxito. No cantaba, no bailaba, no actuaba, no era inteligente, no era sutil, no era bella. Sí era bizca y algo excedida de peso. No tenía ninguna particularidad ni valor artístico ni personal que hiciera presumir que su éxito estaba asegurado. Lo que sí hizo fue utilizar su vagina para ahuecar posibilidades. Escribió una detallada lista en la que ubicaba los nombres y los hombres que tuvieran brillo de trascendencia. Recibió el impacto de los golpes del boxeo al tiempo que se le encendió la mecha del reconocimiento. Nunca amó, sólo se procuró establecerse para poder amasar una fortuna que la sostuviera a ella y a su abandonada hija. De joven no era tan estrábica, el estrabismo fue el resultado de tanta tensión en la mirada, de tanto cálculo que hacía para poder zigzaguear ante los golpes. No es una tarea sencilla la de ser una mujer golpeada aunque se tenga una ambición desmedida. Para el hermano de C, tener bajo su responsabilidad el cuidado de la cabeza de esta rubia ambiciosa y triunfadora era un logro *per se* y lo ubicaba en una situación enigmática, como si fuera el cuidador de la cabeza de Medusa, objeto fuera de serie que generaba una magna interrogación. ¿Qué hay en esa cabeza que parece estar vacía y hueca y que tan solo serviría para que su estilista personal le encaje un postizo? Eso también era

llamativo, la diva ni siquiera cabello de verdad tenía. Fruto del maltrato que le produjo el utilizar malos productos en su rumbo a la fama su cabello estaba dañado. Para el hermano de C, tocar esa cabeza era tocar el mismísimo cielo. Para C su hermano se transformó en su meta y la anécdota en un dogma familiar. Con el tiempo, Morgan, al no obtener beneficios por la obsecuencia capilar, se fue desentendiendo de su autoexigencia y cuentan que la diva una noche besó el suelo. Finalmente lo despide, otra noche, la rubia, en la hilera de los bailarines; uno más de la línea de coro y sin ningún reconocimiento por el rescate ni por el continuo cuidado. Ese día, el de la despedida, Morgan se transformó. Estuvo toda una larga noche sacándose fotos con otro bailarín en las que aparecía vestido como la diva. Ahora era el turno de entregar el presente. "Éste soy yo, ésta sos vos, soy yo haciendo de vos", le da la fotito. Ella la mira, no se divierte, no le gusta, no sabe si es un chiste. "Qué divino, qué simpático, que todo te siga saliendo lindo." Él responde. "Espero no tener que estar en la próxima compañía teniendo que estar cuidando la cabeza de la figura central." Ella lo mira, lo destartala con la mirada. "Vos hacías otra cosa además de cuidarme, no estabas para eso, sos un bailarín, se te contrató para bailar y bailaste." Él abre sus ojos como dos espirales *extra large*. "Yo le salvé la vida, fueron cinco las veces y trescientas las funciones con tensión." La diva pronuncia un gesto que se le desaparece en segundos y se retira rápidamente olvidándose por completo de la escena. En cambio Morgan se instala ahí, en su rencor. Su bronca la traslada a una audición de *La cage aux folles* respondiendo a la búsqueda de bailarines cantantes con capacidad para el transformismo. "No existe La Diva, yo soy mi diva, no hay cabeza hueca que sostener, yo soy una cabeza hueca." Llega montado a la audición y ni bien ingresa realiza una

variación y al instante la producción lo separa y lo contrata. El que ingresa a escena es C, que al enterarse por el diario de la convocatoria, se presenta también montado. Entra al teatro, amasijado de *glamour* y lo intercepta su hermano mayor, montadísimo. ¿Qué hacés acá? Vine, quizás tenga suerte. Sos menor de edad. En una semana me hago mayor. Yo no te mantengo para que te andes disfrazando de mujer. ¿De qué estás vestido vos, hermano Morgan? Es trabajo. Eso es lo que estoy buscando. Miss C baila un cancán hasta descostillarse. Supera varias variaciones. El hermano lo observa detenidamente y con sorpresa. C es un gran bailarín, el hermano menor se enfila en la línea de los competidores. Entonces M recuerda la cara de Susana cuando él la dejó caer del truco a propósito, situación que fue inmediatamente advertida y denunciada por parte de la estrella al director del espectáculo. El puto este me quiere matar, hay algo maligno en él, algo extraño, vos estuviste pensando en ofrecerle los reemplazos, yo estoy pensando en sacármelo de encima. Canta, baila y actúa mientras me odia, me aborrece y me detesta. Sacámelo de encima, es un bicho. En la audición para conformar el elenco de *La jaula de las locas*, el enjambre de mariquitas, la colmena de travestidas, el *big brother* se dirige hacia la producción sigilosa como una pantera negra. El chiquito ese es menor de edad. Ustedes están pensando en que participe de la compañía o en ofrecerle los reemplazos. Piensen mejor en sacárselo de encima. Canta, baila y actúa pero tiene fama de odiar, aborrecer y detestar. Es conflictivo. No lo piensen un segundo más. Es un bicho. Lo mismo nos dijo la diva de vos. ¿Quién es? ¿Tu hermano?. Morgan se queda pensativo, se le transfigura la cara, comienza a corrérsele el maquillaje.

Yo no tengo hermanos, yo soy hijo... único. Telón.

Muere un puto

C me abraza, me aprieta del abrazo, me ahoga. La gallega comienza a parlotear. “A veces hay cosas que suceden en la vida que son difíciles de comprender.” “¿Qué pasó?”, pregunto. “¿Germán está muerto? ¿Eso es lo difícil de comprender? ¿Germán está muerto?” Cuando Roque se lo lleva a Córdoba lo mantiene incomunicado. Sólo una tarde Low llamó diciendo que no tenía cólera, ni sida y que estaba mejor, escuchando yo la misma vocecita infantil de un nenito de 6, que escuché en su despedida. “Roque viaja a Buenos Aires el viernes. Dale mi televisor y mi video.” Espero ese viernes entero y no llega nadie. La incertidumbre se me transforma en una pesadumbre, una pesada espera de nada, de una mismísima nada elevada a alguna potencia. Mi espera se convierte en un número trastocado, un numerito dentro de mi circo defraudado, sin risa, tan solo en la espera. No tan solo. Estábamos viviendo con Hugo pensando en qué hacer con nuestras vidas, si derrotarlas, si amasijarlas, si darles un porvenir. En ese entonces *Mister* C comienza a intervenir en mi vida con intenciones de acercarme a su consumo, porque C consumía cocaína con sus amigos bailarines y yo, que estaba más perdido que Hansel y su hermana, intentaba hacerlo, pero se me mezclaban mis *panic attack* con la merca y tenía dificultades para aspirar. No sé por qué cuestión no me salía la aspiración de la raya. Terminaba tragándola. Lo hacía y a los segundos estaba superparanoico rogándoles que no me abandonaran. Un pesado. Con el tiempo C se aburrió de mi mala predisposición para el consumo y se escabulló. Mientras C se escapaba en busca de merca, una noche regresamos al departamento en el que vivíamos con Hugo, luego de una función de *Ítaka* y al intentar abrir la puerta, comprobamos que habían cambiado la cerradura. Estando afuera del afuera, regreso a casa de mamá, Hugo no recuerdo a dónde

fue, no recuerdo nada después de ese choque, de esa puerta, mi puerta, de ese exilio. Olvidado. Vuelvo a lo de mamá cuando ella estaba en el apogeo del holocausto alcohólico. Mi padrastro ya se hallaba deteriorado, viviendo fuera de sí, perdiendo lo que no tenía, a pura pérdida. Muriéndose sin freno y atormentándolas a mi mamá y a mis hermanas. La puerta cerrada me hace ingresar y regresar al punto de partida, al punto de no retorno. “No hay hogar como mi hogar.” Hoguera alcohólica. Mi padrastro era un alcohólico recalcitrante, un psicótico ordinario pero no por común sino porque era ordinario su borde, su patología de base anómala, descategorizado, pero siempre chupando como una esponja mama tinto. Y mi mamá era su mamadera recalcitrante también, su embudo, su vértice, el destino. Él la odiaba con todas las letras y se chupaba todas las botellas. Se mamaba y se empecinaba en mostrársele mamado a mi madre, que lo abrazaba, que se dejaba golpear, que lo contenía, que lo expulsaba, siempre en un vaivén, mareándolo al borracho hasta el vómito, participando despiadada del alcohol, aromatizándose en el trajín. Eso decía él. Ella no toma porque le tiene miedo. Yo tomo por ella. Entonces ella se dedicaba a olfatear. Cuando estaba sobrio era bastante idiota, bastante corto, bastante común. Luego de la muerte de un amigo empresario que lo sostenía y que casi le garantizaba la subsistencia todo se le agrietó. Pero no chupaba del pico porque decía que tenía estilo. Afirmaba consumir bebidas caras, realizar un consumo de alta calidad. Sufría de unas descomposturas descomunales alejadísimas del *glamour* y de la clase, era un verdadero cachivache. Pero tenía ínfulas imposibles de registrar para los otros porque para todos era un negro de mierda. Sin formación pero hablando de todo, sin trayectoria informando constantemente sobre su recorrido

de caminos, sin porte enfatizando acerca de su impecable presencia, arrugado y orgulloso de su eterna juventud, crítico polirrubro, crítico atemporal, crítico de jornada completa. Y además para él, tan solo un consumidor social, que se chupaba a la sociedad de vinos, de whiskys, de rones, de vodkas, de bebidas blancas, negras, descoloridas, casi todas. Pero caras, con precios que calificaban al consumo, que lo ubicaban por fuera del bastardeo porque en su teoría filosófico-adicta para consumir había que pagar caro. Consumo muy diferente al de mi amigo C, porque él no pagaba con nada de dinero, a él la merca se la traían y lo que él daba a cambio era su sexo. A C la droga, a diferencia de lo que produce en otras persona, lo hipersexualizaba, lo convertía en un importante valor de cambio. Como siempre se encendía, tenía constantes interesados, y para siempre la pasta blanca en la nariz. El pito parado posconsumo lo convertía en el mejor compañero de consumo. A mi padrastro no, a él el exceso lo convirtió en un pito muerto. Moribunda andaba mamá por ahí, esperando que algún accidente le quitara del medio al borracho. Te vas a morir, Dios va a colaborar y te va a matar, maldito seas. Para acelerar la muerte comenzó a poner estampitas por toda la casa, estampitas a las que marcaba con una cruz, asesorada por una amiga bruja. Como la muerte tardaba en pronunciarse, un día fue a llevar fotos de su marido para que la bruja esta le acelerara el trámite. Como siempre tuvo una moral católica ambivalente, salió completamente arrepentida de la sesión y se dirigió hasta una capilla cercana para retractarse de su intento. Vivía moribunda y desesperada de tanta tensión de mujer asesina. No era fácil amar su anhelo homicida, era tan difícil como frenarlo, tan engorroso como darle un espacio. Se atormentaba de tener aquella maldad contenida. La tarde en que me cuentan que Germán había

muerto, regreso a su casa y a su abrazo de medusa. Veníamos de una semana confusa y repleta de reproches, ya que luego del cierre de mi ex hogar le pedí ayuda para recuperar algunas pertenencias. Sólo pocas porque, advertido de que el final se precipitaba, un día la convoqué para que me ayudara a llevar algunos objetos de valor de Germán hasta su casa. La que había quedado encerrada era una guitarra y mi máquina de escribir. Mi máquina era la prolongación de mis dedos y yo vivía con añoranza de máquina, mi guitarra era la continuación de mi alma y yo sentía melancolía de música. Por eso no las trasladaba porque eran quienes me armaban. Cuando a mamita le cuento, como un niño tonto, de esta necesidad mía, ella se comprometió a resolverme el problema. Entonces convocó a una amiga docente de ella, una negra peronista que vivía en la punta del Oeste, enfiladísima en las filas del peronismo más derechista, reaccionario y recalcitrante, para que me ayudara a la recuperación de mis bienes y útiles. La abogada esta era una señora docente que había logrado su título en una universidad privadísima de vergüenza y cansancio, acreditándola a la justicialista, luego del noveno pago de rendición de examen. Este noveno pago lo realiza la tipa esta a los casi sesenta años y cuarenta y pico de trayectoria universitaria. En realidad pagó nueve veces por cada rendición de examen, algo así como si hubiera hecho siete veces la carrera. Para ella su paso por la universidad no fue una carrera, fue una andar lento y errante. Pero como era peronista y docente y morocha y provinciana, borraba todo con una impostura triunfadora, galardonada y justicialista. Con mamá se dedicaban a difamar a sus compañeras docentes y a armar proyectos para incrementar sus ingresos. Siempre tenían deudas, se vinculaban mediante un recurrente pago de colaboraciones. Yo te ayudo y vos me ayudas, nos vamos

ayudando y nos mantenemos debiéndonos ayudas. Al igual que mamá, era ultracatólica y adoradora de estampitas. Eso las unía, la colección permanente y constante de estampitas. Cuando me la presenta, le comento brevemente lo que me sucedía. Soy homosexual, vivía con un señor casi veinte años mayor que yo. Su ex pareja se lo llevó a Córdoba porque estaba largando un líquido blanco y no paraba de decir cosas extrañas. Una tarde volví con mi amigo Marionne y no pudimos entrar. Necesito recuperar mi guitarra, mi máquina de escribir y algunos elementos de trabajo. La fulana me miraba medio desconcertada pero se comprometió a recuperar mis objetos. Concurrimos una tarde con la susodicha a concretar la operación recuperación. Roque había convenido con ella en que se le entregarían los bienes de Germán a cambio de mis pertenencias. La abogada me recomendó no participar de la operación para no generar tensión, para que todo se resolviera rápidamente y sin inconvenientes. Mi mamá la acompañaría para que el trueque se pudiera efectuar. Ingresan las justicialistas católicas a mi ex departamento. Nuestro último período allí había sido alcoholizado y algo drogadicto gracias a la participación de C. Ya desde Bollini, antes de entregar los departamentos, cuando se nos vencía el alquiler o cuando nos echaban, Germán nos había ensañado a intervenirlos. En Bollini habíamos tenido un serio inconveniente, ya que Low había decidido dejar de pagar el alquiler, situación que provocó la ira del dueño de casa y que, como era policía, una noche ingresó al depto, me molió a golpes y luego se llevó algunos objetos nuestros. Tras el incidente Germán se enloqueció y se dedicó a concretar una transformación de la propiedad. Ésta consistió en hacer frescos en las paredes, frescos descoloridos, todos de negro, el luto en las paredes, nuestro exabrupto. Luego se le dio por arrojar cemento por el

inodoro para que la intervención no se limitara a nuestro departamento sino que se expandiera hacia todo el edificio. Finalmente descableó completa la instalación eléctrica. Negro a lo oscuro. Si no hay hogar no hay hogar para nadie. Dorotea malísima, acompañada de sus amigas pillas, amasijaban la propiedad. Ahora con nuestra amiga fuera de circuito, abombada por el ruido de trueno del reino de Oz, era el turno de que nosotras recuperáramos su legado. Ingresan las dos bulldog y las paredes están teñidas de negro. La Roca sentada con cara de desesperación a un costado de una mesa que se encuentra quebrada y también teñida de negro. Todo lo que está teñido no lo está de un modo uniforme, sobresalen de lo negro los cables de la instalación de luz que están todos descolocados, fuera de su eje, expuestos, desinstalados. Roque les muestra el baño a las dos perras. El cemento. Si no hay hogar para Dorotea, no lo habrá para el resto del mundo. Si la huida se nos precipita, si el desalojo se impone, que se les desmantele la existencia al resto del mundo. Para finalizar el recorrido, la piedra les muestra nuestro goce. Mire bien quién es su hijo, observe bien esto. La bañera está también teñida de negro. Sobre ella nadaban alrededor de veinte penes de crealina que construía Hugo para las funciones de *El goce en Colona*. Esto es su hijo, esto es lo que lo enfermó a Germán. La provinciana miraba las pijas de cerámica como si nunca hubiera visto una de carne. Se escapa, sale al pasillo. Discúlpenme, yo no estoy acostumbrada a esto. Corre la abogada por la zona de Coronel Díaz, trotando como una bambi. Algo más desesperada y rolliza que una bambi, una cerda fuera de la piara, algo más exuberante que una cerda, una jabalí hembra. Se detiene y mira a su alrededor. Mamá va en su búsqueda. La encuentra desorientada en la esquina de Charcas, sentada cerca de una arboleda. Tu hijo, ¿cómo puede tu hijo hacer eso?

Mamá comienza a elucubrar su venganza. Ése no es mi hijo, voy a hacer cualquier cosa para que eso deje de ser mi hijo.
Des-ser.

Yo, el homicida

Mi hermanita acaricia a un hermosísimo conejo blanco. Es movediza y muy despierta. Un poco más que el conejo, un poco menos blanca, menos hermosísima. Mi hermanita tiene una hermana que no es blanca como el conejo sino todo lo contrario, oscura como la mismísima sombra. Es más grande que la chiquita y la tiene entre ceja y ceja. La chiquita tiende a hacer travesuras y a sobrepasarse, como el conejo, que se dedica a defecar por toda la casa. La más grande, a levantarle la mano y a procurarle bofetadas. A la nena, no al conejo. Cuando siente el golpe, llora desconsoladamente y se queja con su padre. El padre, que vive de resaca, toma decisiones arbitrarias y la reprende de más a la grande, sólo logrando que ella incremente su odio hacia la pequeñita. Cuando el bebedor vuelve a quedarse entredormido, la grande la agarra de los pelos a la pendeja hasta quedarse con algunos rulos. La nena grita, pero el padre se instala en un ronquido irrecuperable. La mamá de las nenas observa la escena orgullosa de que la hostilidad brille en el seno familiar. Estas chicas, cómo son. La negra la odia a la otra porque es más clarita, no diría blanca, no tan oscura. El padre de las dos es bastante oscurito y la madre es una odia-oscuridad. La madre se dedica a ser docente eligiendo la zona conurbánica y pobre como su lugar de trabajo y a la

población desalimentada y oscura como su alumnado. Una docente de zona carenciada. Le gusta dar de comer a los pobres pero desprecia la pobreza. Tiene una tesis sintética sobre lo pobre que se reduce en una frase. Yo sé de los pobres. Yo regreso ni tan negro ni tan blanco. Regreso devastado llorando por demás, escondiéndome de todos para llorar y recontrallorar. Mi llanto a mi mamá la descontrola y la pone hostil. ¿Por qué tanto llanto? Lo que no hiciste ya no se puede hacer. Deberías haber hecho algo para salvarle la vida a ese pobre hombre. Después de que la bruja pronunciaba su sentencia yo me iba al fondo a matarme llorando. Enseguida me seguía y continuaba con su decir. No podés seguir así, yo no puedo soportar esto, tus hermanas son chiquitas, dos angelitas del Señor, no pueden vivir esta tragedia, ustedes son raros, como les explico esto a ellas, además el padre de las nenas se pone nervioso, dejate de llorar, si no andá a llorar al cementerio. Roque se apropia del cadáver de Germán. Al no poder recuperar sus pertenencias, al haber tenido que costear el último período de vida de su amigo, en el momento de decidir si debía informar o no de la muerte y del sepelio, toma una determinación divina y se reserva la información. Solo, solísimo, estuvo junto a Low en sus últimos días. En Córdoba no se produjo ninguna recuperación, todo lo contrario, en Capilla del Monte se empeora su estado. Papá en Auschwitz amó a una prisionera judía, incluso más que a mi madre. Última frase que se le escucha pronunciar al enfermo. Luego lo traslada al hospital del pueblo en el que recibe la recomendación de regresarlo a Buenos Aires. ¿Para qué lo trajo acá? ¿En Buenos Aires está el mejor servicio de infectología y usted lo trajo acá? La Roca mira con una mueca pegada a la boca. Vuelve y el Fernández le abre sus puertas. Germán está raquítico, pesa 40 kilos. Una víctima del holocausto, de su holocausto privado, sin

campo de acción, sin concentración, mudo como Edipo en Colona. Lo refugian en un piso. Su carcelero es Roque, quien lo único que hace es esperar la sentencia. Comenzó entre tanta espera a recordar el momento en el que se dedicaban a disfrutar de la vida silvestre juntos. La Roca siempre pensó que la vida silvestre salvaba la vida y protegía a las personas de la muerte. El campo estuvo permanentemente en su horizonte. Auschwitz fue también un campo y no sanó a nadie, ni siquiera al padre de Low que se enfermó creándose ermitaño. Las batallas históricamente se han llevado a cabo en campos que luego del traslado de los soldados muertos se llenaron de girasoles. Los girasoles no le quitan al campo su baja raíz. Germán muere en plena ciudad como un ratón de campo sin peso. En la morgue del hospital. Roque decide incinerar sus restos. Solo lo despide en la Chacarita y se encarga del primer pago para procurarle un sitio a las cenizas, por un tiempo, ya que su idea *a priori* es la de no continuar pagando. Solo se vuelve a su campo en Córdoba, a su rancho, a su criadero de gatos, a su flora y fauna, hacia la mismísima vida que recupera a las almas. A recuperar la suya que se deterioró en la ciudad, maldita urbe predestinada a desilusionar a los ratones de campo.

Vos lo mataste. Conozco, un rato antes del viaje del enfermo, a Daniel, que vive alienado. Vos lo mataste. Le cuesta integrarse, hacerse de amigos, no ser un triste ermitaño. Le cuesta estar con los otros. Vos lo mataste. Mamá y su plegaria. Una serología está por pronunciar su sentencia. La espero pero no desespero. Me reconcilio con el tiempo como un internado. Vos lo mataste. Con Daniel estamos juntos por estar, en realidad ubico ese espacio para escapar. Huir del “vos lo mataste”. Hay algo que se me endurece y no es sólo el corazón sino que se me fruncen los puños. Y lo mataste. Visito a una psicóloga de ojos

claros que no interviene y no dice “vos no lo mataste”. Es que vos lo mataste y está muerto porque lo mataste. Daniel tiene un bigote y cara de policía, dice ser peronista, escribe acerca del peronismo, acerca del primero, del segundo, del quinto. Me lee lo que escribe. Vos. Retiro mi serología, la leo, la miro, le imploro, grito, aleluya. Me salvé. Pero vos lo mataste, a salvo pero con ese cadáver a cuestas. ¿Qué cuesta seguir? Escucho ofertas. Daniel vivía fascinado por un vecino cocainómano que estaba dos pisos arriba. De vez en cuando lo penetraba al cocainómano mientras dormía pasado de droga. No le gustaba hacerlo, me lo decía, con vos es distinto, conmigo era distinto. Qué bueno. Miro la alfombra. Me quedo a dormir los viernes y me voy temprano a la facultad. Faltan pocas materias para que termine el calvario. Mi padrastro destroza al conejito de mi hermanita una tarde de mayo. El conejito se la pasó cagándole los zapatos. Él lo sintió como una agresión de mi mami. Trajiste a ese bicho para que me defecara. Con el conejo en las manos lleno de sangre, viene la policía a la casa. Mamá no hace la denuncia porque mamá no denuncia nada. Es el padre de las nenas. Daniel venía a visitarme a casa con su novio cocainómano. Salíamos los tres a pasear. Hacemos una cama de tres de la que me aparto y me quedo mirando la tele. A Daniel lo enternece mi decisión apartada. Aunque vos lo mataste. Me alegra haber sobrevivido. Me fastidia haber sobrevivido, me melancoliza, me irrita. Me convierto en un pésimo amante. Aunque a Daniel le doy ternura. Me tiene entre sus planes. Yo no tengo nada. Cualquier cosa va a ser mejor que vivir con el asesina conejos de mi padrastro. Se va de la casa bajo la amenaza de una futura denuncia. No quiero ser el hombre de la casa, un hombre al que su mujer le grite. Vos lo mataste. No quiero mujer, a esa mujer. La tengo incorporada, me asfixia, me rompe por dentro su

empecinamiento. Es lo hostil. Yo soy hostil. Daniel encuentra ternura en mi hostilidad. Yo, un sitio cercano a la facultad. Algo me hace pensar que esa serología no dice la verdad, la prejuzgo. Que esté impreso un no reactivo no significa nada. Mi padrastro estaba en bancarrota. Había invertido dinero para construir unos barcos y su socio se aprovechó de su buena fe. Lo dejó en la lona. Su fe era una botella. Como no era un tipo tranquilo fue con un amigote rompeportones y lo amenazó. Terminó con una denuncia y con una causa penal. Mamá lo amenazaba, decía que iba a testificar en su contra. Vos lo mataste. Vos le robaste. Estamos acorralados. Daniel se cansa de su amigo cocainómano y me invita a leerme sus tesis. Me aburro como un burro aunque escucho y participo de la lectura. Aprendo nombres. Perón, Cámpora, Balbín. Muy interesante. Mi padrastro, nombres de juzgados, de causas, de abogados, de jueces, de demandantes. No voy a ser el hombre de la casa. En esa casa no hay hombre, no hay lugar para El Hombre, un hombre, lo de hombre. Daniel es parco como la mismísima parca. Quiere ser locutor, habla como un locutor, como un loro locutor. Yo escucho. Estudio aburrido, aborrezco los textos, los escritos, la orientación lacaniana, la psicoterapia, la historia de la psicología. Vivo por vivir. Mamá está desesperada, su economía se está cayendo a cachos. Y yo lo maté. Y él le robó. Todo el dinero familiar va a parar en manos de abogados. El derecho del derecho. Conozco a Herrendorfen. Los lunes y viernes duermo en lo de Daniel, los miércoles y domingos en lo de Herrendorfen, soy un busca cama, un linyera busca cama, un gitano sin patria. Un asceta. Padrastrito se desmorona, hijastrito busca desesperadamente un sitio. Las nenas se convierten en dos princesas de acrílico, de acero inoxidable. De materiales descartables. De desechos industriales.

Emperatrices calcinadas atrapadas por la vertiente materna. Mamá es nuestro logo. Mamá sonríe despiadada y como todo está por desmoronarse se apresura a la distribución de bienes. Intervengo de un modo cretino. ¿Por qué debería esta enemiga del pueblo quedarse con algo? Su vertiente me ha regado y participo en la negociación. Herrendorfen es político, es brillante, es sofisticado, es grandilocuente, es un verdadero villano. Como con cubiertos de plata y participo de veladas autistas. Él habla, él se escucha, se aplaude, se murmura, hasta se sodomiza. Estoy cerca de donde vivía con Low aunque alejadísimo de mi centro. Trabaja en el ministerio de Derechos Humanos. No para de contar atrocidades que lo alejan de lo humano. Dice ser amigo de Claudia B. En una velada Claudia participa y hablan barbaridades acerca de la vida. Tienen una visión antojadísima acerca de todo. El mundo en manos de ustedes dos va a ser una verdadera desgracia, ya lo es, ustedes van a fomentar que continúe siendo una verdadera desgracia. ¿Lo decís en serio? Yo nunca digo nada en serio, para mí lo único en serio es un ceño fruncido y ustedes están llenos de vida, repletos de proyectos. Es admirable escucharlos. Herrendorfen me mira y vuelve a preguntar si hablo en serio. Mamá se queda con una casa escoltada por sus dos heraldas. No quiero participar de ese sitio. Claudia y Herrendorfen no paran de juntarse a hablar acerca de proyectos vinculados al menemismo. Aman a Menem y quieren figurar en sus listas. Herr quiere ser Presidente, tiene trescientas licenciaturas y mucha más ambición. Una noche le comento que temo estar infectado, que siento que mis ganglios están inflamados, que lo que muestra mi serología no corresponde a lo que les sucede a mis ganglios. Tuve una pareja en México que creía tener HIV. ¿Creía o tenía? Tenía una de esas idiotas serologías que lo diagnosticaban

como reactivo. Reactivo no es un diagnóstico. Yo no creo en el sida, es un invento de los laboratorios. Bagó necesita vender medicamentos entonces inventa esta historia del sida, este mito. En realidad no existe. No usemos forros porque no existe. Tengo mis ganglios inflamados. No tenés nada, no inventes, no te sumes a esta ola. Una tarde lo voy a ver a una conferencia que daba sobre derechos humanos. Estaba lleno de docentes de distintas asignaturas y niveles. Se burla de ellos las dos horas de su conferencia. Es una acerca de lo prejuicios en relación con la coerción. ¿Qué harías con una persona que te mata a tu hijo? Las respuestas todas se dirigían hasta el concepto de tortura. Todos en la sala torturarían. Él era un torturador. Hubiera acompañado perfectamente a Acosta en su escuela. Tenía una ambición desmedida e infundada. Se sobrevaloraba. Contaba un cuento recurrente que se basaba en cómo se había cagado en la buena fe del comprador de su auto. Había sido dueño de un vehículo en mal estado del que debía deshacerse. Realizó la operación tratando de que el comprador estuviera poco atento. Lo atolondraba con palabras y con recomendaciones insólitas para que se le prestara poca atención al estado del coche. El tipo subió al mismo y, a las pocas cuadras, el auto se detuvo. A Herrendorfen se le producía una sonrisa en la cara, sonrisa que reaparecía cada vez que contaba su lastimera anécdota. Yo no quiero vivir con mamá. Prefiero a un psicópata, a un asesino serial, a un menemista, a Jack el destripador que a mamá. Daniel se pone celoso. Me pregunta por el otro, por sus cosas, le invento situaciones, exagero, insisto, lo construyo buen amante, buen amigo, buena persona, buen vendedor de coches. Los celos hacen que me preste atención. Me entrega sus llaves, tengo por fin un par de llaves en mi poder. Yo lo maté pero no me quedo acá en tu jaula. Yo lo maté pero encontré las llaves de mi reino. Lo

maté y me escapo de tu sentencia. Lo maté y no me enfilo con menemistas y menos con cretinos menemistas. Lo hice pero tengo que seguir mi camino. La psicología se perfila en mi horizonte de un modo borroso, perfil aguileño. No me ato a tu tierra prometida, mamá, ni a tu voracidad de come hombres, ni a la de tus hijas. Tuve un sueño en el que las tres me perseguían con peines gigantes. Pe y ne. Daniel viajará hacia Marruecos y me dejará en su domicilio. Me desato madre y me instalo en mi nueva zona. Viviré a la deriva alejado de tu sentencia. Regreso cerca del lugar en el que había sido desalojado. Hay un enigma adentro de un cofre para ser revelado. Mis ganglios están hirviendo. Yo lo maté y ahora elijo cómo me entero. De mis probabilidades.

> Yo procrastinaré decisión obtusa y terca el presente y el pasado se conjugan de un modo destartalado estudié latín pero no recuerdo nada de declinaciones borro porque desestimo al aprendizaje en sí de eso se trata el procrastinar.

Huir del Sur

Necesitamos financiación, un mecenas, amigos que colaboren para que esto siga en pie. No se puede crear sin dinero. Ustedes deberían recibir dinero para participar de nuestra compañía. Todos debemos colaborar para

encontrar los recursos. Los convoco a reunirnos semanalmente para que juntos encontremos el curso de nuestro teatro. AFA era así, cuando necesitaba ayuda cooperativizaba su teatro, se le ablandaba el egoísmo, parecía hasta amable. El retorno canadiense tuvo sus consecuencias. Discusiones interminables con actores y técnicos. Viajar tan lejos y no tener nada para mostrar lo puso maníaco. Tenemos que poder hacerlo, nuestra compañía es excepcional. Tenemos que lograr un teatro propio, una sede propia. Somos un grupo de artistas. No podemos dejar que esto que construimos juntos se detenga. Globalizaba su malestar hacia un grupo de títeres rancios que éramos todos nosotros, a la vera de la compasión, sin su luz, sin su prestigio, solo con su perorata. Te fue mal pero te puede ir bien, Catena te hizo mierda pero la perseverancia puede lograr que Catena o Pacheco u Olguita Cosentino vean más allá de la mierda que por ahora sos. Para ellos no para mí. Lo que pasa que para ellos aún soy, yo soy el que más es acá. ¿Hasta cuándo? Kive Staiff me tiene entre sus planes. Estoy en sus planes porque yo armé este espacio y porque lo hice internacional. Mi panza hacía ruido de hambre. Sin fama, sin hogar y con el jefe mandándome a buscar financiación. La que logró enfilarse fue Marionne. Luego de Ítaka se quedaba colaborando y armando estrategias de venta. AFA escuchaba sus propuestas con una sonrisa entrañable. Yo conozco gerentes del Otamendi Miroli. Tengo acceso directo con esas gerencias. Armé una lista en la que ya tengo programadas y confirmadas distintas entrevistas que voy a llevar a cabo. Además de la gente de la clínica, tengo contactos en el City Bank, en el Deutsche Bank, en el Banco Patricios, en La Serenísima y en Paty. Me ofrezco. En vez de hacer “La guerra de los mundos” hacemos “Guerra de hamburguesas”. AFA se ríe, nos ve

recontramaricones, recontrapelotudos y se divierte. Me ve apabullado por todo lo que Hugo ofrece, mi cara desencajada en cada nueva reunión, mi mirada depositada en su libretita de secretaria ejecutiva. Ayer hablé con la gente del Deutsche, están encantados con la propuesta. El presidente es un admirador tuyo y vio tres veces tu *Varsovia awakening*. Es una persona encantadora que ama el teatro y las artes plásticas. A las semanas de iniciadas las reuniones busca fondos, comienza a venir vestida no a lo Melanie Griffith sino más tosca y ampulosa, a lo Sigourney Weaver, con lentes cuadrados y la arrogancia de Sigourney en *Gorillas in the Mist*. AFA le daba toda la bola y se le mostraba entusiasmadísimo. Armaba carpetas extraordinarias, superprolijas, la sidótica se había transformado en una *belle concellor*, una Anette Berning autosuficiente y arrolladora. Supermarionne. Mariela, la mano derecha de AFA, queda fascinada por el espíritu y el vuelo de Hugo. Se amalgaman, se juntan aunque vienen de trayectorias diferentes. Mariela era una tarada recalcitrante que soñaba con ser artista, actriz, directora de teatro, de cine, publicista, vendedora de arte, jefa de prensa, artista plástica, *performer*. Lo quería todo. Lo tenía todo. Lo que más tenía era un padre retardado recalcitrante que solventaba el arte de su nena que ya no lo era tanto porque ella transitaba ya por una adolescencia tardía. Tardía y algo errante y con dificultades para zambullirse en las profundidades aterradoras de la adultez. Transitaba con un temple de nena mala, muy a lo Nelly Olson, muy creída de sí, siempre contando por los vericuetos del teatro como ella había logrado instalar a AFA en el mercado internacional. Dale Maru, ya sabemos que sos una recontravendedora, que te damos un cuadrito y al toque lo colocás en Sotevis, pero relajate y dejate de romper las pelotas con el mismo cuento chino. Al padre lo tenía podrido porque era carísima

y lela. Lela al punto de armar toda una escenografía costosísima y romperla en una noche de depresión a los martillazos, descontrolada al punto de comprarse los vasos más caros de algún bazar en Recoleta y destrozarlos mientras lloriqueaba a destiempo y sobreactuando, porque era lela y sobreactuaba, irrecuperable al límite de olvidarse diez mil dólares en un taxi, dejando al taxista arrojándolos enloquecido en el rostro de su mujer al grito de "mami, nos vamos de vacaciones a Sierra de los padres". A AFA le daba sopor su inconveniente adopción de esta hija, lo hacía porque ella a pesar de ser retardada era laboriosa y también porque ser padre no estaba en sus planes y esto era lo más padre que iba a ser en su vida, y además porque el padre de la tonta le entregaba un dinero extra para mantenerla entretenida. Él la reprendía con la firmeza de un papá severo. Tarada, recontratarada, no podés olvidarte diez mil dólares en un taxi. El teatro está en una situación financiera lamentable y vos no podés detener tu impulso hacia la imbecilidad. Toma, tomá y tomá. Él la golpeaba y ella recibía el golpe como un católico come ostia. Sí, papá; sí, papá. Una pelotuda.

Después se iba hasta el bazar, se compraba cuatro docenas de vasos y los rompía desde la hora 0 hasta las tres y cuarto. AFA con el tiempo se iba poniendo cada vez más fastidioso y ella cada día más torpe. Las intervenciones cognitivo-conductuales no le servían para frenar su empuje a la tontera, aunque encontró una veta que fue la de crearse un poco maldita buscando víctimas para devolver el golpe. La encontró en la pobre Marita, que era la protagonista de *Ítaka*. Al comienzo en el intento de cooptarla, la llenaba de adulaciones. Sos la mejor actriz del teatro. La más joven, la más bella. Lástima que seas provinciana y que estés tan alejada de tu ciudad de origen. Es duro para una chica provinciana estar en esta ciudad tan grande. Tu solución va

a ser encontrarte a un novio o a una amiga incondicional. Yo ya tengo amigas incondicionales en mi provincia. Las provincias hacen que las chicas de provincias respondan como chicas de provincias. Aunque las respuestas de las chicas de provincias tienen sus vericuetos. Su sofisticación. Las respuestas de Marita la enloquecían a la rica y la convertían en apostadora. Tengo un placar repleto de ropa que he dejado de usar. Ropa carísima y de marca. Si querés un día paso y veo si hay algo que me guste. El viernes venite a casa, comemos juntas y te fijas si hay algo para vos. Me fijo. Marita la mira fijo. Piensa. Las sobras, me querés dar tus sobras. Acá en el teatro soy la única forra que te escucha con atención y me ofrecés tus sobras. Soy provinciana pero no soy retardada ni huérfana de padre. Papá me soltó para que pudiera ver las luces de este patio. Buenos Aires no es un paraíso cosmopolita como vos te lo crees, ex mogólica, es un patio austero, sobredecorado hasta teñirse de pretencioso. Está bien, el viernes voy pero hacé algo rico. Amigas, amiguísimas, las mejores amigas. Marita no tiene edad, Mari es una superdotada, está fuera de tiempo. Dice cosas muy sabias. ¿Qué significa la sabiduría para vos, ex mogólica? ¿Cuidar el dinero, cuidar los vasos? ¿Qué significa la sabiduría para una descuidada? La mira con deseo, existe un deseo oculto que no logra ubicar su lugar. Algo lesbiano, algo de mujeres amazonas. Marita lo deja pasar porque sabe que se trata sólo de los vericuetos de la sexualidad femenina. Una noche no, una noche se miran, se olfatean, se consumen. Noche de chicas. No me gusta, esto no es lo mío. Soy provinciana pero no me va cualquier cosa. Aunque seas la dueña del mismísimo bazar ese que te produjo el encantamiento, no me ato a esto. Me gustan los tipos. A mí también. ¿Entonces, qué es esto? Mejores amigas compartiendo la soledad. Maru era corta de respuesta,

corta de aspiración, de aliento, de tono, de tonicidad, de ejercicio físico y mental. Mari, rápida como una india en plena conquista del desierto, maratonista, la provincia adentro de la ciudad se sobreadapta y se sobrecapacita. Sobrecapacitadísima. La capa a la otra que es una gata trucha. Me gusta ser tu mejor amiga pero tengo a Ulises en la mira. Ulises era Sam o Sam, Ulises. Otro tonto en el colmenar de ex mogólicas que tenía una fortuna ocultadísima y un padre severo que le hablaba. Sos un tonto, tengo miedo de que despilfarres esto que generación tras generación se fue logrando. La fortuna en manos de un tonto suele tener un devenir inesperado. Generalmente la cosa termina mal y esa fortuna culmina hecha una mismísima nada. Mirá lo que le sucede a tu amiga Mariela que deja olvidados diez mil dólares en un taxi comprometiendo la situación financiera del teatro. Deberías juntarte con ella para que juntos recapaciten, se contengan, armen un grupo de paparulos (pronunciaba palabras por el estilo, fuera de serie), se rehabiliten y se inserten en este puto mundo. Sam no era tonto, era inhibido y devoto del padre, devoto al punto tal de ubicar a AFA como a su segundo padre, sometiéndose a ambos, sacrificándose. Parte del sacrificio era pasársela pensando en que quizás debería casarse con Mariela y formar una familia adjuntando las fortunas de sus respectivos progenitores. Mariela le caía mal y lo mantenía deserotizado pero siempre reaparecía la recomendación y los pensamientos automáticos respecto de lo conveniente de estar con la forra. Salían a cenar a lugares caros haciendo de cada velada una cita desencantadora. La pasaban realmente mal. No había tema, mirada, intención, intento, precipitación, sorpresa, casualidad, causalidad, que los asociara, enganchara o acercara. Nada de nada. Salían desesperados, arrasados de tanto desencuentro, con

las narices inundadas de mocos, los ojos de sangre, la panza de proyectos gástricos, el alma de depresión endógena, el corazón de palpitaciones de más, la cabeza con un tiro. Hasta que aparece Mara. Marita lo enamora con su tonada provinciana, su tonada y sus ganas de vivir, no de perder dinero y arrojar vasos. En una función se besaron de más, estuvieron más conectados y más melosos. Se recalentaron y tuvieron sexo descontrolado en el camarín. Mariela presenció la función, visualizó todo lo que sucedía, olfateó algo del olor sexual que emanaba desde los camarines. Pálida como una colombina, pálida y sin la figura armada y sutil de una colombina. Más tosca, más tonta y bastante desesperada. Una colombina pato. Los patotea. Me usaste pendeja de mierda, provincianita puta. Así, ambiciosas y desmesuradas se escapan de las crines de sus ranchos, reciben el cariño y el afecto de gente bien como yo y pagan con la traición. Esto ya me pasó con otra provincianita. ¿Y cuál sería tu aprendizaje si ahora te vuelve a suceder lo mismo? ¿Vos te creés, pedazo de sirvienta, que porque me quitaste a este mamerto te ganaste la lotería y te convertís en una lista? Te va a usar, te va a llenar de leche como yo te llené de baba, anaconda, y luego directamente a la lista del olvido. No creo que me olvides, tenés poco para recordar, sólo tus vasos y ese dinero choto que perdés como una adicta al juego. Dejaste a ese puto que nos abandonó como si fuéramos sus forros, lo dejaste pasar pero se te pegó su lengua maldita. Marita había sido nuestra amiga. Chiquita y desmesurada me acompañó en el descarrilamiento de Germán. Se pegó a nuestra desgracia como un velcro de paso. Cuando presenció nuestro tránsito lipodistrófico recordó una frase de su padre. No confíes en los putos. No son humanos, son fieras. Parecen hombres pero padecen de la locura femenina. Cuidate de la locura femenina y de ellos. Más

de ellos porque encarnan algo irrealizable. Huí de su territorio. Nada le dijo su papá del riesgo de estar cerca de ex mogólicas arrojadoras de vasos. Marita vino con un corazón limpio desde su pueblo y nuestra miseria la desestabilizó. Por eso para ella la salvación era huir con Sam, lejos de Circe, alejada de los cerdos, aburrida con el ex mogólico, protegida de nuestra contingencia. “No me voy de vos”, un día me dijo. “Me retiro de este clima en el que ustedes están sumergidos. Soy joven y tengo un porvenir. No me tragué miles de kilómetros para ser amiga de parias. Ni de parias, ni de vírgenes askenazíes. Te quiero, pero más me quiero a mí.” Un día me cansé de verlos a todos tan encarrilados. Hugo estaba totalmente instalado en ese lugar. Marita con su Ulises, cada cual con su *partenaire*. Me voy, me escapo, me retiro del sur. Una tarde desaparezco de las reuniones. Mariela habla. Ese desagradecido. Nos usó. Se instaló, jugó al teatro, nos cagó y se fue. Como una paloma cuervo. Como un ave de rapiña tamaño sénior. Continúa AFA. Fuimos sus mecenas y ni a despedirse vino. Te deja a vos Hugo, expuesto. No tiene valores ni como amigo. Gente como él generan el auténtico egoísmo. No voy a volver a confiar ni a dar nada. No somos una financiera para que los artistas se den un gusto, a costa de nuestro disgusto, de nuestra sangre prestigiosa. No es para tanto. Sí es para tanto. ¿Qué sentido tendría dar si ésta va a ser la recompensa? Última frase de AFA. Ahora Mariela se dirige hasta Mari. ¿Qué sentido tuvo todo lo que te di si al final te vas con él? La vida. Ex mogólica, ese sentido. La vida es mogólica.

Marruecos

¿Por qué Diana Rabinovich, cuando uno ingresa a cursar Escuela francesa, te arroja al grafo del deseo sobre la testa como cuando Caín le tiró la piedra a su hermanito, quedando uno muerto y el otro marcado, ambos de por vida? ¿Por qué tanta hostilidad posfreudiana? ¿Cuál es el almacenamiento significante que la convirtió en un Dios éxtimo, respondiendo con una hostilidad politeísta, la de todos los dioses, encarnada en su figura y en su transmisión? ¿Por qué Lacan, en sus inicios de seminarista, irrumpe con la pregunta "¿porqué los planetas no hablan?" y con la respuesta "porque no tienen boca"? Daniel parte hacia Marruecos. El itinerario era el siguiente: España, Marruecos, Portugal y finalizaba el recorrido en Nueva York. Viajaba acompañado de un amigo periodista del diario *La Nación* que oficiaba de guía. Un orientador. Cuidame la casa, te dejo en mi casa. Es para que la despedida no sea tan dolorosa. Para estar juntos sin estarlo. Mi casa sin mí pero con mi recuerdo. Eso. Te dejo eso. Gracias, me va a gustar estar en tu casa, sin vos, con tus recuerdos. Eso. Partió en la madrugada, con la cara desencajada, pensando que en Marruecos iba hacia el encuentro de algo personal. Voy hacia allá, allá está lo mío, lo presiento. Es una sensación, una corazonada, una percepción, es algo que me pasa. ¿Lo tuyo? Pasta de

Marruecos. Daniel había tenido una infancia destartalada, abandonado por su padre, que la dejó a su doña madre descompensada, en su noche de bodas, para irse a tragar vino y putas. El padre se casa porque Danielito estaba en la espera, pidiendo turno, y porque en Adrogué, ante situaciones de apuro, el casamiento se imponía. Se casa a disgusto, recontraputeando a su destino y a la descuidada madre. Se escapa sediento de calle, con la voracidad de un lobo padre, olvidándose de compromisos y del crío. El chico se queda solo y un poco paria, desmenuzando su infancia, que ni bien empieza a armársele se le escapa de las manos como una pelota. Bola que rebota. Como mi madre, la de Daniel se dedicaba a recortar las fotos en las que apareciese la cara del padre. La imagen queda cercenada, sin representación, como un Dios judío, sin cara. Igual que yo, igualito a mí, comienza su niño a buscar aquello que se ocultó, a ir por la máscara. Un día su niño encontró, entre tanta búsqueda, una foto olvidada que se salvó de ser descuartizada. La agarró entre sus manos, la miró y se miró detenidamente en el espejo de su filiación. Va hacia ella. En la casa hay pocos referentes, un tío tirano, una tía sometida y esta mujer arruinada. Su ruina no le quitará a esta mujer nada de lo bailado. El niño va con su tarjetita diamante recién descubierta, fresquita, aliviado. Ella cocina una torta por la tarde, la actividad favorita de las mujeres arruinadas. ¿Este señor, es él? La doña había tomado clases de danza clásica en una academia barrial por la zona de Burzaco, de niña, niña bailarina.

Lentamente eleva su brazo derecho en busca de consuelo, en un instante imperceptible se rasca el pelo recalentado por el horno, aspira calor y desenfreno y se arroja hacia el pibe, rompiéndole la cara. Silencio de facto, factoría de tortas y no de respuestas. Esa fábrica. Así se queda el Danielito, mudo, en medio de la cocina, con la

piedra y la marca, en la frente. Como me gustaría devolverle el golpe a Diana Rabinovich, con un objeto topológico, con mi nudo borromeo, o todo desanudado, con una soga que le calce al cuello. Una soga, estas madres, esta patria. La tragedia se dispara con el golpe y el chico comienza a ubicarse como el balón dentro de ese metegol. El tío tirano, a un costado, agazapado, como un tigre. El pibe se arma solo y, como tiene astucia e inteligencia, se destaca del resto. Al tío esto lo enferma y lo vuelve ladino. Pendejo de mierda, pendejo soberbio. Mis hijos son unos fracasados irrecuperables y vos siempre enrostrándome tus estandartes. ¿Vas a ser abanderado? Te voy a ensartar con la bandera pedazo de mariquita. No vas a salir, vas a quedarte cuidando a tu madre que quedó arruinada por tener que hacer de padre y madre. Ella no hace de padre y madre. Ella es una ruina depresiva que no hace de nada. Lo golpea. Así se manejan, así lo orientan. Esa topología. La arruinada no dice nada, sólo mira como el tío produce el daño en el cráneo, sobre el hueso y sobre el resto, en lo que uno podía llamar personalidad. Hecha a los golpes. Luego el pibe, ya de grande, estará dirigiéndose a Marruecos, para realizar su destino, más allá del padre. Patria desencajada, porque la del padre, era una de putas y la del hijo, una de putos. Patria prohibida, porque en Marruecos, el consumo de putos estaba penado por la ley. Dan va en busca de tipos en el sitio en donde los tipos están prohibidos. Las recomendaciones del hotel. No vaya a los baños públicos, a los lugares en donde todos se reúnen y se bañan, a procurarse sexo. No concurra a sitios que son semejantes a saunas occidentales pero que representan una trampa para un occidental. Yo no le temo a nada, me mimetizo, no hablo el idioma pero me mimetizo. Mimetizado ingresa al peligro. Está uno ahí, bañándose desnudo. Es joven, bello y macizo como un actor passoliniano. Lo mira al turista,

mimetizado, y no para de mirarlo. Daniel enloquece. El agua que cae y que genera vapor le recalienta el cerebro y la gula. Se erecta al tiempo que se desnuda. Se impone la libertad en el espacio prohibitivo, allí donde la sanción era una pena capital. Matar al puto. Va desnudo hacia el muchacho. Lo baña, lo toca todo, lo soba, lo consume, lo besa, su trofeo en Marruecos todo besado. Decí algo en tu idioma, negrito hermoso. Dice algo. Lo escucha, se recalienta y lo sodomiza. Alguno que otro pasa y lo descubren, pero lo hacen sin prestar atención. La mirada del otro lo pone más al palo. La eyaculación es la de su vida. Desnudo en Marruecos, con el peligro acechando. Cuando la fantasía se ubica en una escena, el mundo es todo tuyo. El mundo es todo mío, este mundo oriental que voy descubriendo va a ser todo mío. Una noche, en el hotel africano, recordó cuando el mundo se le fue un poco de las manos. Fue en una reunión familiar, cuando era adolescente, cuando supo, por lo que escuchaba de los rumores que circulaban, que su padre se encontraba en esa fiesta. ¿Está él? ¿Es ése? ¿Ése es mi viejo? La pregunta se la formula a su primo tarado, que no cesa de recursar segundo año. Fijate, no me meto en cuestiones familiares. Solito, el chico se dispone a ir a enfrentar a su padre con un cuestionario. Aparece la arruinada en un costado de la sala con su mirada arrasante, lo deja ciego al pobre, le quita la curiosidad. Además habla. Ni se te ocurra. Hay cosas que hay que dejarlas como están, sepultadas. ¿Debajo de la alfombra? Debajo de donde sea, debajo de la mismísima muerte. No me mortifiques, no busques cosas que me mortifiquen. Él está acá, por algo está acá. Si está que vaya él hacia vos, no al revés. Eso lo decido yo, mamá arruinada. Tu ruina no me va a quitar las ganas de querer saber. Si hablás con él, si te dirigís a él, tu vida se va a

convertir en un infierno, yo en un demonio, tu tío en mi arma y tus primos en tu celda.
No les tengo miedo ni a vos, ni a mi tío ni a la mismísima muerte. El peligro de vivir con vos, contra vos, me hizo valiente. Voy a ir hacia él y le voy a preguntar cosas sobre mí, voy a hablar de mí, de lo que a él le pasó conmigo, porque de vos, ya lo sé todo. No lo creas, no creas saberlo todo de mí. Una mujer arruinada mantiene secretos fuera de órbita. Buscate un tipo que te salve de la ruina. ¿Para qué estás vos? El chico, rasurado por la verborragia del diálogo, va hacia el tipo. Éste baja la cabeza como si le pesara, como si fuese una bola de plomo. ¿Usted es mi papá? Sí, pibe, pero hablemos de esto el martes a las seis. Venite a esta dirección y charlamos. Daniel lo mira. Se ve y lo besaría hasta morderle la lengua. Lo besaría apasionadamente, ante la mirada perpleja de la arruinada. Bailaría con él un vals de quince interminable. El martes voy. La arruinada se deposita en un rincón húmedo del salón y empalidece con el paso de los minutos. Le baja la presión. Se desmaya y cae besando el piso con la lengua. La internan y en veinticuatro horas ya está en la casa. Muda, sonámbula. A partir de esa noche, deja de dirigirle la palabra. El pibe va al encuentro. Toca timbre en el domicilio que estaba escrito en el papelito. Lo atiende una señora con cara de ruina. ¿Hugo? Debe estar buscando putas. Adrogué se está llenando de esa gentuza. Yo creía que iban a llegar hasta Gerli. Pero no, están apestando la zona. Vos debés ser su pibe. Ojalá el destino sea más benévolo con vos que como lo es con tus hermanos. Hacer de padre y de madre no es sencillo. Usted seguramente no hace de padre ni de madre. Con esa cara de arruinada solamente se puede hacer de muerte. Era la cuarta vez que Daniel se dirigía a buscar sexo riesgoso en la zona de los baños, en Marruecos. En la última visita, ya había estado

más tiempo que el conveniente. La escena se repite. El mismo morocho debajo de la caída de agua. Va hacia él, lo aborda. La escena se desestructura. Se suman cuatro que miran desde distintos puntos. Él, en el centro; los cuatro, a los costados. Pronuncian frases, a los gritos, entre las que él decodifica un "puto de mierda". Uno se le acerca, es el más alto, más oscuro, con la mirada color miel, con la voz de Kenny Rogers. Le canta.

> Bienvenido, a tu *wonderland* amigo respira,
> hondo... en tu *wonderland*... suspira…

La agarran de los pelos, le patean los genitales, le rompen los ojos, una piña detrás de la otra, no se detienen, los cinco contra uno... Cantan en coro...

> Amigo... esto es *wonderland* testigo
> soy... de tu seducción... aquí en mi
> tierra en mi *wonderland* si... suspira
> en tu *wonderland*... hoy esto es
> *wonderland*.

Tirado, arrojado, con la tierra en la cara, escupía sangre y tierra. Yo quería aventura pero esto es demasiado. Convertirme en un desecho en pleno África, bueno no en la plenitud, en el Norte. No tengo norte. No tengo arrepentimiento. Tengo ganas, eso sí. Le contaba a su amigo periodista, que se iba volviendo desconfiado ante el relato. Tirado quedé, y nada de sexo esta vez, sólo el maldito consumo de adrenalina. Yo no fumo, no tomo, pero me envicio con adrenalina. No vuelvas. ¿Por qué? Puede ser que te maten. No hay nada que me alarme. Soy un producto de la *new age*. El mundo es mío, todo mío y no hay nada en este mundo que me genere miedo. Existe el peligro. Existe mi estar más allá de todo y mi pensamiento positivo. Mis ganas y la proeza. Regreso

como quien regresa al baño a realizar su necesidad. Los mismos estaban, los mismos lo olfatean sorprendidos de la audacia del turista. Regreso porque no hay nada que temer. Si no me mataron es porque no debía morir. No entienden lo que digo pero yo sí entiendo a lo que vengo. Mi intención era tener sexo riesgoso y descontrolado en Marruecos. Saqué un pasaporte, pagué un pasaje bastante caro y estoy alojado en un hotel costosísimo.

Bienvenido a *wonderland*, turista a
tu *wonderland*, artista a tu

Uno sale del grupo. Usted se lo merece. Va a comer de nuestra carne y va a salir airoso de este campo. La muerte no va a agasajarlo en tierra africana. Sólo goce.

Tu goce en Colona.

Home

Yo nunca tuve casa, a mí se me destartaló la idea de casa. Cuando vivía con mi abuela no sé por qué siempre supe, que no era familia, que estaba de inquilino. Cuando la vieja llenaba, con sus malditas velas, toda la casona de Victoria y acomodaba las estampas de todos los santos, yo no pertenecía a esa jaula. Desde antes, no estaba en ninguna casa. Ni siquiera cuando estaba de bebé, al lado de papá y mis hermanos, observando la cara de desesperación de mi mami, que no paraba de mirar la puerta de salida, haciendo como que me cuidaba y contando las horas, programando la huida, reprogramándola, guardando ropas, calculando cómo sobrevivir. Tampoco cuando nos escapamos como dos negros esclavos, mi mamá una negra madre, yo un bebito negro, atravesando ríos, no el Mississippi, ni el Río de la Plata, sin pedido de captura, aunque corriendo como si hubiera mil pedidos de captura. Ni en la calle, ni a la salida, ni a la llegada a la casa de la abuelita. Ninguna casa. Tampoco cuando mi mamá se fue a vivir con el papá de mis hermanas, cuando yo tenía seis. En San Fernando, tampoco sentí lo que era llegar a mi casa. Había reuniones de consorcio en las que mi mamá se agarraba a las trompadas con los vecinos pero el calor de hogar era inubicable. No había *home*, pero sí *red wine* y *white wine*,

del tinto y del blanco, mucho para tomar y para olvidar por parte de estos adultos. Comenzaban a tomar porque la vida los aburría y porque la creación de un hogar no estaba en sus planes. Estos dos estaban por estar juntos porque se habían encontrado atados por la desesperación de que no había nadie para el otro, salvo ésos que eran ellos. Y yo en el medio. Estando por estar porque a los siete es difícil pensar en suicidarse. Pensaba que la muerte sola iba a llegar, de noche, para asfixiarme, pero ella no llegó y me volví asmático. Mi aspiración de su llegada. Cuando estaba por nacer una de mis hermanas, mi mamá me regresó por un tiempo a lo de mi abuela y no recuerdo haberme quejado. No me quejaba de nada. Todo me daba igual. No tenía amigos ni aquí ni allá, no tenía raíces, ni arraigo, ni cómplices, ni siquiera una mascota. Sólo una que duró una semana y que se llamaba Sami. Un día tuve un impulso y, cuando estaba en Olivos, recogí un perro callejero. En mi casa, lo aceptaron a regañadientes y se quedó a vivir. Mi primer amigo. Al día siguiente el perro comienza a toser y a largar secreciones extrañas de su boca. Lo llevan al veterinario y el especialista lo declara enfermo terminal. Tiene un moquillo irrecuperable y para que no sufra hay que sacrificarlo. Lo sacrifican y me pongo a llorar, desconsoladamente; tenía diez años. Un llanto de un niño un tanto hostil. Perro de mierda, te apareciste en el camino para hacerte mi compañero y para desaparecer en horas. Perro sarnoso, maldito seas, te llevo, los convenzo a estos parias para que te den alojo y te morís, desagradecido. Lo enterré con mis manos y me quedé diecisiete horas al lado del barro. Maldigo al moquillo, maldigo a los canes y te maldigo a vos, Dios, que no hacés otra cosa que generarme desgracia. No te pedí un hogar, ni que me cambiaras a estas mierdas de padres, sólo un perro para cuidar y me mandás a este animal canceroso. Tenía diez y odiaba a Dios con

toda mi fuerza. Te odio porque tengo unas vecinas que van a un colegio lleno de crucecitas, que me dicen que si rezo, todo me va a ir mejor, y yo recé, y lo único que sucedió, es que me mataras a mi perro. No te llevaste ni a mi maldita madre, ni al ladino de mi padrastro, tampoco trajiste un mensaje con la noticia de que mi papá había tenido un accidente. A todos ésos los dejás vivir con fuerza y con esa salud indescifrable que tienen. En cambio te ensañás con mi perro. A partir de ahora, a mis diez años de edad, decido odiarte con toda mi alma, a vos, a tu hijo Cristo, o Jesús o como mierda se llame, a su madre, que no se entiende cómo fue que lo parió, a tus casitas, a tus colegios, a tus adictos con uniformes grises y azules. Todo lo tuyo me producirá odio. Un día Dios se vengó de mí y se llevó a mi abuela. Fue por una urgencia clínica, mi mamá la trasladó a su pueblo para que viera al médico de cabecera. Ella vivía en Victoria pero tenía a su médico en el pueblo. Como en los pueblos todo sale mal, la vieja termina muriéndose.

Muerta y verde como la bruja de oeste. Ni bien se muere, el hijo odontólogo y chorro que tenía la vieja, comienza a hacer planes con lo que quedó. A la vieja la cuidaba un tal Lelo, que era un primo o un tío o algún tipo de pariente. El dentista lo envolvía con palabras tranquilizadoras, mientras la muerta se iba tiñendo de esmeralda. No recuerdo que se detuviera en algún momento a ver ni el cajón ni lo que había dentro del cajón. Sólo se dedicaba a resolver trámites. Quedate tranquilo, Lelo, nadie te va a sacar de la casa. Estamos muy agradecidos de que hayas cuidado todo este tiempo a mamita. Además te voy a dar un dinero, después de que venda unos terrenos que estoy por vender en Campana. Ella te quería mucho y yo no me voy a olvidar de vos. Por supuesto que dijo esto y al rato estaba craneando cómo sacarlo al Lelo de la casa. Mamá miraba desquiciada el

deslizamiento del arregla caries. No creo que la haya besado, no recuerdo un abrazo ni nada que los hermanara en el luto. Sólo esa sensación de falta y de desafiliada de mamá, su cara de no reconocida en la escena. Cuando una que dice que es tu mamá se muere, se muere todo lo dicho y las palabras se las lleva el viento. Un viento azotaba al pueblo y se llevaba la maternidad de mi no abuela. Parecíamos los herederos de Juan Duarte, peor aun, ni siquiera un apellido bastardo, puesto de apuro, que reconociera un lugar en el sepelio. Ninguna firma, sólo el registro de la memoria. Ahí, mamá, se mostraba desorganizada y deshogarizada. Esta podrida bruja vieja se moría sin dejarle nada a quien había llamado hija. Sólo le dona como herencia la presencia del hijo carroñero, que hasta le formula un reclamo. Podrías hacerte un café, podrías salir, ir a comprar café y hacerlo. Adriana te puede indicar donde están las tazas. Dale, hacé algo por tu amiga. Juanita, bruja musgosa, se transformaba mágicamente tan solo en una amiga. Cabizbaja la sirvienta se retira hacia la cocina a organizar los platitos y las tacitas. Como uno de los objetivos de su vida era el de no ser sorprendida por ninguna circunstancia, llevaba dos bolsas en su bolsón, una con un kilo de azúcar, la otra con otro kilo de café. Adriana se encuentra en un rincón de la cocina, devastada y borracha. La muerte de la bruja la puso melancólica y recurrió a la botella como lo hizo siempre. Recurso reconocido por todo el pueblo porque para el pueblo, ella era la borracha del pueblo. Cuidate de tu hermano, te va a querer sacar todo. Últimamente desestima los tratamientos de conducto, se niega a hacerlos y sin ningún reparo se dedica a arrancar dientes de cuajo. Nunca soportó que esa vieja haya querido compartir su amor con vos, aunque dudo que esa tirana haya tenido algo de amor. Te arrancó de tu rancho porque sabía que ya a los cinco éste era el

mismísimo diablo. Te usó para que la protegieras pero hasta acá llegó tu función. Ahora el dentista te va a querer arrancar todo. Mamá escuchaba tratando de no vomitar, porque era tal el grado de alcohol que emanaba Adriana que se volvía intolerable. La oía revolviendo el café, con la mirada perdida en la cucharita, creando su respuesta. Decile que no me dejó nada, que Juana no me dejo nada. Ninguna propiedad, nada firmado. No tengo herencia. No mientas Clara. Aparece la voz del cariólogo desde la ultratumba. No seas mentirosa. Mamá desde hace veinte años se la pasó comprando joyas y oro. ¿Dónde está todo eso? Fijate el anillo que tenés en tu anular. ¿Lo compraste con tu paupérrimo sueldo de dicta clases? Es una esmeralda. Acá se te terminó la comedia. Bienvenida a *Wonderland*. Mamá se quita la joya, se castra de la joya y la ubica en la boca del lobo. Tragátela. Pedazo de mierda. Me agarra de los pelos, a mí que estaba pegadito al cajón, fascinado con el cadáver de la bruja. Nos vamos, se terminó esto. No, mamá, yo me quedó. Me quedo hasta que cierren el cajón. No somos nada acá. Me están echando como a una sirvienta desubicada. Me quedo. No huyo. Esta mujer me trató como a un nieto. Me protegió de la fiebre, revisaba mis boletines. Me protegió de vos Nos echan. No te acompaño, me quedo. Acá, pegadito al cajón, siento que se me va mi hogar. Lo quiero despedir. Cuatro horas permaneció la excomulgada afuera de la casona. Cuatro, mi mano depositada en el cajón, mi vista macerando lo verde. Cuatro, la borracha dándole al pico, chupando hasta el vidrio de la botella para que no se desperdiciara ni una gota. Cuatro, el Lelo con la cara desencajada, llorisqueando, babeándose, tragándose los mocos. Cuatro horas pasaron hasta que llegó la tapa mientras el especialista sentía que la vida era pura piorrea. Verde. Verde esperanza.

Hogar amargo

Estaba en la casa de Daniel mientras él descuidaba su vida en el norte de África. Yo le cuidaba la casa y revisaba sus papeles. Revisaba y hacía ingresar población peligrosa, aunque angelitos eternos comparados con la mafia mefistofélica que ingresaba Dan. Como un gato callejero, me iba apropiando de un territorio que no me pertenecía, ubicando mi nariz en papeles ajenos. Revisando, comencé a reconstruir un poco la historia amorosa de Dan. Leía cartas que Dan escribía, la mayoría dirigidas a un tal Horacio.

Querido Horacio: Yo no sé qué es lo que querés hacer de mí. La propuesta o el planteo era que nos diéramos un tiempo, estar un poco separados o algo separados o no tan juntos y después reunirnos y ver cómo continuaba lo nuestro. Pero no estás cumpliendo con lo pactado. Ayer viniste, como si nada, te bañaste y además no estabas solo. Estabas con ese Pai, que te lleva de las narices como si fueras una sortija. Yo te lo digo de amigo y amante tuyo que soy, porque no somos una pareja, pero tenemos una relación muy directa, y te digo, repito, que no me parece bien que alguien lleve de las narices a otra persona aunque sea un Pai. Pensalo. Nos seguimos viendo aunque tenemos nuestra charla pendiente. Te quiero. Fush.

Querido Hori: Yo sé que no te tengo que reclamar nada porque no somos una pareja aunque sí podría reclamar algo porque somos un poco más que amigos, un poco más que amantes aunque un poco menos que pareja. El reclamo es un reclamo de amigo. Estás viniendo poco y utilizando mi casa como si fuese un aguantadero, un baño, un vestidor o algo por el estilo. El martes viniste, sacaste un saco que tenías y ni siquiera me saludaste. Peor aun. Cuando te pregunté en qué andabas me dijiste que en nada en particular aunque me aclaraste que estabas viendo bastante seguido al Pai. Cuando te pregunté por tu relación con este individuo que es el Paí, me contestaste desafiante que no sabías cómo era la relación, pero que el Pai tenía una pija de 24 cm. Además, desafiante también, me dijiste "imaginate" o "imaginátela". No recuerdo bien. Me gustaría que nos juntáramos en la semana para que me aclararas cómo es la situación. Tu amigo que te quiere en serio. Fush.

Hori: Hori, no sé cómo decirte todo esto porque seguimos desencontrándonos y no te puedo dejar la carta. Espero que hayas leído las anteriores aunque dudo que lo hayas hecho porque no tuve respuestas y porque nuestra charla permanece pendiente. Lo que quiero decirte, en esta oportunidad, es que lo de la pija, eso de los 24 cm que me comentaste acerca del Pai, me puso furioso. En principio, porque me hizo sentir que me estabas abandonando, o no exactamente eso, pero sí un poco, por un Pai con una pija grande. Siempre me dijiste que mi pija era grande para vos, que estabas locamente apasionado por mi pija. El tema es que no creo que la mía mida 24 cm, aunque sé por comentarios que es más grande que la media. No que una media, sino que me refiero a la media que representa la población masculina. Además, Hori, me niego a

considerarme tan solo una pija. También me niego a aceptar que te vas con el Pai, sólo por sus 24 cm. No creo que sólo el tamaño de su miembro te mantenga tan apegado a ese umbanda. Lo que quiero advertirte es que yo considero que ese tipo, no sé cómo, no sé con qué artilugios, seguramente con su magia, te atrapó. Yo sé que sos jóven y un poco ignorante, pero la umbanda ha sido una religión que la hecho muy mal a este país. López Rega e Isabel Perón, testigos y artífices del período más cruento de nuestra historia nacional, estuvieron vinculados a esa religión. No fue que ella, nuestra ex Presidente, se convirtió a la umbanda influenciada por este ministro siniestro que tenía y que había sido un Pai, cuando era más joven. Ella, ya desde jovencita, cuando vivía con su familia primaria en el barrio de Saavedra, recibió la influencia de esa religión. No sé si no llegó hasta consagrarse como una Mai. La umbanda le ha hecho mucho mal a nuestra nación y a nuestro pueblo. Me pondría muy mal enterarme de que te transformaste en una víctima de esa religión nacida en África. Tu amigo. El Fush.

Queri Hori: no me gusta nada esto que estás haciendo. Vas y venís, y cuando venís te la pasás hablando de lo maravilloso que es tu Pai. Últimamente me estoy sintiendo muy caído y según la evaluación de un psiquiatra tengo una depresión. Yo en realidad siento que soy una víctima tuya, tuya y de ese maldito Pai umbanda con el que andás. La umbanda ha destruido institucionalmente a nuestra nación y ahora lo está haciendo con mi vida personal. La magia negra que practicaba López Rega con Isabel Perón tuvo sus derivaciones siniestras. Cuando López decide ir hacia Puerta de hierro para encontrarse con la bailarina, va dispuesto a practicar magia para que a Isabel se le impregne el espíritu de Eva. En Puerta de hierro, el cadáver

de Eva permaneció durante un tiempo prolongado y cuentan que estos dos hicieron atrocidades con el mismo. No sé si enviciados por la magia o bajo la influencia de estupefacientes, el brujo le hizo comer partes de la embalsamada a Isabelita. Esto te lo comento para que comprendas hasta dónde puede llegar la gente influenciada por esta religión nefasta. Ese Pai nos está separando. La umbanda es un muro entre nosotros. Nuestra relación era algo que me mantenía feliz. Este distanciamiento y su influencia me están enfermando. Me gustaría que tuviéramos una charla para aclarar cuestiones. Te quiero y te extraño. Tu Fush.

Hori: Estoy cansado de que te la pases cuidando a tu maldito Pai. Cuidándolo a él y descuidándome a mí. Como te advertí en mis cartas anteriores la Umbanda a algunas personas suele llevarlas a la ruina. Este país pagó un costo elevadísimo debido a la maquiavélica influencia de López que significó el terrorismo de Estado. No sólo fue una decisión internacional y de orden económico que nuestro país cayera en manos de un gobierno de facto. La religión Umbanda también tuvo su influencia. Por eso te pido, te imploro, querido Hori, que estés advertido de esto que nos está pasando. Tu Pai, según lo que comentás y lo que yo también testifiqué, ha perdido alrededor de diez kilos en este último mes. Vos Hori, hermosísimo Hori, te estás convirtiendo en estos últimos días en un hermoso aunque penoso cadáver. Le agrego a todo esto que los tres durante estas últimas noches permanecemos afiebrados, con temperaturas que rondan los 39 grados. Lo que nos está sucediendo no es casual. Somos víctimas de la magia negra ejecutada maléficamente por tu amado Pai. Venite a vivir conmigo, a estar más tiempo conmigo, y vas a ver que de ese modo nos vamos a recuperar. Él te va a hacer ingresar

en el mismísimo infierno. Salvate y salvame. Te extraño, te amo y te necesito. Tu amado Fush.

Horacio: Todo tuvo sus consecuencias. Ayer me entregaron unos análisis que realicé el mes pasado. Aquello que suponía se corroboró. Tengo sida. Vos y tu maldito Pai me han transmitido el sida. Soy víctima de tu decisión negra, de tu magia maldita, de tu atropello. Del tuyo y del de tu amigo. El Pai. Además, ustedes, que seguramente están infectados y que me han contagiado, se van a acompañar mutuamente en el desarrollo y calvario que representa esta temible enfermedad. En cambio a mí, ¿quién me acompaña, Horacio? ¿Quién me va a controlar la fiebre? ¿Quién me va a alcanzar una Cafiaspirina? Pensalo. Pensá en lo solo que estoy. Y no te sientas culpable. Sólo te pido que reflexiones y que regreses a mí. Va a ser muy triste morirse de sida y solo. Pensalo. Te quiero y te extraño. Fush.

Maldito Horacio: No das señales de vida. El psiquiatra me atormenta con que vea a un infectólogo y vos no das señales de vida. Yo necesito verte a vos. Yo sé que si te viera se me pasaría todo, bajaría mi fiebre, recuperaría peso, se me calmaría la virulencia. Mamá no para de llamarme y de preguntarme si estoy bien. Le miento y le digo a todo que sí En realidad me gustaría decirle que estoy muriéndome de sida y, además, para sumarle desgracia a la tragedia, muriéndome de amor. Te amo, Hori. Nunca le dije ni le escribí esto a nadie. Siento que ahora que te perdí, ese hecho desafortunado de haberte perdido me hizo dar cuenta de que te amo. Yo sé que si te enterarás de mi amor regresarías a mi despegándote de la gigantesca poronga de tu Pai. Pero pensalo bien Hori. ¿Qué tiene más valor en la vida para los seres humanos: el amor o una pija

descomunal? Yo sé que te va a costar responder esto porque sos un poco vicioso pero

Hasta ahí llegaba esa carta. Hasta ahí me quedé leyendo estupefacto, detenida mi vista en algo parecido a manchas de humedad que enseguida ubiqué como la marca que quedó detrás del llanto de Daniel. Hasta ahí el llanto era de él. A partir de ahí me apropiaba de su llanto, lo hacía mío, toda su congoja me embargaba. La vida. No por la media docena de cartas con un contenido pelotudo, no por los desaciertos históricos y la condenada realidad social de la patria. Tan solo porque en nuestro sexo hubo poco de preservativo, porque no quería preservarme de nada, asfixiarme de todo, sumergirme en la peor de las estupideces. Cartas imbéciles se convertían en mi oráculo. La peor de las historietas más estúpidas me marcaban a fuego. Ardía. En llamas sabiendo que participaba y colaboraba en solventar esa vida estúpida y sosa. Con cara de payaso. Imaginando las desventuras del imbécil en Marruecos. Comenzando a desearle la muerte. A éste, que sabiendo que yo venía de una tragedia vinculada con ese virus, me llenó de su legado, a mí, que siempre elijo como ley el abandono, el mío, el del otro. Comparto eso. Sigo leyendo. Estupideces.

Querido Hori: El sida no me va a matar. Me gustaría poder transmitirte todo esto que voy aprendiendo de esta enfermedad que ya no la considero así sino que se ha convertido en una bendición de Dios. Conocí a una señora, muy bondadosa, que se llama Irene, y que siempre nos lee el libro de una tal Elizabeth Kubler Ross o Kuleada Rosa, o algo por el estilo, que es una médica norteamericana a la que le agarró un cáncer de cerebro y la tipa esta, genia total, se puso a decir frases positivas al estilo de “El cáncer me

embellece.”, “El cáncer me pone divina.”, “El cáncer me da paz.”, o ésa que le decían los gorilas a Eva: “viva el cáncer”. La cuestión es que la médica, después de estar repitiendo estas frases como un loro, comenzó a sentirse mejor. No sé si le hacen una biopsia o si sale en una tomografía, pero después de todo esto, el tumor o se le reduce o se le desaparece. Irene nos tiene todo el día repitiendo frases: “El sida me embellece.”, “El sida me hace más digno.”; yo invente una mía propia: “El sida me hace más elegante.” Desde que hago esto siento que mis ganglios se han desinflamado. Estoy muy contento con esta nueva vida que voy viviendo y conociendo mucha gente nueva, talentosa y dispuesta a acompañarme. Me gustaría que estuvieras conmigo pero Irene dice que tengo que soltarte. Escribí frases en relación con vos. “Hori está haciendo lo mejor para ambos.” “No siento rencor ni odio hacia Hori.” Escribí una que Irene me corrigió. “Hori es un reverendo hijo de puta y su muerte me va a generar un placer inmenso.” Irene me dijo que era un pensamiento muy negativo, que nunca la Kuleada Rosa hubiera escrito eso, ni ella ni la otra, la Luisa Hay, entonces la modifiqué y quedó así: “Sentir odio hacia Hori es malo para mí por eso lo suelto, suelto mi odio, para hacerme bien.” De vez en cuando me olvido de todo esto y me gustaría que estuvieras realmente hecho mierda pero sé que va a ser malo para mí. Por eso abandono ese pensamiento.
Que te vaya bien.

Fush

De Marruecos, Fush se traslada vía aérea hasta Portugal. Tenía dos noches en Lisboa y sale a la calle a devorarse tipos en una disco. Dos portugueses espléndidos y cocainómanos lo abordan. Le hablan en portugués, le convidan coca y lo invitan a una fiesta en las afueras de Lisboa. La cocaína me embellece. La cocaína me hace bien. Me alegra compartir esto con mis nuevos amigos en Europa. Los tres vuelan hacia las afueras. Los dos se lo devoran, llenan la casa de *dealers* y lo obligan a cogérselos. Como es novato en el consumo aún puede lograr una erección óptima. Esta fiesta me reanima. Estas aventuras en Europa son experiencias que agrego a mi vida. En mi vida voy concretando nuevas hazañas y eso me hace inmensamente feliz. A eso de las cinco y media los portugueses se ponen violentos. Echan a los *dealers* a los gritos y se quedan sólo con el Fush. Ahora nos vas a recontracoger cuatrocientas veces sino te vamos a recontracagar a trompadas. Todo en un perfecto portugués. El Fush estaba exhausto, cansado, agotado, no daba más el pobre. No doy más. No te entendemos un carajo, argentino de mierda, hacé lo que te decimos porque si no agarramos un arma y te volamos la cabeza. No se me para bajo presión. Que se te pare, argie, porque si no estallás. No se le para. El más alto y más robusto estaba recontrapasado

de merca y recontrasacado, un iracundo. Te vas de acá, sudaca sucio. Te trajimos para que nos des satisfacción. Imaginate que no solemos trasladar mierda sudaca en nuestro vehículo. Nos arruinaste la noche por eso te voy recontracagar a palos. Todo esto se lo dice en un perfecto portugués. Lo golpea con furia, mientras el Fush apenas se defiende por el cansancio que tenía y por lo mal que le había pegado la merca. Sale disparado por la puerta de servicio con el culo marcado por las botas pesadas del robusto portugués. Camina por las calles de un sitio que se asemeja a un pueblito hasta encontrar una estación de tren. Esta experiencia me embellece. Estas escenas de violencia van a representar un gran aprendizaje para mí. Este trayecto europeo me va a enriquecer, a los golpes me estoy haciendo rico. Me rompieron la jeta pero estas marcas me embellecen. Esta vida mía, repleta de oportunidades es... es... es... es. En un momento el Fush recordó cómo su tío lo molió a golpes el día que obtuvo su título de Contador público nacional. Regresó a la casona de Adrogué en compañía de su arruinada madre y cuando se disponía a abrir la heladera en la que había guardado una botella de champán para la celebración, el tío ubicó su poderosa garra. Un poco más de fuerza maricón. ¿Con tu título no te vino un librito con instrucciones de cómo hacerse más hombre? La arruinada, muda, a un costado de la escena y de la mismísima vida, con el título en la mano. El hermano le arranca, como una serpentina a la cobarde, el costoso y transitado trofeo del Fush. Contador público nacional. ¿Contador de qué? Contador de muñequitas, pedazo de trolo. ¿Qué persona sensata va a contratar a un contador de muñecas para que le maneje los papeles? Venís a enrostrarme tu cartón. Yo no vengo a nada, ésta es mi casa, compartimos la heladera, tío. Nunca celebraría nada con

vos. Aunque si querés te regalo la botella de champán para que festejes el éxito

de tu hijo deportista, seguramente con la fortuna que va a hacer tu pibe en este año me lo vas a poder devolver con creces. El pibe del tío del Fush había tenido ese año un accidente terrible durante un entrenamiento, que lo había dejado inhabilitado. Mientras trotaba, no se sabe bien por qué, el primo, luego de un traspié, se clava un palo que estaba arbitrariamente ubicado en el medio de la cancha. Ese palo incrustado le perfora el bazo y se lo rompe y se lo tienen que extirpar. Se queda sin su bazo y con severos problemas en el aparato digestivo. Al primo esta situación le resulta difícil de ser digerida y se deprime de un modo fulminante y permanente. Se encierra en su habitación y comienza a comer toneladas de comida hasta transformarse en un monstruo obeso. El tío agarra el título y se lo devora como el primo anteriormente los helados y las pastas. Cuando el Fush intenta defender su certificado, ahí el tío decidido, lo agarra de los pelos violenta y sangrientamente como en muchas tantas anteriores veces. Enajenado en la repetición continua del maltrato hacia el pariente puto. Acorralándolo al pobre Fush, que aún no contaba con las vigorosas recomendaciones de la *new age*. Sin poder en aquella oportunidad recurrir a la salvadora creencia positiva de que la violencia familiar lo embellecía. Arruinado por su precoz ignorancia.

La gloria del regreso

El regreso es un procedimiento que en algunas personas genera mucha motivación. El viaje logra que se despeje la cabeza, que la mirada se ubique en diversos y novedosos paisajes pero la adrenalina que genera la novedad termina agotándose y le nace al viajante una pesada nostalgia. Nostálgico y un tanto golpeado se encontraba Daniel luego de su travesía africano-sureuropea. En aquellos días, luego de enterarme gracias a las cartas de Horacio de las virulentas verdades que Dan me había escondido, resentido y un tanto exasperado, comencé a romperle las paredes del departamento y a teñirlas con alguna pintura que encontraba, interviniendo aquel espacio como solíamos hacerlo con Germán y Hugo. Desquiciado, casi psiquiátrico, pintaba durante la noche, escribiendo eslóganes indescifrables, poesías, dibujitos, bocetos. Quería que regresara y que se le perforara la mirada, que su gloria se agrietara, que su regreso desafortunado descubriera un hogar marchito, habitado por mi descubrimiento y mi bronca *borderline*. Que venga, que se quede ciego como Edipo después de realizada su tragedia, que dos tenedores *extra large* te deterioren ese alma de malparido. Que aquello que ocultaste y que me revelaron las cartas de Horacio te convierta en un boxitracio, en un hombre de celofán, en un flan de nata, en

un barquito hecho de papel manteca. Eso, una mismísima mantequita para que mi fuego rencoroso te cocine, te calcine lentamente, sin arrorró, sin despedida, sin nadie que te contemple. Que la mismísima muerte te atraviese ese corazón de lata hasta oxidarte la sangre mediante una infección importante. Que se te instale en tu ya lastimado cuerpo algún mal cancerígeno, alguna infección por el estilo, que te agriete, que te convierta en una mancha, que te perfore la piel con manchas, que se te reproduzcan como flores amarilis, con ese aspecto psicodélico y aterrador de las amarilis, que hasta produzcas miedo. Que mi frondosa maldición te genere un daño incurable, inmutable, insoportable, inhumano, invertebrado. Todo eso junto y un poco más. Dios que hasta ese entonces había desoído todos mis ruegos y plegarias, finalmente se disponía a darle un espacio, en su cuerpo condenado a mi súplica.

Dios primero se encarga de mí

El mentiroso regresaba de su viaje africano hacia el encuentro de su casa semidemolida. Cuando ingresó al departamento la cara comenzó a desencajársele, los ojos fuera de órbita detenidos en las manchas, en lo destruido, lentamente observándolo todo. Podrías haber limpiado un poco. Sabías que iba a volver, que hoy era el día de mi regreso. ¿Ésta es mi bienvenida? Análogamente al movimiento de su visión, yo le entregaba una planilla médica que testimoniaba su diagnóstico. Te fuiste y no paré de revisar tus papeles. Mi viaje no fue para eso. No, claro que no, me imagino a lo que fuiste, pero ya estás de regreso. Acá estás descubriendo lo que descubrí. ¿Qué descubriste? Que sos un maldito portador, por eso te entrego este papel, Fush. El certificado de tu diagnóstico. De cualquier modo podrías haber limpiado un poco. El viaje ha sido largo y me deprime llegar a mi casa y encontrar todo revuelto. No era lo convenido. Nada de lo me enteré convenía que me enterara. Hice esto para que cuando volvieras no terminara asesinándote. Lo miraba con cara de asesino serial. Hablaba pausadamente como un asesino serial. Me dirigía de un lado hacia el otro como un asesino serial. Hacía muecas indescifrables de asesino en serie. Con la cara y el ceño fruncido que me volvían serio como un asesino. Ser asesino es cosa seria, cosa de señores

y señoras serias. Aunque el estado fuera de quicio le quite seriedad a la persona y la armen un tanto bizarra. Me estaba inventando un bizarro rol de asesino serial. Destruiste todo, demoliste paredes. ¿Estás loco? No sé si loco, pero quizás, tal vez un loco y bizarro asesino. Tanta locura y desborde produjo que mi cuerpo comenzara a elevar su temperatura. Los 40 grados irrumpieron agregando un armazón enfermo a mi estallido. Asesino con fiebre. Tenés cara de enfermo, debés estar enfermo, dejame que te toque la frente. Debés tener entre 39 y 40 grados. Yo últimamente vivo con algo de fiebre y es muy fácil para mí determinar la fiebre tan solo al tacto. Yo podría perfectamente, a pesar de mi fiebre, convertirme en un asesino serial. ¿Por qué serial? Estamos tan solo nosotros dos. Es tal el odio, tal la bronca, no puedo describirte cómo está el grado de mi decepción, tengo más decepción que fiebre, que si lograra empezar a matarte, realizar el inicio de tu asesinato, nada ni nadie detendría este impulso y lo que continúa hasta matarte mil veces y convertirme en un asesino en serie.

La redundancia desembocó en que se produjera mi caída de boca, zambullido en el mismísimo piso, chupando la mugre de todo el mes. Instalado en el suelo tuve un sueño.

Yo soy Joyce

Estoy en el centro de Irlanda, soy un adolescente. Tengo movimientos rápidos, casi epilépticos. Tengo por fin un padre pero no es lo que esperaba. Es un religioso, muy religioso, diplomado en religión, muy diplomado. Está muy ocupado en transmitir su religiosidad. Le digo. Padre, soy tu hijo. No, Ignacio (mi nombre es Ignacio), eres un hijo entre tantos. He pecado padre, he desafiado a los santos evangelios. No se detiene. Va hacia todos sus hijos, a dirigirse a todos ellos, esperando que me acople a la tribu. No lo hago. Me aparto. Tengo que ser un artista, tengo que hacerme el artista. Agarro una hoja de papel. Escribo en estado catatónico.

Ulises sabe que en Ítaka el mar aplasta la vida de sus tristes marineros, que el amor entre hombres da la vida y la muerte allí. Ulises es sirena y fusil, fusil y hembra, amaneradamente desemboca en la boca de sus marineros hambrientos.

> Sé que partiré, que mi barca me espera que
> Ítaka me esperará con las manos vacías con la
> humedad del mar contaminado.

Rompo mis escrituras, mi sagrada letra. Pienso. Este idioma maldito, esta lengua española y podrida que me transmitió él, caprichosamente, porque en Irlanda nadie la

habla, nadie cuenta a sus hijos cuentos en español, nadie transmite el evangelio en ese idioma. ¿Porqué mi padre habría tomado esta decisión? Vuelvo a mis escrituras.

Ulises, tanque de moco, maquiavélica criatura sin cristiandad
con tu kristallnacht a cuestas
noche de cristales que ha destruido nuestro rumbo recibe a la peste como si fueses eso un judío en un negocio de judíos en plena Berlín como si fueses eso un roñoso irlandés mironeado por la *crew* de *London*
Wake up, Ignacio, *it is your turn*
Tu padre ha decidido irse a protagonizar *Jesus Christ Superstar* a la mismísima
Broadway con Elaine
Paige Helena Paja
vieja y podrida haciendo de una sidosa Magdalena
Ignacio, *awakening*
Si no hay padre que haya pasto
Si existe una peste que se descubra su pasta Si
fornica la puta Elaine con mi puto padre que lo
paran al Ignacio
y que no sea como aquél que ganó un Pullitzer luego de haberse supersuicidado
Yo no quiero hacer a ése, quiero que Ignacio sea el héroe Ignacio *Hero* con ese nombre compuesto y que se me reviente la peste.

Índigo

Una psicóloga pelirroja me entregaba una serología positiva en el hospital Fernández. Me dio alrededor de cuarenta recomendaciones, todas en diversas direcciones, y yo no escuchaba ninguna con demasiado detenimiento. Mi cabeza se iba en diversos rumbos, tantos como las recomendaciones. Me habló de un turno con una infectóloga. Saqué el turno, a regañadientes, jurándome que no volvería a ese lugar. Le cuento a Daniel y él me asegura que quiere que viva. Quiero que vivas. Va a ser difícil vivir con estos ganglios inflamados, son como dos pelotas de tenis que tengo en la garganta. Trago un pedacito de pollo y es como si me tragara al pollo entero. Tengo una solución mágica para tus ganglios, vamos a concurrir a La Fundación. Comenzó, mientras yo estaba atragantado por mi par de ganglios de la zona de la garganta, a relatarme la historia de Axel Gambito. Axel era un oriundo de las Islas Filipinas, un fenómeno de persona, como aquel filipino que quería parir desde su escroto. Pero no igualito a él sino con otras cualidades también bastante mágicas. Gambito y muchas otras personas nacidas en esas podridas islas, no se sabe bien por qué, si es por el agua, por la posición del sol, por una forma particular en que se realiza la fotosíntesis, desarrollan poderes sanadores que producen beneficios curativos en sí mismos y en terceros.

La Fundación, que era la empresa en la que regenteaba Gambito, armaba todo un programa con su visita que consistía en prolongadas jornadas de sanación, que se realizaban a partir de que el filipino este te tocaba la frente. Daniel había realizado esta intervención varias veces y aseguraba que estaba bárbaro. Yo en realidad no lo veía tan bien como él se veía, lo veía deteriorado y con necesidad de un equipo multidisciplinario urgente, pero él confiaba ciegamente en La Fundación. Como Daniel además de portador era avaro me dijo que él podía darme una parte del dinero necesario para que se produjera la bendición de Gambito. Yo, como estaba con una sensación de que en cualquier momento me iba a morir, fui con él y la pequeña suma a ver si La Fundación podía becar alguna parte, o si entregando la cifra que había donado Dan me correspondía aunque sea una pizca de tocadita del filipino. Una semana antes, ya había concurrido a La Fundación a escuchar una charla que brindaba María Angélica, que era la cara visible de La Fundación y quien se encargaba de relatar los magníficos antecedentes del reverendo Axel Gambito. María venía seguramente desde alguna isla caribeña, tenía un acento muy caribeño, un poco indescifrable, y hablaba de un modo pausado que generaba en el oyente una sensación extraña, porque en la realidad todos los caribeños hablan como un cohete. Pero esta María había tomado clases, o leído muchos libros de Luisa Hay o de la Kuleada Rosa y seguramente entre las recomendaciones estaba la de transmitir el mensaje de un modo pausado. Su estilo tenía un efecto hipnótico porque la audiencia quedaba impregnadísima de todas sus palabras, particularmente por su forma de decir, y cuando María Angélica se callaba, todos, como niños de orfanato, le reclamábamos que continuara con el numerito. En aquella ocasión estábamos frente a frente. Ella escuchando mi

pedido de beca. Realmente no puedo meterme en estos asuntos, mi hermano es quien se encarga de la financiación de nuestra Fundación. Entonces llamalo pronto, tengo que resolver esto pronto porque el reverendo me tiene que tocar, me estoy muriendo, María Angélica. No será para tanto, no se te ve tan mal. No lo creas, tengo en vez de ganglios dos enormes pelotas de *rugby*. Entra el hermano en escena. Comienzo a sobreactuar. En la sala en donde estábamos manteniendo la conversación había algunos arreglos florales, algunos adornos, todos de dorado. Prosigo. ¿Qué significa todo este oro? ¿Esto es un lujo asiático y estamos discutiendo por mi beca? Lo mío es de vida o muerte y no puede ser que ustedes desprecien la mía teniendo todo este oro. El hermano y María Angélica me miraban con cara de desgracia, esperando que finalizara mi monólogo. Afuera hay como treinta personas, algunas víctimas de la quimioterapia, otras raquíticas debido a una salvaje inmunodeficiencia. Si no me becan voy a salir y hacer una movida histórica para que las manos de Gambito nos toqueteen a todos gratuitamente. Me otorgaron, luego de mi comprometido pedido, la beca completa. Al día siguiente nos levantamos tempranito con Dani para que se produjese la bendita peregrinación. Nuevamente las calvas y los raquíticos estaban allí, también algunos consumidores de Axel bastante excedidos de peso, gente en muletas, sobre sillas de ruedas, gente quemada, muda, ciegos y ciegas, en fin, una encantadora corte de los milagros. Ingresábamos por grupos acompañados por una música repleta de campanitas y de sonidos que imitaban el agua. María nos iniciaba hacia el camino que culminaba en las manos del reverendo. Todos nos dirigíamos como cieguitos (algunos estaban realmente ciegos) mientras ella nos ubicaba diversos cristales sobre las palmas de las manos. En un momento ingreso a una especie de carpa que

estaba armada con tules en la que Axel, petisito, negrito, bastante insignificante, se encontraba en posición de Buda. El Buda en miniatura se paró, elevando su mano, y la depositó de un modo sostenido, presionando fuertemente con uno de sus dedos negros. Ni bien me tocó caí desplomado y tuve un sueño.

Joyce era barítono

Estoy cantando a viva voz con mi voz de barítono. A un costado se encuentra mi padrastro presenciando mi *show*. Mi mamá y mis hermanas están todas vestidas de gala mientras nosotros lucimos trajes harapientos. Comienzo a cantar.

> Me observas porque sabes que estoy en el centro de la escena
> El alcohol está a tu diestra, a tu siniestra, en tu principio, en tu fin
> Yo no bebo pero perforé mi célula con un cactus
> venenoso como nuestras infancias y encías la
> serologia ha detenido el curso
> mi destino era de Ulises, ahora apenas de hada buena del sur
> Tu destino, padre postizo, una pronosticadísima ruina
> Pronto te voy a ver cara a cara en
> plena marea contaminante y te
> asesoraré como un escribano
> escrutando tus pecados

Amoalavida

La vida me sonríe con su amabilidad y su solvencia, se ha vuelto consistente y firme, impulsándome hacia adelante, convirtiéndome en un ser confiado y valiente. Amo al sol, al mar, a mis semejantes. A los colores, a todos desde la gama que va del blanco sábana hasta el negro marfil, desde el blanco arena del África hasta el índigo de mis sueños magníficos. Amo mi elocuencia y mis bajezas. Los perdono a todos, completamente a todos, los ubico en un conjunto cerrado, los enumero a cada uno como una unidad, los observo, los tildo y los perdono. A mi padre que nunca llamó para advertirme del tentáculo del pulpo, macerando su orgullo en Villa Pueyrredón, con su familia a la que privó de todo y que ni bien pudieron (ellos, el conjunto familia privada) revertir la privación, lo esqueletizaron; al pulpo *mater* que desde el fondo del mar revolucionó su evolución, atragantándose con el agua podrida de ciertas zonas poco cálidas de océanos empetrolados, descomponiendo sus pulmones humanos hacia branquias vencidas para romper por fin, por desgracia, el espejo de agua y dirigirse hacia todos los lados con todas las peores de las peores intenciones; a mi padrastro, el lamebotella, quien lloró en mis brazos pidiendo un perdón que sólo podría ser alojado en el muro de los lamentos, con ese olor impronunciable de los que se

chupan hasta la gota del corcho; a mis hermanas maternas, que con pequeñas dosis de cáncer (tumores inextirpables, tumores por pronunciarse) y de Crotoxina (medicina sanadora, casi cartesiana, casi homeopática) cual brujas irlandesas, se prescriben, se inyectan las dosis necesarias e innecesarias de lo que es veneno, de lo que es el antídoto, masacrando a lo femenino, armadas gárgolas, inyectando a los otros las dosis necesarias e innecesarias de lo suyo; a Low, el idiota, que se muere casi sin haberse hecho un hemograma en su vida porque su vocación era la de tragarse la leche de Lavalle toda y alrededores todos, y esta arriesgada jugada debería haber ido acompañada por la de haber sido un asiduo concurrente a servicios médicos, algunos, pero es así, tal cual, cuando un hombre se materializa en nata, nada surge, sumergido en territorios fuera de cálculo, no te perdono por pobrecito, lo hago por tu ser desinformado, lelo, poco filósofo; a Hugo, que de tan *alter ego* se convirtió en una sonda, él en mi suero, yo en el suyo, hasta que por un accidente de esos que ocurren algo se deteriora, entonces aquello, quizás alguna solución fisiológica o un calmante, que se dirige desde recipientes que se encuentran en las alturas hasta las venas, termina profanándose, haciendo al rumbo insensato, entonces será la sangre quien inexplicablemente parta desde abajo hacia arriba rellenando lo que contenía calmante y agua con nuestra peligrosa sustancia; a Daniel, al travieso Daniel, quien nada lo detiene, ni siquiera un pronóstico que le augura una lluvia de bolsas plásticas sobre su rostro, así se escribe el enigma; a ti, mi estimadísimo señor C, a quien no sólo perdono sino que le brindo otro enigma, tan solo en una frase, un cuarto desde el cuarto; a Freud, maldito vienés, que destruyó a la humanidad hablando del mal de la cultura, haciendo de la infancia una perversidad polimorfa, anudándolo a Jacques en su morfología; a quien

también perdono por haber hecho del mundo uno sin principios de placeres, sin ningún principio, sólo de malestares, armándome yo como una víctima incombustible del malestar; a mí, al último que perdono, por ser un sacrificio neomoderno, Heidegger en mi horizonte. Ignacio Amoalavida.

Contento y cantando canciones me la pasaba biloteando y silbando alto entre enfermos terminales que compartían mi coro. Realizaba exhaustivas visualizaciones dirigidas por María Angélica, quien lograba que mis enormes ganglios, hechos bolas de *rugby*, se transformasen durante la sesión en bellas y coloridas aves. Volaba mi inflamación producto de la infección terrible y mortal que aglutinaba mi cuerpo, por el bello techo azul, cielo de cartón pegado artesanalmente a mano por algunos usuarios de La Fundación. Hacer de nuestro infierno cotidiano un amable paraíso era la función pura y sobrebienintencionada de aquel bendito sitio. Fundidos y hermanados con nuestros hepatogramas por el piso, apostando por fuera de la ciencia, de lo escrito, del diagnóstico, de lo proyectivo, en el templo azul. Me llenaba de amigas con cánceres, verdaderas amigas con verdaderos e inmensos y ramificados cánceres que se desenarbolaban con nuestras danzas, nuestra acrobacia, extinguiéndose mágicamente mientras comíamos sana y macrobióticamente y nos transformábamos en vehementes bebedores de jugos multifrutas. De vez en cuando alguno caía fulminado al piso y era internado de urgencia. Nos deprimíamos un rato, recordábamos con un amor inmenso y humano a nuestro amigo vencido y luego, con los ojos vidriosos, producto de un llanto corto aunque intenso, ahora abiertos como soles chinos, nos mirábamos los unos a los otros, alabando a aquel que partió, alabándonos a

nosotros mismos que continuábamos en la lucha, en el día a día. Cada día era una victoria, cada hora en sí lo era, cada centésimo de segundo era disfrutado como la ingesta de un helado cremoso de Freddo o de un bombón de Bariloche, esas piezas elaboradas con dedicación y que se realizan de a una, con la coherencia y el cuidado que se utiliza cuando lo que se produce es por unidad. Éramos uno en el dolor, uno para armonizarnos, uno para socorrernos, para recrearnos y para compartir. Éramos tan uno que no recuerdo el nombre de ninguno. Ni siquiera el de una amiga muy cercana que fue la segunda víctima que aterrizó pálida sobre la alfombra, también azul, de aquel sitio de Dios, manchando con su sangre de luto la tela de lana, creando en la descomposición de colores un marrón mierda, elemento que ahí desaparecía en su esencia, porque en La Fundación hasta la mierda olía a claveles. Hasta el mismísimo Daniel realizaba una revisión comprometida de su promiscuidad. Un sábado por la mañana, Dani se levantó con todo el ímpetu y se dirigió a tomar uno de los concurridísimos talleres de visualización que dictaba María Angélica. Un baño público que se encontraba debajo de la sala en la que se dictaba el taller lo detuvo. Era un famoso baño de galería comercial, en donde la población gay se dedicaba a tener encuentros ocasionales que generalmente desembocaban en prolongadas sesiones de *fellatio* y sodomías individuales o grupales. Uno lo abordó en el mingitorio o él abordó a uno. En un instante Dani estaba intentándolo felar a éste con el que se encuentra cuando, antes de que le retire el miembro de la bragueta, el desconocido saca una credencial de su bolsillo. Soy un cazador de sodomitas, me dedico a cazarlos y a llevarlos a la comisaría de Retiro que es la de esta jurisdicción. ¿De qué trabajás puto? Tengo un cargo importante en una institución que pertenece al gobierno

nacional. Perfecto, el gobierno nacional se va a enterar gracias a la denuncia que vamos a hacer en la comisaría de las actividades subterráneas de sus empleados. No te pienso dar nada de dinero, ni un centavo, negro de mierda. Me vas a tener que pegar un balazo por detrás y matar a un Síndico General de la Nación Argentina. El balazo te lo voy a dar por delante pero antes te vas a comer unas cuantas trompadas maricón. Daniel escapaba como una bambi, por las antiguas y marmoladas escaleras de la deteriorada galería comercial. Corría, sin mirar hacia atrás, en busca de refugio, atravesando la misericordiosa puerta de entrada, que se encontraba en la apertura al arca de Gambito. En la sala estaba la mismísima María Angélica gritándole a sus fieles para que de una vez por todas aquello que el reverendísimo Axel había iniciado pudiese concluir. Desinflamen sus ganglios de una buena vez. ¿No entienden de qué se trata? Esas bolas petrificadas se disuelven porque la piedra es en realidad un manojo de sal. ¿No son capaces de disolver con las yemas de sus dedos esta simple sal? ¿Qué los detiene, quién se los impide, por qué no logran concluir lo que el reverendo inició? Dan se ubicó en el baño, endurecido, haciendo de sus puños dos piedras, rezándole a Gambito, pidiéndole que su perseguidor se convierta en una estatua de sal. Su plegaria se detuvo cuando recordó el momento en el que su tío lo echó a los gritos de la casona materna de Adrogué. No necesito un sobrino puto, un hazme reír puto que nos someta a las burlas del barrio. Si la capital alberga a esa gentuza, entonces que se dirija hacia allá toda la escoria. No sos un Contador público nacional, no sigas con ese cuento. Sos escoria de barrio. Sometés a tu madre a las burlas, pobrecita Matilde. Bastante tiene con ser una arruinada abandonada por el paria que la usó como a un trapo, ahora estás vos para mortificarla con tus alas de

mariposa. Si la escoria está lejos de ella y lejos de Adrogué, vamos a detener a la desgracia que nos tiene de punto fijo, arrojándonos todos sus rayos. Aquella tarde Dan partió con una valijita azul, decorada por él mismo, hacía la casa de un escritor que le brindaba un alojo interesado, huyendo con la misma rabia y el mismo desconsuelo que sintió Evita cuando, arrojada por su ambición, ubicó como primera posta la habitación y recepción, también interesada, del cantante Agustín Magaldi. Como Magaldi, el escritor que le tocó en suerte lo toqueteaba de noche mientras dormía, toqueteada que él dejaba pasar para no perder su lugar en la Capital Federal. La vida se le hizo difícil luego del desalojo hasta que, gracias a su título, logró ubicarse y posibilitar un traslado hacia una pensión. Pero la falta de una familia, de algún lazo familiar, lo volvió al pobre oscuro y siniestro. Como una rata de barrio, a partir de su traslado, se dedicó a investigar la vida encerrada que se desarrollaba en los baños públicos de la Capital en el horario de oficina, en horas pico y en tiempos alternativos. Se dedicaba con regularidad y con horario extendido a llevar a cabo su investigación. Mi encuentro con Dan se produjo en uno de aquellos espacios informales pero no fue en principio un encuentro meramente sexual. En aquel tiempo, el de nuestro encuentro, yo trabajaba para una multinacional acompañado en aquel entonces por mi amigo CC, con quien nos escapábamos de la oficina a realizar una recorrida de mediodía en nuestra IbizaBaires. CC era un experto guía turístico de ese rubro, tenía un conocimiento exacto de bares y de baños de bares. Realizábamos extensas recorridas que terminaban en prolongadas recriminaciones por parte de nuestros empleadores, quienes a mí terminaron echándome porque ya no trabajaba, tan solo me dedicaba a recorrer baños públicos.

En una de estas escapadas tuve un percance monetario. Una de mis actividades en el trabajo era la de efectuar depósitos bancarios, por lo que salía desde la empresa a realizar una recorrida por las diferentes sucursales. Siempre se me imponía la idea de tener que ir al baño. Qué bueno sería ir un rato a algún baño antes de pasar por el banco. En una de mis aventuras, en el bar Santa Mónica de la calle Rivadavia, el bar favorito de Marionne, un señor vestido como un ejecutivo, con un porte a lo George Clooney, elevó sus brazos desde uno de los cuartitos, invitándome a ingresar.

Ven hacia mí, acompáñame Ven
hasta mí, todo te daré recíbeme
abierto y sediento ven porque
aquí estoy

Fui hacia él a acompañarlo, a recibirlo, abierto y sediento. George apenas me abrazó, apenas un contacto que sostuviera sus dichos. Salió disparado hacia la calle como un cohete americano.

Fui hacia ti
solo me quedé con la intriga
en mi cabeza

Revisé mis bolsillos. Me golpeé la frente, fuertemente, ejerciendo la presión necesaria para hacer estallar un huevo sobre ésta, con el objeto de producir algún daño en mi marca. Mi galán huía con el dinero que había robado de mis bolsillos que equivalía a cinco sueldos. Llorando, como un nene de seis, me dirigí hacia unos bancos que se encuentran en frente del Congreso Nacional, agarrando con fuerza mi valijita azul, que había decorado de ese color artesanalmente, impulso insensato el de querer agarrarla de ese modo ya que el destino había dictado su negro

veredicto. Ya mi decisión de guardar el dinero en mis bolsillos antes que en la valijita había sido tomada. Ya mi ida al baño de la Santa
Mónica estaba completamente realizada y la gigantesca deuda totalmente metida en mi pensamiento. Dan había estado a un costado, presenciando la escena en el baño y visto todos mis desdichados movimientos. Se acercó hacia mí, conmovido por lo infantil de mi llanto. El tipo es conocido. Les hace lo mismo a todos. Es igualito al actor que hace de médico en una teleserie americana. Yo no sé por qué la policía no lo detiene. Hace años que hace lo mismo. Seco mis lágrimas, lo miro a la cara descubriendo a otro galán (estaba en un desafortunado día de suerte). Me podrías haber avisado. Es que se los veía tan bien juntos, tan bellos a los dos, ahí en ese cuarto. Según mis cálculos y mi impresión, la escena no duró nada. Para mí fue tan bella, tan eternamente bella, que todavía la conservo en la retina. Le comenté lo de los cinco sueldos que a partir de ese instante comenzaba a deberle a la empresa. Si querés yo te puedo financiar, te doy el dinero y me lo vas devolviendo como puedas. Daniel aparece en mi vida como un financiador.

El rudo policía golpeaba con fuerza la puerta del baño en donde Daniel estaba escondido. La multitud dejó de prestarle atención a la oradora desinfla-infección, aturdida por la violencia que imponía el extranjero en el armonizado remanso. Al cuarto golpe, cuarto y pronunciado rasguño tosco del poli, la anfitriona comenzó a inquietarse ya que aquel ruido la hacía perderse de su tarea sanadora. Como una ráfaga de luz filipina se arrojó hacia el sitio donde el sujeto continuaba con su sostenida pronunciación sobre la madera. ¿Quién es usted? Soy un policía, estoy vestido de civil pero soy un policía. Si quiere

le muestro mi credencial. No necesito que me muestre nada, simplemente le digo que éste es un templo de la armonía, y usted y sus ruidos molestos están entorpeciendo la continuación de mi taller. Golpeo porque adentro de este baño está encerrado un señor que se dedica a realizar acciones obscenas en espacios públicos. La sacerdotisa lo mira fijo con sus ojos de perlas almendradas y centroamericanas. Ese señor, que se encuentra encerrado protegiéndose de su furia, es un amigo entrañable de nuestra casa. Recibió la semana pasada la tocada salvadora del reverendo Gambito y viene a terminar el trabajo sanador que nuestro excelentísimo filipino inició. A mí, abajo, en el baño de la galería comercial, me quiso tocar el miembro viril. No me hable de cuestiones privadas, de sus visiones morales y policíacas. Este espacio no es un ámbito público, acá circulan nuestros amigos y su cara, señor agente, disculpe mi sinceridad, es de pocos amigos. No estoy diciendo que usted no tenga amigos, pero acá la violencia es definitivamente nuestra enemiga. El milico la mira con sus ojos azabache petróleo del sur del sur. Entonces quédese con su protegido sodomita. Me retiro, señora sanadora, definitivamente, de su santuario de la sodomía y el cáncer. El milico trotaba como un búfalo, mascullando un gruñido seco de búfalo, realizando el atravesamiento, en un santiamén, de la gigantesca plaza San Martín. El Fush por fin abre la puerta. María tenía sus ojos centroamericanos repletos de miserables cataratas de tierras atravesadas por climas subtropicales. Ésta es tu casa, tu hogar. Estamos para protegerte. Siempre vas a poder contar con nosotros. Dan la abrazó como en años a nadie, la amasijó de tanto abrazo, se convirtió en una bufanda boa alrededor de todo el cuerpecito de María Angélica. La arruinada ni siquiera luego del logro de su título se animó a hacerlo. Nunca tuvo un abrazo genuino

que fuera recibido o que se propiciara desde alguna mujer. Los abrazos para él eran con hombres, con un objetivo reducido, felar o ser felado. Lloró en aquella oportunidad como un crío, redescubriendo aquel espacio como suyo, su lugar de pertenencia. Y a la lagrimosa María Angélica, como a una madre, alejadísima de las dimensiones monstruosas y secas de la arruinada Matilde. Mamá.

La radio muerta

El amor a la vida me duró un ratito, un tiempo prolongado durante meses aunque centésimas de segundo para mi sensación. Tuve, en aquel entonces, un contacto directo y discapacitado con la radiofonía. En cuanto taller sanador que realizaba en La Fundación, me dedicaba a solicitar a cualquiera con quien me encontrase una actividad remunerada. Entre las encantadoras amistades que hallaba en el camino de Gambito, me lo tropiezo a Felipe, que era un ciego que nunca me quedó en claro con qué objetivo realizaba la jornada completa de talleres porque la mayoría de éstos estaban orientados hacia la desinflamación gánglica, el aumento numérico de células T, el crecimiento de cabello en las víctima de la quimioterapia y la domesticación de las células cancerígenas. Quizás María Angélica tenía un encuentro a solas con Felipe, en el que conjuntamente, visualizaciones mediante, se dedicaban a intentar hacer ingresar la luz a sus ojos o a desinundar las enormes cataratas que los cubrían. Felipe por ese entonces era dueño de una FM trucha, esas FM que no tienen licencia ni ley, instaladas clandestinamente, sosteniéndose de un modo precario en el éter. Me contó, en nuestro encuentro, que necesitaba un operador para su emisora porque quien realizaba esa tarea había renunciado. Yo, para ese entonces, había logrado mi

título de Licenciado en Psicología, título que había obtenido de un modo un tanto extorsivo. En el transcurso de la cursada de la carrera, había perdido la regularidad de la materia Estadística por no haberme presentado nunca a rendir el examen final. Debía recursar, tras haber perdido la regularidad, nuevamente la materia. Este inconveniente se agregaba a mi depresión crónica, producto de la serología positiva y de las fallidas sesiones de hipnosis que padecía en el arca de Gambito y que se estaban tornando un duro trabajo. De cualquier modo estaba decidido a culminar con el calvario psicológico y a sacarme de encima la estadística. En aquel instante, el de mi cursada, Dios se hizo presente ya que sólo él podría haber hecho ingresar al extravagante profesor que me tocó en suerte. Un docente chiflado dictaba la materia, pero lo que menos hacía era hacer eso, sino que se dedicaba a realizar exhaustivas disertaciones acerca de cómo el síndrome de inmunodeficiencia adquirido estaba afectando al todo social. Además de la perorata, al tipo este le daba el tiempo para tomar parciales, que estaban alejadísimos de mi capacidad matemática y que, como era de esperar, reprobé en ambas instancias evaluatorias. Entonces Dios, o sea el mismísimo diablo, me acompañó en mis elucubraciones. En una de las jornadas en la que el fulano declamaba acerca del mal de la era, éste se puso un tanto estigmatizador ubicando a las víctimas de la enfermedad como a las ovejas descarriadas del rebaño social, ovejas a las que había que ofrecerles alguna solución final y espartana o de índole semejante. Su discurso encendió una lamparita mía que no lograba activarse por ningún cálculo matemático, entonces, con el gusto a fracaso en la mismísima saliva, lo esperé a la salida para intervenir en mis calificaciones. ¿Usted, profesor, cuando hablaba, nunca se le ocurrió que podría haber una atormentada víctima de la peste de la era

en la sala, escuchando sus injurias y sus sentencias? Sé que me arriesgo a eso. Me impregno los ojos de lágrimas y sangre, peligrosa mezcla, perturbadora imagen que partía desde mí. Yo soy una de esas víctimas, uno de esos que escuchan azorados y descorazonados sus absolutistas dictámenes. Todo ese malestar me ha impedido poder llevar a cabo de un modo eficiente la resolución de sus instancias evaluatorias. Sus dichos no sólo me hicieron peor estudiante, sacaron lo peor de mí al punto tal de haber querido intentar arrojarme a las vías del tren, el martes último, luego de una de sus más fervorosas charlas. El matemático me observaba aturdido, no del todo crédulo de mi reclamo aunque bastante preocupado. No le alcanza con asesinarme civilmente como alumno regular, también pretende que mi vida, mi errada y sin rumbo vitalidad, se desmorone en vías ferroviarias, derivada, por su decisión obtusa, hasta el horripilante infierno. ¿Por qué no había una opción distinta y menos cruenta para mí? A la semana me encontraba felizmente con la materia promocionada. Al mes, recibiéndome sólo con el objetivo de enmarcar el cartón y de esperar a la muerte con uno de los trajes que había heredado de prepo de Germán. Ya La Fundación no me brindaba ni aire ni ganas de vivir, sólo me producía tirria y rencor, un odio descontrolado hacia la infame y estúpida idea de la sanación. Mi vida no quería sanarse de nada. Mucho menos luego de realizar mi experiencia para lograr una actividad remunerada en la radio de Felipe. Felipe era un verdadero ciego de mierda, no digo que todos los ciegos lo sean, pero éste tenía una habilidad particular para soretizarse, particularidad que no se la adjudicaba a su ceguera sino que era de algún modo hereditaria porque su progenitora era también una mierda pero sin ninguna dificultad en la visión. La bruja era una perfecta maltratadora que sitiaba a su hijo discapacitado de un

modo incombustible. Le echaba en su cara con ojos de botón todo lo que había invertido para que él pudiera tener una trabajo, arrojaba sobre sus espejos desópticos encendidas maldiciones transformadas en culebrísticas víboras que partían desde su boca en forma de saliva apestosa hacia las lamparitas bajo consumo asfixiadas por añejos estallidos espeluznantes de secuencias de presión arterial. Mamá era una bomba de presión que lo deprimía al pobre ciego. Cuando la vigilante se escapaba de la radio disfrazada por una glamorosa aunque lúgubre capa, el hijo ciego se despachaba con su personal, o sea conmigo, ya que yo era el único personal de su emisora. Entonces, desprovisto de la cobija materna, comenzaba a arrojarme discos por algún error ocasional que yo cometía en la operación, que enigmáticamente siempre lastimaban mi rostro como si hubieran sido arrojados por alguien con una exacta puntería y visión. No era éste el caso, Felipe no veía nada de nada; tenía sin embargo una puntería fuera de serie, exacta y fuera de serie, como su mal carácter, malísimo y fuera de serie. Una tarde huí de la emisora con la frente toda ensangrentada, llevándome el resto de un disco de Roberto Carlos que había quedado como fruto de su envestida. Mi objetivo era hacerle una denuncia, pero en algún momento del trayecto me debo haber detenido, pensando que nadie me iba a creer. Por desgraciada suerte, Daniel me encontró desarmado en el sillón a punto de culminar con mi vida y me propuso continuar mi iniciada actividad de operador de radio en su destartalada emisora. En aquella época, debido a la falta de ley de radiodifusión a nivel nacional todos tenían una radio zonal. Locutores frustrados, artistas frustrados, bohemios frustrados, frustrados multirubro instalaban precarias emisoras con una competencia desregulada que a la corta o a la larga terminaba frustrando su ya alargada carrera de frustración

crónica. Daniel era uno de esos periodistas o locutores o bohemios frustrados que invertían sus ingresos de forma permanente e inocua en la radio. Durante algunos meses su proyecto le representó un éxito comercial que incrementaba sus ingresos pero, como al resto de estos negocios, la falta de una regulación al poco tiempo lo dejó casi imperceptible en el éter de la zona norte, con la obligación de tener que seguir invirtiendo dinero de una forma constante para que la existencia de su espacio se sostuviera. Cuando ingresé lo hice en plena crisis, con la necesidad por parte de Daniel de recurrir a lo que fuera para mantener en pie aquello, negociando tiempo de aire a cambio de horas de trabajo, encontrando sólo a la población drogadicta (muy drogadicta) que era la única que accedía a ese canje. Semejante decisión empresarial tuvo sus consecuencias, que fueron realmente nefastas, ya que esta población consumidora de sustancias prohibidas, ni bien nos íbamos cuando arribaba el atardecer, se dedicaban a sacar de sus bolsillos las bolsas que contenían sustancias psicoactivas, que en pocos minutos terminaban desbordándolos de un modo descontrolado, llegando varias veces a embadurnar la cabina con sus respectivas heces. En aquel clima nauseabundo y bastante coprófago, yo intentaba articular algo de mi atravesamiento de la larga licenciatura que había realizado, con lo que sucedía en ese espacio del vicio. Pero mis intervenciones, que apuntaban a la reducción de daño en la emisora y a la preservación de nuestro lugar de pertenencia, derivaban en duros insultos por parte del personal a canje que sostenía el lugar. Puto de mierda, ¿por qué no te metés en tus cosas? Era lo que más solían responderme los usuarios de drogas y los usuarios de la emisora. Insulto que también trasladaban hacia Daniel. Uno de los operadores tenía un seudónimo que era Dominator y un consumo constante de drogas de

diseño y una familia incontinente y varias denuncias policiales en su zona. En una nefasta ocasión, nuestro empleado a canje Dominator incendió la cabina y la sala de operadores porque con el tiempo, aburrido del consumo indiscriminado de sus drogas de diseño, se dedicó a quemar cuanta pasta encontrara para inhalarla, pero en sus intentos de consumo quemó más allá de la pasta e incendió casi toda la casa. Una viejecita de alrededor de 80 años, que se llamaba Esther, era la que nos alquilaba el predio y permanentemente se la pasaba realizando denuncias por la vía oral, amenazándonos con hacer intervenir a la justicia, pero era tal el olor a droga que había en el éter que producía en ella misma una remisión de sus definidos intentos de denuncia. La vieja vivía arrasada por la droga, era una consumidora pasiva de toda aquella masiva pasta que Dominator quemaba a mansalva. Tanto consumo pasivo hasta nos afectó a Daniel y a mí. Así como el cáncer se manifiesta en los cuerpos de un modo inexplicable, enigma cuya etiología es difícil de ubicar, con la participación de varios factores en el origen y en la pronunciación de lo sintomatológico, el inicio de la aparición de una frondosa erisipela sobre los talones aquilineos de Daniel fue una dura definición derivada de tanta inhalación arbitraria de la pasta del chico Dominator. Domi, niño prototípico de la clase media de la zona de Martínez, sustraía de sus familiares diversas pastillas, ansiolíticas algunas, otras con efectos antiimpulsivos, descontracturantes, varios gramos de sustancias blancas, que rescataba de sus compañeros de colegios santos o Saintos, que en manos de su brujería y de sus maleficios transformaban al aire en irrespirable. La respuesta de Daniel ante tanto consumo obligado fue una mancha que se extendió y que generaba fiebre. El pibito Dominator intentaba incendiar por todos los medios nuestro fallido medio de comunicación mientras a Daniel

se le encendía el cuerpo desde adentro. Yo ya había decidido abandonar el borroso legado de La Fundación y me encontraba tomando pastillas para frenar el avance del virus. Daniel no, Daniel amaba a su fiebre como a sí mismo, así como lo amaba a Dominator con sus emprendimientos pirómanos, como amaba el pibe a su delirio de reivindicación del fuego, como el Dios Dionisio amaba nuestro destino. Con Hugo nos juntábamos los sábados a la medianoche a aspirar indirectamente el nefasto humo de Dominator y realizábamos un programa en el que él interpretaba a una mujer que les leía el tarot a los oyentes. El programa tuvo en aquel año una repercusión inesperada y Dominator aprovechó y consiguió un canje con un boliche de la zona que terminó auspiciando nuestro segmento. Como era de esperar, ese lugar era uno de consumo masivo de mariguana, cocaína y éxtasis, espacio iniciático y de terminación que ubicó, en el nuestro, no sólo un auspicio sino su sucursal. Dominator ya no sólo era el operador estrella de la emisora sino que se alzaba como un *dealear premium* del norte. Daniel, cuya personalidad era proclive a dejarse llevar por las promesas de vuelos sanadores, se zambulló en el territorio de Dominator. Tal fue el grado de compromiso que Dan tenía con el pibito del norte que llegando el final del año, acercándose la celebración del aniversario de la FM, completamente tomado por las sustancias, el director decide realizar un *striptease* como la voluptuosa culminación del evento. Fush se había comprado el libraco de Freud *Escritos sobre la cocaína*, decidiendo que su vida iba a resolverse favorablemente con la ayuda de la sustancia blanca, el árnica y su flamante carrera de *striper*. Vivía enloquecido y afiebrado. Aquella noche, la de la celebración de la emisora, Fush se desvistió delante de

todos nosotros que, como era de prever, estábamos completamente consumidos.

Monólogo del Fush.

Yo no debería estar acá, yo no tendría que sentirme en la obligación de hacer esto que voy a hacer. Yo soy un contador, un simple empleado del gobierno nacional, con un sueldo bastante digno, sueldo que utilizo para que ustedes me puedan acompañar a soñar. No pude hacer una familia porque no me gustan las mujeres y si me hubieran gustado tampoco la habría formado. Yo tenía una familia postiza en Adrogué, aplastada por la desidia y el aburrimiento. Sus anhelos eran toscos y desnutridos, anhelos de nada, de nada helada. Por aquella experiencia, siento que esta familia, la de la radio, es mi descubrimiento. Así como un día me dejé capturar por la sanación filipina, ahora la radio determina mi rumbo. No hay nada ni nadie que detenga mis ganas de seguir vivo. Ustedes son mi familia, ustedes son la patria, todo son ustedes. Ignacio acompañándome y amando a la vida, Marionne y su iluminado tarot, Dominator y sus ocurrentes sustancias. Les agradezco por haberme ayudado a continuar en el buen camino. Por eso tomo esta decisión, la de desnudarme. Quitarme la ropa delante de ustedes y quedarme completamente desnudo. No tengo nada que esconder ni nada para mostrar. Este impulso sólo tiene el fin de producirse sin fin. Siempre quise ser *striper*, siempre quise mostrar mi cuerpo. Hoy lo voy a hacer.

Una tarde de abril, otoñal y cadavérica tarde con lluvia, la radio se extinguió. Dominator se levantó temprano con la acostumbrada resaca de todos los días. La mañana era una bomba de tiempo helado aunque había algo por fuera del clima, la presencia de la mismísima

desaparición de la voz. Domi ingresó a la radio y percibió que algo ya no funcionaba antes de encender los equipos de transmisión. Intentó hablar y se escuchó afónico, afonía que era una característica suya en ese período estacional, afonía que estaba encarnada de un modo enigmático, no era la de siempre. Encendió los motores para facilitar la llegada al aire de la señal y a los pocos segundos comenzó a salir un humo de color amarillo desde las cajas metálicas que cubrían a la improvisada maquinaria. Apagó y volvió a encender y la radio no revivía. Nos llamó a nosotros, se comunicó con nosotros, que habíamos amanecido con una novedad, una visita inoportuna. Daniel tenía incrustados en su entrepierna tres ojos, tres faroles, tres faros de Alejandría. Brillantes sarcomas terminaban de asomarse como elocuentes marionetas desde un improvisado retablo de piernas. La radio está muerta, prendo y apago y no enciende. Llamé al técnico y me dijo que no piensa reparar el equipo ya que para él no tiene cura, es imposible. Desnudo el Fush vierte sobre sus manos todo el árnica que quedaba en un pequeño frasco. Se refriega ambas manos presionando con una delicadeza angustiante. Arroja un calor sanador que parte desde su boca de dragón de Komodo, esas bocas con lenguas inmunes a todo, envenenadas de todo. Lanza su llamarada hacia las manos y las deposita con la firmeza y la convicción del reverendo Gambito. ¿Qué hago? Pregunta formulada por Dominator mientras el otro se aplica la cura. Ignacio Amoalavida responde.

Cerrá la puerta.

El teatro infantil muerto

Kantor inventa el teatro muerto, los actores y autores que se dedican a realizar teatro infantil inventaron la infancia muerta. El señor C se comunica telefónicamente conmigo. Mi hermano está desesperado, quiere sacar plata de algún lado. Está armando un infantil y necesita un asistente. Van a hacer funciones vendidas a colegios. No creo que lleguen a vender algo pero es una posibilidad. Vos estás totalmente en banda, así que sería bueno que aceptaras esta oferta. Morgan, el hermano de C, había vivido su momento de gloria en la calle Corrientes, en la que había protagonizado un musical de Broadway dirigido por una celebridad del norte, y había recibido felicitaciones y premios por doquier, almacenando en el trayecto un orgullo y una vanidad inusitados. La obra no tuvo la repercusión esperada pero lo ubicó a Morgan en un lugar de brilloso prestigio que, finalizada la última función del ciclo, le auguraba un futuro promisorio. Pero las promesas se desvanecen en las descerebradas aguas turbias de la contingencia. Kantor inventó el teatro muerto porque vio que allí en la escena se precipitaba algo de ese precipicio imborrable, esa muralla que quita el aliento que nos hace naturaleza muerta. Lo muerto en la naturaleza del teatro. Morgan creyó, con la certeza del loco, que la fama era una conquista con una duración concreta en el tiempo, una

piedra para nada movediza, un trofeo que queda ahí instalado. Su fama, hecha una roca viva, se le desmenuzó de las manos como estatua de sal y semejante desilusión lo obligó a multiplicar el consumo de diamantes blancos que era un hábito de años. El hábito se le transformó en una condena de monja, en una cruz de plomo. Cruz pesada construida con materiales no reciclados pegándose al cuello y a la nariz del mártir. Haber tocado aquello que tanto se anhelaba y que se convirtiera en sal descompuso la vida y la pulverizó. Si el éxito es una sal de nada, me consumo a esta puta vida por la nariz hasta desnaturalizarme. Eso se hizo y en eso se convirtió. Tuvo una oferta desgraciada, pronunciada por un desafortunado director, que lo convocó a hacer de Cristo. Para interpretar al hijo del Señor sacó algo de sus ahorros con la expectativa de que las funciones le iban a devolver con creces el dinero invertido. Pero ya nadie quería ver a Cristo crucificado cantando canciones que no eran ni salmos ni letras del Eclesiastés. Su mujer, quien también era actriz, toleraba como una Magdalena herida las lastimosas iniciativas de su varón. Como no era osada como la bíblica, incapaz de salir a vender su cuerpo en el borde del inicio del envejecimiento a quien ofertara algo, se dedicaba a malgastar la ínfima fortuna que su familia de origen había cosechado en años gracias a la privación sistemática de cualquier clase de lujos. Morgan y Magda no tenían lujos pero sí dos bocas infantiles que alimentar. Bocas áfonas que silenciaban la pregunta acerca de qué era lo que los unía a sus padres más allá del espanto. M y M se odiaban con sus miradas, sus chirridos de dientes, sus carreras a la deriva y sus ambiciones transexuales. Magda estaba en la vida de Morgan con la única función de posibilitar que él capturara algún lugar en el negocio del espectáculo, como así lo estaba Morgan en la vida de Magda. Oculto, detrás

de armadísimos velos de cemento de contacto, se encontraba el asqueroso deseo sexual. No había nada que les generara más asco a esta pareja de entretenedores que el deseo. Tanto asco y tirria, como la obligación de tener que encontrarse diariamente en su mullida cama de dos plazas y en su apelmazada convivencia. Mi amigo C, le copió, al hermano infeliz, este modelo de pacto faústico, con una hojita de calcar de alumno de primaria. En el inagrupable enjambre de mujeres, capturó a una bruja del oeste igualita a Magda pero con un DNI que la nombraba Marga. Marga y Magda se pronunciaban iguales en el descuido de un oído afinado y se las veía gemelas en el espejo de la falta en ser de C. Porque C es tan solo una letra, ni siquiera dos como resulta ser la Ce, tampoco cuatro como tiene la hece. Llamalo. No creo que su infantil funcione. A mi hermano últimamente nada le funciona. Pero quizás en esta ocasión la suerte esté de su lado. Morgan iba a personificar a Robin Hood y su intención era estrenar el espectáculo en el mes de julio para aprovechar las dos semanas de vacaciones invernales, en las que la población infantil disfruta desenfrenadamente de la inagotable cantidad de ofertas que surgen en la cartelera. Magda personificaba a la princesa “Tormenta del desierto”; éste es el arbitrario nombre que le adosó Morgan cuando escribió la versión, porque Morgan además de actor-cantante incursionaba en el campo de la literatura, interviniendo su arte literario con pequeñas aspiraciones de cocaína que se aplicaba cuando realizaba su texto infantil. Entonces, semejante desmadre creativo generaba la aparición de algunas escenas fuera de contexto y de nombres incongruentes que les otorgaba a los personajes. Como el nombre de “Tormenta del desierto”, a la princesa protagónica o el de “Pulula, la enana”, que era el nombre del personaje que había caído en manos de Marga, la

esposa de *Mister* C. Marga era una versión de Magda desinflada así como C era el lado desnutrido de Morgan. En este laberinto de espejos, en donde el par de parejas intentaba desarrollar su danza, C participaba como el ordenador de pasos ya que su rol era el de coreógrafo. Bailar en espejo, cuando esta secuencia no se desarrolla literalmente, tiene sus tropiezos. Sobre el inicio apareció la queja de Marga referida a su espantoso rótulo. No quiero que mi personaje se llame "Pulula, la enana". Tengo casi cuarenta años. Hago esto porque me veo en la obligación de colaborar con la economía familiar. Pero una cosa es exponerme y otra distinta es hacerlo mientras la pendejada se burla de la idiota de Pulula, la enana. Morgan nunca había tenido históricamente paciencia con sus compañeros de elenco. Era famoso por sus desplantes, por arrancar salvajemente apliques postizos de las cabezas de coprotagonistas femeninas, que cuidadosamente se hallaban semicocidos y éste, la bestia Morgan, con sus garras de cuervo, las descabezaba. De niño se había entrenado como un eximio tacleador en un equipo de *rugby* barrial, virtud que actualizaba en diversas funciones, deteriorando las pantorrilas de artistas de ambos sexos que se le presentaban como persecutorios obstáculos. Escuchame, enana. Si querés en vez de "Pulula, la enana" sintetizamos tu nombre como "Enana" y a Pedro, que interpreta a tu marido, el payaso Capito, le agregamos un apellido, le podríamos agregar el apellido "mierda" para que te conviertas en la magnífica "Enana de mierda". ¿Qué te parece cuñada? La cuñada se arrojaba como hacia un precipicio, su cuerpecito terminaba protegido por las antiquísimas y destruidas butacas del viejo teatro. Muerta, como un objeto manipulable en un aventurero teatro de objetos, lloraba sacudida por el envión del protagonista. Luego, cuando algo de calma avanzaba sobre su estado de

ánimo, hablaba telefónica y desesperadamente a su C. Él es así, siempre fue así y siempre va a ser así. Hoy lo necesitamos. Estamos en la ruina, Marga. Lo que gano no alcanza. ¿Quién me asegura que esto va a funcionar? Yo no voy a permitir que este infame, aunque sea tu hermano, me maltrate. Hacé lo que consideres que sea lo mejor para nosotros. La pareja original de este vals de espejos tenía como objetivo mostrar sus diferencias de sentidos, que no era el mismo gusto para ellos que habían saboreado las mieles del éxito que para sus deslustradas copias, para quienes algo de ese sentido era un sabor desconocido. Marga, calco desdibujado de Magda, va hacia ella, a verse en sus ojos cara a cara. Tu marido es un maldito puto, ése es su mayor logro, su fama más famosa. Huyo de este teatro esperando que les vaya como se merecen. Magda la mira silenciosamente a la enana desde lo alto. Piensa, en principio, que podría responderle exactamente lo mismo, repitiendo cada una de sus palabras. Se guarda a silencio, pensando que hay algo en la huída de la otra, que ella definirá *a posteriori* encontrando finalmente algún rumbo. Marga, al igual que Magda, vivía amargada atascada por su decisión obtusa de querer armar una familia con un hombre que gustaba de otros hombres. Hombre que funcionaba transitoriamente en la cama, secuencia momentánea intercalada por episodios de escape hacia brazos de hombres. Su amargura no se reducía a presenciar como un testigo las andanzas del cónyuge, sino a preguntarse qué ancla le amputaba las ganas de querer estar con un tipo sin este desvío. Ese desvío era el suyo, el de su rumbo, el de su danza. Desesperada se tropezaba con sus propios pies mientras caminaba furiosa por Hipólito Yrigoyen. Llegó hasta un banco hecho de cemento, banco que se encuentra enfrente del edificio del Congreso Nacional. Se sentó mansa, esperando que el sol le brindara

algo de calor natural. Al pasar por ahí, me detuve, me senté dispuesto a acompañarla en la espera. En un instante, me puse de pie. Me paré delante de ella, convertido en el mismísimo Joyce y con mi voz de barítono, le canté:

Todavía *Wonderland* no llegó a tu vida
"Pulula, la enana" abandonada en el terraplén
En Congreso se producirá el gran deceso
No hay luciérnagas, sólo mi canto autista Huir de un infantil no es huir de la infancia simplemente es abandonar a un grupo que intentaba
jugar como niños pero
te lo repito
En Congreso se producirá el deceso
un cuarto desde el cuarto alguien
arrojándose alejadísimo de cuentos
de niños. En el mismísimo reino de
Oz.

Pulula me miraba detenidamente con su cara de enana curiosa. Ojos a punto de expulsar lágrimas estancadas por la abstinencia de sentimientos me recorrieron desde la punta de los pies hasta el final de mi cabeza de genio. ¿Por qué en vez de sentenciarnos a todos desde tu sucio palco no te vas a la farmacia más cercana y te medís el peso y la vida, pedazo de raquítico? Una nube rojo pomarola nos tapó el sol.

La obra, como era de esperarse, fue un rotundo fracaso. El dueño de la sala, ni bien advirtió la debacle, comenzó a alquilar el espacio a diversos grupos para realizar lo que fuera horas antes y segundos después de la función. El espectáculo infantil se transformó en un maldito jamón del medio, aplastado por suculentos panes, que venían con sus agudas exigencias, que le mostraron al

aventurero de Robin su triste derrota. La obra comenzaba a cualquier hora y debía terminar siempre antes de su tiempo de duración. Los actores apuraban sus parlamentos para arribar al final, forzoso aterrizaje que se realizaba con la sala tomada por los ocasionales y agresivos contratadores del espacio. Morgan sintió en la carne la sensación de relleno no reconocido. Sin una mirada digna, la sustancia que Morgan era dejaba de conservarse y aparecía entonces la necesidad de que se diluyera por las fosas nasales el polvo blanco y analgésico con el puro objetivo de calmar el dolor de su alma. Morgan había vivido en plenitud el éxito, abusando y despilafarrando con vanidad. El fracaso para él era una guillotina casera, una daga padre. La pieza finalmente bajaba antes de lo pautado, por lo cual en una charla con la compañía se decidió realizar unas funciones en la costa para rescatar algo de dinero en ese viaje. Yo, en aquel entonces, bajo todas las descriptas situaciones, me estaba completamente muriendo. Lentamente realizaba todo en una redundante cámara lenta, deteniéndose cada imagen cuadro por cuadro, escuchando mi propia e insuficiente respiración en los respectivos cuadros y entre sus entremeses, sintiendo la frenada dificultad que representaba el arribo del cuadro siguiente, padeciendo la insufrible tensión que generaba mi maquinaria trabada, obstinada a no fluir y pronosticando una inminente caída. Viajaba hacia la costa marítima volando de fiebre, perdiendo mis últimos kilos, adormecido por mi anemia producto de una anorexia nerviosa, negando la falta de apetito y al adormecimiento, más negador que dormido, más anoréxico que despierto. En cualquier momento, mi inestable cuerpo iba a caer en un indefinido recoveco. Una sala repleta detuvo mi muerte y le frenó a Morgan su impulsiva depresión. Un público efusivo lograba que el protagonista recuperara algo de paz,

pacificado por el sostenido aplauso y gracias al dinero producido por la venta de entradas. El héroe retuvo apenas la pizca de felicidad que había aglutinado, porque a la secuencia siguiente salió disparado a buscar tranzas de la zona que taparan el hambre de su nariz. Regresamos volando; yo, de fiebre, él, en su vuelo discontinuo, ya que lo que había comprado era de dudosa y cortada calidad. Me despido del grupo y del líder agradecido por haber participado en semejante empresa filipina y ni bien regreso caigo desplomado sobre el piso de madera del departamento de Daniel. Mi cabeza soñadora, como era costumbre, armaba imágenes.

Estamos en una calle del centro de Buenos Aires con mi hermana menor participando de una extraña celebración, una fiesta popular. Al estar con ella se me impone una imagen. El techo de la casa de mi mamá se cae. Un techo improvisado, esos armados techos de oficinas modernas construidos con materiales frágiles, humedecidamente se caía. Recordaba las gotas y las manchas. Aquello había impregnado mi visión. Regreso con mi hermana, quien se pone de golpe toda colorada. Se toca la cara preocupada por las erupciones y por la inflamación de su rostro. Me dice. Soy pequeña. Su cara continúa inflándose hasta que sobre uno de los mofletes se construye un grano de pus que estalla furiosamente, producto de la presión ejercida. Desesperado me dirijo hacia una canilla que se encontraba cerca y comienzo a limpiar la sangre y el líquido blanco de mi hermanita. Un viejo, que creo que andaba sobre un bastón (uno de tres pies), nos empuja y se dispone a tomar agua. Le explico nuestra urgencia y no se detiene. No sólo eso sino que se transforma en una vieja bruja. Me habla. Me dice. Oz es un cielo líquido.

La pastilla ddi era lo más espantoso que pudiera sucederle a cualquier mortal. No sólo la ingesta obligatoria del minibloque, ya el acercamiento mínimo al redondel generaba alergia. Su descubridor fue un nefasto bioquímico de Nebraska, católico y ultraconservador con una relación ambivalente y moralista respecto de la problemática serológica. Su hija mayor, una cantante de *covers* que se autodenominó Angelina Orange, había padecido la peste, en esa era rosa, y fue una de las primeras mujeres en contraer el virus. El deterioro que representaba para la mirada cartesiana del científico de su pariente viciosa lo organizó como un investigador *full time* para encontrar una solución que frenara lo irreversible. Como podría resultar, la chica Orange muere desalmada, hecha un cadáver, atravesando el concreto corazón de su padre. La muerte sucede en un hospital central de Nebraska la misma noche en la que la incandescente pastilla de ddi estaba cobrando su forma. Al encontrarse frente a frente con su hija muerta, el creador de la poción mágica reformula recondimentando. Un gusto ácido a naranja invadirá las papilas gustativas del comensal de mi retroviral. Seducido por algún resto azucarado, el usuario continuará ingiriendo, facilitándole el azúcar al hambre. Lo naranja tendrá su interrupción y asomará el verdadero gusto a acrílico y a acetona de mi descubrimiento, demoliendo la dulzura. Por fin, se estancará de un modo indisoluble un sabor amargo que hará de la garganta su espacio de reposo. A los días, tras haber transformado esta ingesta en un hábito, el pobre paciente comenzará a generar en su cuerpo y en su conciencia cívica un arrepentimiento genuino por haber convertido la valiosa vida en errada. Esa pastilla para mí era un verdadero castigo cartesiano. Era obligatorio tener que tomarla en ayunas. Lo que no era obligatorio era el hecho de vomitarla, pero en mí eso se tornó un vicio.

Cansado del ayuno y de las arcadas, abandoné firmemente el plan medicamentoso. Bajo esta irregularidad decido hacerme un recuento de sangre y de células de defensa. El recuento da como veredicto que sangre casi no había y que la cantidad de células de defensa arrojaba la cifra de diez (el margen inferior de lo recomendable 400). Lo que me quedaba era esperar un referí de *match* de box que iniciara la cuenta regresiva hasta el cero. Ahí en el cero se definiría mi lucha en un amable velorio. Adormecido, en plena cuenta regresiva, me tropiezo con el majestuoso Crixivan. El duque Van Crix aburrido de llevar una vida licenciosa y previsible en Hamburgo decide desempolvar su título de bioquímico obtenido en Oxford y forma una organización no gubernamental integrada en su totalidad por científicos aristocráticos con orientación dialéctico materialista. Era tan magno el tiempo de desidia y de no haber hecho nada que llevaba este grupo de hombres de ciencias, que ni bien se reúnen les surge una desenfrenada tormenta de ideas y un preciso aluvión de invenciones bioquímicas. Entre estos revolucionarios logros se encontraban la Crixivan y la pastilla de d4t, brillantes paradigmas representantes *premium* de la cuarta generación de drogas. Engolosinado por mullidos aplausos de las figuras más sobresalientes de su ámbito, decide tomar una determinación drástica y reformular su invención. En sus años de vagancia, el duque había adquirido kilos de más, fruto de exabruptos en fiestas y cocteles a los que era asiduo concurrente, lo que modificó de un modo brutal su aspecto físico y lo transformó en un duque obeso e impresentable. Su imagen sólo le devolvía malestar. Es por ello, que cuando definitivamente le brinda al laboratorio la fórmula final, agrega un elemento cuyo nombre está oculto en su memoria, que tenía como función la de no producir en aquel que ingiera estas

pastillas un desenfrenado aumento de peso. Pero al ser el duque uno obeso e infeliz, no mide la cantidad necesaria y exagera la dosis del elemento sin nombre, lo que da como resultado una pastilla generadora de lipodistrofia. El elemento oculto, como una célula pac man, devorará aquello que reconozca como lípido, un indomesticable cáncer come grasa atacando hasta el hueso. No sólo eso, sino que aquel condimento mudo producirá una incidencia en la composición de las sangre, particularmente en la transfiguración del estado lipídico. El borrado ingrediente se almacenará en determinadas zonas y se vaciará en cuestionables otras. El Crixivan será por fin la fórmula de la felicidad, mi fórmula, mi Fluoxetina, mi Viagra. La pastilla que me animará. Yo amaré al cuerpo lipodistrófico. Telón.

Gonérila

Tú, papá, me amas de una manera determinante desde el día en que me viste nacer. Tardaste un tiempo en hacerlo porque el viaje se alargó retrasándose tu regreso, ingresando a mi vida con un inmenso y bello babero rosa que despertó mi sonrisa. Mamá, una gárgola desprendida de las fauces de algún cíclope, me parió con dolor de furia, encendida de rabia por tener que brindarle a la tierra una hija mujer. Siempre me recriminó que no hayas estado a mi lado en el día de su debacle, de mí ver la luz, que tu presencia fuese *a posteriori*, dejándome a solas con su temple. Sin embargo me amas porque viniste en mi ayuda cuando su tentáculo nodrizo estaba a punto de culminar con mi respiración. Por eso te amo, porque fuiste mi barrera ante esa avalancha de odio letal, porque no hay nada más letal que el caprichoso odio materno. Te amo porque pusiste un firme límite, deteniendo su cuerpo que se introducía con la fuerza de un animal salvaje y dañino rompiendo mis tejidos internos y externos, toda mi enredadera de armazón, cobijada primero por tu muralla padre. Lo hiciste con la ignorancia de un plebeyo, creando tu forma, tu ternura, a pesar de no haber vivido en ningún remanso familiar. Tu familia te desquició con su melancolía padre, sus ciénagas inundadas de enfermedades mentales y otras fatales y esa exigencia de tener que cuidar

a regañadientes a los tuyos, obligación inoportuna para un niño que soñaba con barcos, cuyas manos terminaban inundadas por el orín de un adulto mayor. Te amo porque un niño nunca se olvida de ese olor sacrificado y de la perturbadora inundación. Encontraste a mi madre, deambulando, porque te costó ubicarte en tu centro y al verla tan hechicera, tan antagonista, con su mirada de piedra, te deshiciste, tan bello, tan hechizado, algo protagonista. Ella venía con un pibe rancio bajo el brazo escapando del desarraigo y le ofreciste tu poncho de fe. Todo se descarriló cuando quisiste escaparte de esa familia aterradora que habías engendrado, casi sin tu sabia, ni tu labia, ni tu ímpetu, cuando descontrolado te arrojabas a bares para encontrar la pacificación ante tanta guerra de familia. Te amo aunque me despertaras a los gritos preguntándome por qué estabas con semejante peste, pregunta arrasadora para una niña que soñaba con juguetes de lujo. Porque además hiciste eso. Me construiste princesa, almacenando para mis fracciones de detalles, rescatando de los gastos generales una lustrosa porción mía, que generaba la envidia mística de la puerca madre, que formaba mi orgullo y mi postura. Tú me hiciste digna de construir la defensa, de mirarla provocativamente diez mil veces con mi fuerza de águila. Altruista. Me elevaron ese centenar de muñecas extranjeras que servían un té frío en mi corte, aseando, arrastradas, mis otras incontables cocinas y baños y ambientes múltiples en el indeterminado paraíso de títeres de plástico que solidificó mi imperio. Tu confianza me construyó emperatriz. Tuve mi barranco cuando aturdida por tu consumo te acompañé como una adolescente díscola, encendiendo el fulminante fuego materno con brazas de alcohol, en tus brazos alcoholizada, alcoholizados ambos en los desfiladeros de la muralla padre. Me descarrilaba pero me escapé porque tengo una

textura digna que conservar y, si frené a la várice de ácido, pongo el pie para desembolsar tu anestesia, tu triste y lastimosa anestesia. Hoy golpeas a mi puerta. En mi diminuto palacio de espejos tengo una minúscula bola de cristal. Una novedad desembocará en un testimonio que brindaré respecto de tu legado. Te abro.

Salvajemente el hombre golpea la puerta maciza agujereándola con su descontrol. Gonérila se detiene en el espejo pegado al tembladeral maquillando su máscara. Que espere, que aprenda a esperar. El viejo grita el nombre insigne a los corrompidos vientos aglutinando nubes peligrosas cuyo objetivo era presagiar idénticas tormentas. Por ello la detención de la hija, ya que ninguna, ni siquiera la reina de Holanda, sería capaz de soportar, aunque estuviese armada por sus toneladas de caudales, el dolor y la sombra que refleja un rey enloquecido. Abre nuestra reina ordinaria la compuerta de su bloque de cemento. Estoy mal, vivo con fiebre. Está mi culo pegado a un horrendo y miserable inodoro, mi boca deglutiendo apestosas pastillas de carbón que frenan sólo segundos el vaciamiento incesante de mi interior. La mujer recibe el comentario ubicándose en un sector sin luz para pensar una respuesta que deje huella. El alcohol, padre. Ese maldito vicio sobre el cual depositaste tus fichas y la jugada ahora te está desbarrancando ¿Acaso creías que tu cuerpo era el de un superhombre? Los accidentes automovilísticos no han logrado frenarte, ahora tus intestinos, tus tripas, aparecen como el alma de la condena. ¿Vengo a buscar tu ayuda y recibo esta reprimenda? La joven se queda paralizada. No es una reprimenda, es sólo ubicar que voy a escuchar lo que considere que le puedo brindar una respuesta en forma de ayuda. El resto sólo será escuchado como escoria. Me gustaría comentarte algo, hablarte de mi

temor a la posibilidad de morir, pero veo que nada de lo que te he ofrecido como testimonio de mi amor significa algo para ti. La murciélaga arrastra con la fortaleza de una amazona al padre, atascando a sus garras en el raído saco de terciopelo, arrojándolo en un rincón de la habitación. ¿Esto es un reino? ¿Estas malditas y rameras muñecas, tu valioso legado? Has comprado tantas muñecas como botellas. ¿Qué lógica indescifrable rige tu forma de invertir el dinero? El viejo llorando desconsolado aplastado contra la colmena de barbies, le responde. Lo hice por amor, ésta ha sido mi forma de conquistar tu amor. Gonérila tiñe sus ojos de violeta. Violenta irrumpe hasta pegarse al cuerpo del condenado. Has comprado mal, las botellas vacías son una herencia de nada. ¿Y las muñecas? Tengo HIV. La hija convertida en gato, sigilosa, se dirige a la captura de su teléfono de red. Presiona detenidamente con los dedos, que conservan en sus uñas diminutos encajes de cobalto incrustados a fuego. Se comunica conmigo porque no había a nadie a quien llamar, considerando que para su ficción yo era un especialista en peste. Como hablar con alguien de la realeza representaba un escape, ni bien me ubica me acomodo como la peste misma. Una extraordinaria mujer se apodera de mi cuerpo. Maldita como la que disca, con un perfil más bajo y sin sus joyas. Puedo responder a tu demanda, media hermana, medio princesa. Dile que me espere mañana a las ocho horas en la calle Cerviño en donde un elocuente Hospital General de Agudos nos recibirá con sus brazos de suero. ¿Necesitan de mi presencia? Esta tarea, media hermana, es un recorrido milagrero y sórdido, salvo que tengas aquel delirio no tipificado que acusaba recibo en el cuerpo de un insensato príncipe que quería vivir la inmunda vida de un mendigo. No soy de ésas. La princesa escupe esmalte de L'Oréal sobre un azulejo de barro genérico.

No vengas, yo me encargo. Exactamente a las ocho me tropiezo con el viejo decrépito, abrazándonos conversos en una línea que no es la del linaje sino la de la sangre contaminada. Siempre supe de lo tuyo porque mi habilidad de viejo brujo adivinó que las tinieblas se heredan más allá de las leyes de parentesco. Te reconozco Ignacio en esta situación como mi auténtica hija poniéndome completamente en tus manos. Lo observo desorientada elevándose mi cuello, jirafalizándose, con mi sonrisa de costra. No vuelvas a dirigirte a mí como si mi nombre fuese Ignacio, llamame Re, como la segunda nota de la escala musical. El cuello continúa buscando su cielo de tempestad. Agrego que lo que voy a ofrecer es corto, mínimo, un detalle. Una orientación que podría brindar una asistente social del conurbano bonaerense. Luego, cuando aprendas lo que significa este precario circuito y estés algo entrenado, desapareceré de tu vida y sólo te comunicarás conmigo en caso de extrema urgencia y en mi Reino considero que lo extremo es cuando el corazón abandona sus latidos. Gonérila sobrevuela el irrespirable aire de Balvanera al ingresar al del Abasto, depositándose como una piedra ciega sobre un acolchonado descanso del reciclado Mercado del Abasto, convertido en una galería comercial. Bebe una fría lágrima, mascullando frases preverbales, esperando a su Duque. El Duque ingresa al Coffee Store como un Caballero, cuya armadura se oxidó hace más de un año y semejante desarreglo lo convirtió en tosco. Un hombre de lata, que delata cómo afectó la corrosión a su salud, ya que cuando le habla a la Princesa, su voz se emite aflautada, cual la de una soprano ligera enfrentada a la gravedad del registro bajo de Gonérila. Nos vamos, nos tenemos que ir. El maldito viejo ha enloquecido. Se repetirá de una forma constante y arrolladora su demanda y no estoy dispuesta a dar lugar a

ningún pedido suyo. En el sur, tu Duque Padre, deberá alojarnos en su privadísima fortaleza. El Caballero la observa con sus faros de aluminio. No sé si él estará dispuesto a ello. La perra rompe el cristal de la mesa de vanguardia de la cafetería de acrílico, con su puño padre, depositando en los enceguecedores vidrios restos de cobalto. Expresé que nos íbamos, es un imperativo, una orden, no una sugerencia. Deberás hacer uso de tu política para convencer al espíritu egoísta de tu acaudalado pariente. Mi Padre no tiene caudales, te refieres así a él porque lo comparas con la posición miserable y ruin en que ha quedado tu Rey. La yegua se lo devora sacudiendo sus extensas pestañas sobre el precario óxido de la armadura. No pienso hablar de Reinos perdidos contigo. Sólo te estoy intimando a que produzcas de una forma coherente y exitosa nuestro escape. El plazo que te brindo es el de una semana. El destino ha decidido que me convierta en la Madre que conservará tu Estirpe. No escupas con tu saliva cobarde su rostro. El Viejo huye aturdido por la cantidad infinita de recomendaciones y se dirige hacia los brazos de su hija para encontrar calor y reposo, además de alguna orientación respecto del ramillete de recetas que le han entregado en el hospital general. Salvajemente el hombre golpea la puerta maciza agujereándola con su descontrol. Gonérila se detiene en el espejo pegado al tembladeral maquillando su máscara. Que espere, que aprenda a esperar. El Viejo grita el nombre insigne a los corrompidos vientos aglutinando nubes de sangre que instalan la catástrofe. Necesito tu colaboración, una alimentación especial. Mi salud está en riesgo, pero si me acompañas seguramente podré sobrellevar esta lastimosa sorpresa que me brinda la vida. La Reina teje un café instantáneo, rogando que el instante se esfume pronto. Me voy al sur, parto inmediatamente hacia el sur. ¿Me estás

abandonando? Te estoy avisando. No puedo frenar mis impulsos ni mi Imperio, perjudicando el devenir, por derivar la atención hacia el cuidado de alguien que despreció la vida como lo has hecho tú. El Viejo rasca con sus uñas deformes el inflado sillón, amagando una respuesta. Todo te di, casa, educación y hasta una muñeca de Milán. ¿Por qué recibo este desprecio? Continúa la uña del Rey agujereando el mueble. ¿Es por lo del pis, por lo del maldito orín? ¿Esta egoísta e irreversible actitud te la impones artificialmente, condenándome por aquel desagradable episodio del pis?

La danza muerta

El señor C me convocó para dar clases de canto en un colegio religioso, en donde él brindaba las suyas de actuación. Era una actividad heredada de Morgan, quien desilusionado por la baja repercusión de su repercusión, parte hacia América del Norte, abandonando a su grupo de alumnos y posibilitando la supervivencia del hermano menor. Yo nunca había dado clases de nada, sólo tomado apenas algunas de canto hacía ya bastante tiempo atrás, pero como C había presenciado una pieza de mi autoría, en la que un grupo de actores cantantes interpretaban mi cantata basada en un compilado de crímenes ocurridos durante el período menemista, al escuchar alguna armonía en lo coral, me llamó presumiendo que yo tenía habilidad en el armado de coros y en el entrenamiento vocal. C, al igual que su *alter ego* Morgan, vivía desquiciado y con la nariz partida debido a un aterrizaje forzoso que se precipitó en su derrotero artístico. Una participación estelar en un programa televisivo dedicado al público infantil lo lanzó hasta las alturas poco misericordiosas de una semifama que, ni bien finalizó el contrato, derivó en una complicada depresión pegada al reincidente consumo de polisustancias. A su desventurada carrera se le acoplaba una complejización moral y sexual. Durante su breve lapso de desinflado estrellato, lo conoce a Baum, al coreógrafo y

bailarín Baum, de quien se enamora y por quien termina abandonando a la enana Marga, compartiendo decididamente la existencia con una persona de su mismo sexo. Baum en la vida de C era el sinónimo de posibilidad, ya que se perfilaba como un facilitador, aquel que había logrado que él ocupara un lugar artístico de importancia y quien se iba a hacer cargo de que su carrera continuara hacia algún rumbo posible. Cansado C de intentar encaminar su mutilada vida familiar, ya que él se encargaba de contener a la petisita Marga, reservorio de recriminaciones y de sufrimiento estancado, se dejó capturar por el ímpetu desenfrenado de Baum, quien le generó una fantasía que permanecía adormecida respecto de la buena vida. En aquel período de bonanza, C y Baum despilfarraron dinero indiscriminadamente transitando atolondrados pasadizos del vicio y curioseando e investigando en lo que era su lema: el consumo de prohibidas sustancias psicoactivas. Se convirtieron, durante su experiencia, en expertos catadores de manjares de diseño, de ácidos fabricados en laboratorios a los que sólo el prestigio de Baum tenía acceso. Baum lo introduce a C en el consumo de alta calidad. Caídos como sórdidos ángeles gordos en el pantano de la vida sin lujos, el dúo se transformó en una intrépida pareja de lucha libre. Sin aquella pasta que los mantenía ligeros y centrifugados, la miserable abstinencia se les imponía como una prisión norteamericana, ésas que tienen extrema vigilancia y de donde nunca nadie logra escaparse o, en el caso de hacerlo, es posteriormente sometido a la pena capital. Sumergidos en el fracaso, intentando sustituir aquellas fabricaciones químicas por yuyos inclasificables, C recibe una convocatoria. Un productor teatral de mala muerte lo llama telefónicamente para mantener una reunión, en la que le

informa la intención de que él arme una versión musical y personal del cuento infantil *El mago de Oz*.
En ella iban a participar estrellas infantiles ya adultas, que vivieron su gloriosa repercusión en el mejor de los casos una década atrás, ya que en el caso de la actriz protagónica su momento cúlmine de fama había sido tres décadas antes. En realidad nadie se acordaba de estas figuras conocidas y lo único que esto generaba era que nos pasásemos haciendo cálculos numéricos y ejercitando nuestra memoria de largo plazo. Hablo de nosotros, porque C me invita a participar del equipo creativo como escritor de la versión libre del cuento que iba a ser dirigido por él mismo y coreografiado por el talentoso Baum. Lott, la protagonista del cuento, había logrado su espacio cósmico tras haberse convertido en la figura central de un festival de cantantes infantiles en la década del setenta. Una gordita entrañable capturó un lugar preciado en el anhelado firmamento conformado por luminarias nacionales. Los años se le fueron imponiendo a la nenita gorda con una pesadez erosiva y un odio desenfrenado hacia lo que el maleducado espejo le devolvía por la vía oral. Gorda, maldita seas. Maldigo tu exceso y esa picardía sin filtro que tenés. Infiltrate gorda, así se desinflama de una buena vez tu sinanalgésico dolor. La gordita Lott odiaba al espejo y a su invento, desorientada respecto de su genuina intención de querer ser una gordita pícara, aunque jamás dudando del accionar de sus progenitores. Ellos, con la voracidad de las bestias, abusaron de los logros económicos que generaba el fenómeno. Como la gordura era el signo que la convertía en insigne a la nena, la mamá se había dedicado a guisar suculentos desayunos, interminables almuerzos, variadísimas y exquisitas cenas, sobre las cuales la pibita, a pesar de su odio a lo obeso, se zambullía glotona y culposa. Como suele suceder, cuando

arribó la pubertad, el encanto infantil falleció y Lott quedó convertida en una desagradable adolescente gorda. Imposibilitada para oponerse al lugar inflamado y sobredimensionado que sus padres caprichosamente le asignaban, la quinceañera Lott decide quitarse la vida. Nunca recordará qué fue lo que la detuvo de cometer semejante crimen, aunque supuso que el freno a aquella fantasía de precipicio apareció cuando un pensamiento monovalente se le impuso. Voy a ir en busca de pastillas, prometedoras anfetaminas que me desbocarán hasta firmemente desinflamar mi ser globo. La bola se redujo con el correr de las horas, de los días, de un lustro. Luminosa renació esqueletizada, la auténtica Lott. Regresó luego de la engullida de pastas calma pero no a salvo. El destino, encargado de edificio añejo y semiabandonado, con su crónico traje sucio y gris, no la reconoció finalmente curada. Una furiosa marca en el ritmo cardíaco fue la infame secuela en la que desembocó el exabrupto anfetamínico. Para reforzar el martirio, la enflaquecida Lott halló un *partenaire* a cuyas manos quedó completamente sometida, a plena disposición. Un reducido y enfermo bocado a la carta.

A Lott la secundaban en la compañía teatral Brittany y Fantasy. Ellas habían declinado el verbo triunfar no hacía mucho tiempo, aunque lo suficiente como para sentir en el cuerpo la mortificación en la que queda convertido aquel infinitivo victorioso. La imposibilidad de remontar una fama, que habían vivido juntas en un programa televisivo y veraniego, las encontró amargadas en el novedoso proyecto maltrecho. Sobre todo a Fantasy, quien en aquel tiempo, el del final del exitoso ciclo, decidió aniquilar su vida, decisión que derivó en postergar el evento y en sustituirlo por una introducción en la adicción a drogas

prohibidas y a otras legales que se autoprescribía de un modo peligroso. Fantasy enfrentó de una manera terca la falta de propuestas posteriores al éxito, y se embrujeció ante tanta hostilidad del medio artístico, recluida en el consumo y posteriormente en el budismo. Buda se le convierte en su oráculo y en su escuela de vida, transitando la religión al pie de la letra, engolosinada de dogma y de porro. Volaba mientras oraba y viceversa, descomponía su filosofía y trastornaba su carácter. Ella vivía pacificada por su idea corta y budista acerca de la vida, del destino, de la muerte, de la modernidad, de la ecología y de la constitución nacional que era permanentemente enfrentada por versiones pesimistas aunque más realistas acerca de la vida, del destino, de la modernidad, de la ecología y de la constitución de 1856, que terminaban aniquilándola y haciéndola más bruja. Entonces ubicó a Brittany, quien en la teleserie había representado a su hermana menor, como su exacto secuaz. Váyase a saber en qué escandaloso mantra Fantasy dedujo que la constante confrontación con el otro le iba a dar un lugar, ya que esta ideología de lucha por el puro prestigio la convirtió en un amo tirano que encontró a la pobrecita Lott como al tablero sobre el que arrojaría sus dardos. Eras una gordita, ex pequeña Lott, y esa poco amable cualidad persiste seguramente en alguna zona de tu sistema límbico. Lott había padecido en su larga carrera la falta de respeto de productores y de actores que desconfiaban de su prestigio, y este maltrato le creó una coraza con la opción de dar algunas respuestas. Eres mala, posees una maldad que fue cosechada con paciencia y empeño. No creo que ni Cristo, ni tus mantras, ni el mismísimo Buda en persona logren vaciar ese veneno solidificado que se instaló sobre toda la extensión de tu bello cuerpo. Cansada de ahorcarla y de escuchar las ocurrentes frases de Lott, aburrida de tejer frágiles

conspiraciones en forma de telarañas con la dormida de Brittany, su mirada cruel amplía el panorama, captura con su foco a la pareja que componían Baum y el señor C. Se enamora enloquecidamente de C, con un amor de tiniebla, trastoca sus cálidos mantras en eróticos maleficios con el fin de captar su atención. C vivía sometido y cobijado por la devoradora ala de Baum, que ni bien se tropieza con la perturbadora figura de Fantasy descubre la inminente guerra de brujos. Fantasy encubría en la figura del Buda la presencia del mismísimo diablo. Cuando era niña, en la casona paterna de Caseros, una tía que se dedicaba a realizar este tipo de invocaciones le muestra una hermosísima estampa de Mefisto. Si concretas el pacto con él, todo se te cumplirá y tu ofrenda sólo quedará reducida a una mínima marca. Aquella sugerencia de su tía bruja la convirtió en una devota del diablo. El inesperado suceso de la teleserie en la que participó la anotició de que el producido sello había tenido su recompensa. Restaba esperar saber en qué forma la marca del diablo ingresaría en busca de lo que se prometió sin haberse pronunciado. Por ello, la noche de la finalización del fenomenal ciclo televisivo, apenas minutos después de haber aparecido sobre la pantalla la palabra “Fin”, el diablo la arribó reclamándole su vida a Fantasy. Desesperada corría con las manos aplastando sus oídos, escapando enigmáticamente de aquel poder fuera de serie, perdiéndose en el alcohol y las sustancias para frenar alocadamente el impulso que la obligaba a quitarse la vida, con el fin de cumplir lo pactado. Pero ella no era cualquier bruja y tampoco una mortal del montón. No voy a entregar mi vida, sólo necesito tiempo y tendrás tu recompensa. El hechizo tuvo su efecto logrando que el demonio finalmente se esfumara. Entonces a Fantasy sólo le restaba cumplir con lo prometido.

Baum amaba mansamente a su C, lo cuidaba como quien lustra aquel trofeo que costó trabajo lograr. Sabía por lo que percibía, en lo más profundo de su corazón, que C estaba con él sólo por una interesada conveniencia, y transitaba ahora por un surco inconveniente ya que la poca fortuna le imposibilitaba brindar lo que el otro le exigía. Sin embargo, a pesar de su flamante falta de fe y su recurrente necesidad de efectivo, hipotecaba sus bienes para proteger económicamente a su amado, que vivía desarmado y repleto de deudas. Ambos tenían hijos que socorrer, ex esposas en situaciones financieras precarias, pero era Baum quien, como un improvisado financista, se ocupaba de las cuentas de todos. C, por su lado, armaba su plan b, incluyendo un posible plan c, hasta un Fantasy plan. La conjetura era la siguiente. Si Fantasy había conquistado en su existencia una porción de fama, al estar a su lado ésta podría resurgir y reproducirse. Acoplados, felizmente, cosecharían hectáreas de fama. Fantasy tenía otro plan. La sacerdotisa lo invitó al aquelarre, lo envició con su pócima, lo apartó en innovadoras zonas boscosas, en las que C, adormecido en la caverna, se entregaba por completo al brazo con terminal en forma de escoba de la hechicera. Mantengo una deuda que no es monetaria aunque es letal como tu debacle económica. Soy una mujer poderosa, y no me refiero a poseer riquezas materiales que con el tiempo pierden su brillosa trascendencia. Hablo de algo de lo que careces, y que si estás a mi lado, podría enriquecerte, si incorporás esta influencia. La vida no se limita a lograr fama, riqueza o provisión de drogas. Si colaborás conmigo te podré mostrar algo de su trascendencia más allá de este aquelarre.

El señor C armaba lentamente sus valijas ante la aterrada e inyectada por venosa sangre captura óptica de

Baum. Descolgaba provocativamente media docena de camisas de seda que Baum iba a abonar con su carencia en los próximos meses de soledad, ya que habían sido retiradas de diversos negocios a crédito con su tarjeta. Debajo, en un descapotable automóvil gris, la hechicera encendía los afónicos motores. Si te vas, me mato. Si te vas, agarro todo el Clonazepam, toda la Carbamazepina y la mezclo con esa nada de merca podrida que dejaste, porque así de egoísta sos, te vas y me dejas con toneladas de pastillas y sin nada para esnifar. C lo miraba arrogante, embelleciéndose con una decorativa impostura de arrogancia. Podrías picar cuidadosamente las pastillas, logrando así el suficiente polvo para luego esnifarlo como más te guste. ¿Esto es una recomendación? ¿Es la recomendación que hace alguien a quien uno ama con locura? Vos lo dijiste. Ese amor loco es todo tuyo, yo sólo amo a la ocasión. La bruja, con su larga cabellera peinada hacia adelante, como en una película de terror filmada en Japón, atrapaba con fuerza el disco de metal, mientras comenzaba con su canto mántrico.

> Agrégale a la mezcla una pastilla negra de carbón Con tu limitada visión creerás que un color gris surgirá de la mezcla
> pero si logras observar bien, un sol radiante te cortará la vista
> dorado y amarillo, encendido desde la misma pasta
> En Congreso se producirá el deceso
> un cuarto desde el cuarto alguien
> arrojándose
> Esa pastilla negra que le agregas es una determinante ostia
> que se suma a tu serie de recurrentes y sustituibles otras ingrediente decisivo para lograr el arribo y en

Congreso se producirá el deceso un cuarto piso desde
tu habitación cadalso
alguien arrojándose Oz
es un cielo
intervenido por una acuosa secreción nasal
producto de gripes mal curadas un cielo
líquido.

Esparta

Eso que sucedió no debió haber ocurrido. Yo estaba mal, muy mal. Alcoholizado. Regada mi sangre por frutales licores que adormecieron mis sentidos, insensible, tan solo buscando donde recostar a mi deriva. Fue un error, cometí un pecaminoso error al confundir tu mullido lecho, sobre el que sobrevolaban delicados pétalos de amarilis y coloridas polillas, con una oscura letrina. Luego, tremenda confusión, desahogué el residuo de mis riñones sobre tu faz de porcelana fría lo que provocó que te despertaras furiosa y a los gritos de esa pesadilla que era la vigilia misma, que te convocaba a soñar despierta, incrédula de semejante escena de ultraje. No hubo otra intención, mi adorada Princesa. No la hubo. Sólo pido que disculpes a aquel desafortunado error del destino.

Una gárgola desprendió determinante las rígidas membranas del saco muscular de Gonérila. A las patadas comenzó a producir la ceremoniosa despedida del Rey. A la calle, a la corrosiva calle con tu pestilente almicidio. ¿Has venido para que te recuerde, para que mi fatigada memoria me revele tu lasciva máscara? ¿De qué se trata esta aclaración? Golpeó con la fuerza de un animal mitológico sobre el casco sin corona del confeso. Luego, en horas, se alzó con su Duque y partió hacia tierras gélidas

rodeadas por océanos de cromo. El Viejo arrastrándose retornó al hospital general a solicitar asilo.
Discúlpenos, señor mendigo, pero lamentablemente ésta no es una casa de medio camino. Sólo le puedo brindar la recomendación de dirigirse hacia Esparta, un gigantesco sidario que queda en la localidad de San Miguel en el conurbano bonaerense. Allá, en esas tierras lejanas, lo recibirán dedicados religiosos, quienes lo encaminaran por la buena senda de la disciplina y de la fe cristiana. En Esparta, el sometido Rey encierra su deseo y se acomoda en la nueva casa. La restricción era moneda corriente en la residencia religiosa, sometido el enjambre de malparidos a brindar cotidianamente testimonio de su fe. El Viejo comenzó a aborrecer a Dios y a aquel destartalado techo que lo cobijaba. La Turra, en aquella secuencia de maltrato continuo, le arrojó, sobre la zona de su miembro, un inservible teléfono celular que le sobraba y que tenía una minúscula carga de crédito. Desesperado se comunicaba con el Sur logrando que su voluntad produjese el milagro.

Helada, cubierta por un exacto traje de satén, La Reina escuchó con precaución del otro lado. Esto es inhabitable. Me han derivado a un maldito sitio inmundo infectado de ratones y travestis. El aire es irrespirable, la comida no logra atravesar el surco de la garganta. Mi vida no va a durar demasiado tiempo acá. Se arrojaba Vuestra Majestad, hacia su pastizal de cristales, se cubría por una pesada piel de oso polar que culminaría sobre la estepa cuando la Alteza comenzase a entrar en calor. Si no vienes a rescatarme realizaré una denuncia por abandono de persona que terminará haciéndote desprender de tu roñosa ropa interior. Las carcajadas de la maléfica repiqueteaban como voluptuosas campanas de Notre Dame, su ruido llegaba hasta el mismísimo centro de la ciudad austral. Ve con algún Juez y realiza tu denuncia. Yo, amasijada por mi

lujo azul, esperaré tu miserable misiva camuflada como un telegrama. Luego del precipitado corte, la risa de la hiena se detuvo seca armando un silencioso remordimiento. Tal vez aquella amenaza paterna le generaría algún perjuicio. Cabizbajo, se encaminó hacia la cocina del rancho a soportar su desilusión. El Payaso Ant estaba asignado como cocinero, puesto rotativo que parecía definitivo en sus manos, ya que su buena voluntad y el conocimiento del oficio lograban el buen comer del grupo de enfermos. Particular era el trato que tenía el Payaso hacia el Viejo. Con el inestable tiempo, pasaron de ser desconfiados compañeros de habitación hasta sentirse fieles camaradas en aquella dura estadía. El Payaso cocinero tiernizó la dureza de la comida de indeterminado estado, donada a la santa institución sin fines de lucro ni culinarios. Ant reconstruyó con su arte un gusto pecaminoso que revivió a las desnutridas travestis, a los descerebrados adolescentes adictos a combustible y a diversos pegamentos, hasta poner de pie al amargado Viejo. En cada jornada, las exquisiteces que partían desde la cocina, con sus aromas que impregnaban el aplastado ambiente, amasaban un porvenir y la ilusión comunitaria. Todo marchaba con su pizca de sal y la dosis exacta de azúcar hasta que el padre Horacio, el regenteador de aquel establo, se entera de oídas del origen de Ant. Ant era judío, no uno ortodoxo aunque supiera leer perfectamente en hebreo. Un judío disciplinado y obediente que aceptaba la magna condición del organismo de tener que realizar una fervorosa oración antes de la cena. Llegó incluso hasta pronunciarla falsamente, acoplándose a la comuna para sobrevivir con la aceptación de la red. Pero cuando el padre Horacio se enteró de lo que la viciosa boca de la travesti Tisha le reveló, se refería a la semita condición del Payaso, el elocuente cocinero fue expulsado de la cocina.

Salvajemente el hombre golpea la puerta maciza agujereándola con su descontrol. El Padre se detiene en el espejo pegado al tembladeral observando su máscara. Que espere, que aprenda a esperar. El Viejo ingresa con los puños en forma de balas, los hombros pegados y confundidos con el cuello, la dentadura fuera de su depósito. ¿Por qué ha tomado esta decisión, Padre? Ant y su predisposición han logrado lo que ninguna de sus inútiles oraciones pudieron conseguir. Que todos los que infelizmente estamos depositados acá soñemos con un porvenir. El cura eleva su exagerado mentón que acaricia una desgastada felpa traída directamente desde el Vaticano. ¿Quién le dijo a usted que esto en donde habita es un albergue de sueños? ¿Qué función cumple esto entonces? Se acerca Comenio hasta su pizarra mágica a brindar su clase magistral. Esparta, un gigantesco sidario. Hubiésemos preferido que fuese una Factoría. El Gobierno Nacional no brindó los fondos necesarios para que pudiera realizar mi empresa. Le formulo una aclaración acerca de lo que no es. No es un remanso, un recreo de adultos, ni de gente de mala vida. No es un comedor refinado para que ustedes, inmensas víctimas de la lujuria, recuperen su indomesticable paladar. Agrego algo más. En Esparta nadie nunca ingresó por esa puerta sin mi consentimiento. Usted, Viejo miserable y maleducado acompañado del Judío Bufón, será expulsado de esta Bendita Institución de Dios. Arrojados por las manos del Tiránico Padre, deambulaban el Viejo y el Bufón acompañados por una tristemente fiel Tormenta Eléctrica que humedecía el interminable campo abierto de José C. Paz. Atascado en el barro, el triste Payaso Ant fue atravesado por un Rayo Asesino, que lo dejó con la cara formando un hueco en la tierra mientras el rostro del viejo, armaba una mueca de angustia, que se paralizó en su gesto. Enloquecido por la

muerte abrupta de su Amigo, comenzó a gritar el nombre insigne a los Corrompidos Vientos. Gonérila. Gonérila. Utilizaba el destartalado celular que milagrosamente intentaba comunicarlo. ¿Por qué no respondes a mis llamados? Maldita seas, Maldita Hija Mala, Maldita Hija Mía. ¿Por qué me Abandonas? ¿Por qué sufro en el medio de esta devastadora Tormenta de tu Perverso Desprecio? ¿Qué Castigo compensará esta Humillación que Ejecutas sobre tu Propio Padre? Una idea extravagante perforó un grupo de sus alicaídas neuronas. No podrás Parir. Nunca podrás dar a Luz. Que aquello de Nacimiento se te Fermente adentro de tu cuerpo de bicho, que no logres Engendrar. Y si lo hicieras, si por alguna fortuita desviación lograras parir, que lo que te nazca sea una maldita Gonérila.

Retornó al Hospital de Agudos, en un estado tan crítico que correspondía exactamente a la orientación del sitio. Deambulando por la zona, rescatando Lipodistróficas toneladas de Crixivan, me lo llevo con torpeza por delante al Viejo. Ignacio, Hijo mío. Gonérila no responde a mis llamados. Me han desalojado de un sitio de mala muerte que me brindaba una apestosa subsistencia. Una fulminante Tempestad deterioró lo poco que quedaba sano de mi condenada salud. ¿Podrías ser el intermediario para hallar una pizca de compasión en el corazón de tu Hermana Reina, a quien todo le entregué para nada recibir a cambio? Mi boca se pegó a la suya, amenazante, aturdida por el nauseabundo aroma a Muerte que deprendía el Soberano. Re. Mi Nombre es Re y participaré de esta Epopeya, logrando que el Velo de tu interminable Negación caiga como una kilométrica ancla.

Pequeña era la Hija Menor, quién aparece en escena, como un inesperado retoño tardío, ingresa en pleno derrumbamiento del cuadro familiar. Su contacto con el Rey Padre fue minúsculo, aunque suficiente para desorganizarla. La voluptuosa crueldad de Gonérila, desprendido tentáculo de la Reina Madre, frenaron sus impulsos, hasta fabricarla mínima. Tímidamente, se construyó insignificante en el espejo con punta de uña de la casa Matriz. Testigo muda del hundimiento, decidió derivar su rumbo hacia sitios en donde la ley de gravedad pudiera ser controlada. Aunque se vio sometida por la moneda de circulación familiar que el alcohol encarnaba con sus manos de quitapenas. Una trampa artificiosamente cosida en forma de trama, la captura con el fin de apaciguar la pena Legal de su Hermana culebra y la deuda Moral de su Madre Patria. Porque el genuino objetivo de esa Patria era el Aniquilamiento Definitivo de cualquier Potestad. La pequeña, Sacrificado Cordero de Dios, cuidaría del último período de la vida del rey. Habla la Monstrua. Me han advertido que tengo una responsabilidad Jurídica sobre mi Progenitor. No quiero despertarte de tu interminable sueño, mi bella durmiente, aunque amplío a "Nuestra" la Responsabilidad. Conozco de tu desventura y no quiero agregar pesadilla a tu serie de sueños. Yo acá en el Sur continúo diagramando mi Reino, atolondrada con mis asuntos y mi Política. No puedo enviciar mis decisiones con cuestiones Espurias. Serás una improvisada Albacea, quien compensará mi ausencia. Recibirás una considerable Recompensa por tu acción. Yo, Gonérila, la Prometida del Duque de Alba, amaneceré cubierta Legalmente gracias a tu intervención. Pequeña, cuya única esperanza amorosa se encontraba en el dulzor de Borgoña, atascada por fulminantes períodos de sumisión a fiestas báquicas, retiraba ansiosa dinero de un Cajero Automático lindero al

Hospital General. Ingresó a la habitación, en la que su Padre se encontraba apartado del resto. Cuando llegó la niña, el moribundo Rey se puso frágilmente de pie. Yo soy Pequeña, tu Hija Menor. Gonérila se ha comunicado conmigo y me ha informado de tu situación. Vengo a cuidarte, Papá. Soy quien tendrás a tu lado y en quien deberás confiar. El rey la observaba con su enloquecida ceguera de arriba abajo. Que me parta un rayo, volando mis sesos, como en aquella oscura noche en la que mi Bufón perdió la vida. Que todo este desventurado mundo se me derrumbe de una buena vez, antes de seguir cayendo en las improvisadas manos de la Falsa Misericordia. Escapate, desconocida pariente, y permití que mi Destino, viejo encargado de edificio demolido con su sucio traje gris, quede por fin Completamente Realizado.

Huyó la niña con sus zapatillas rosas, en puntas, saltando como una correcaminos, superando las alturas de las frondosas arboledas que se encontraban sonriéndole sobre la calle Coronel Díaz. Trotaba como una bambi, se deshacía, traviesa, de pruritos morales y legales, con la mano repleta de Billetes de todos los colores y el espíritu inundado por el recuerdo que quedó luego del último trago. Se desentendía del trago amargo de haber querido afrontar el apagado puesto de cuidadora de un soberano.

Salvajemente golpeaba la puerta maciza agujereándola con mi descontrol. La cerradura superior de la tabla barrera había sido inhabilitada por una llave que tuve alguna vez en mi poder. Esa pieza que rescaté luego de un cruento robo que desvalijó la casa y que aproximó a Daniel a una riesgosa muerte, cuya guarnición estaba conformada por pastillas, una docena de diversos ansiolíticos que le suministró inescrupulosamente el chorro, fue reclamada con posterioridad, ya que yo conservaba la copia que le habían sustraído en el lamentable evento. Luego de su prolongado período de erisipelas y de crecimiento de amenazantes sarcomas, Dan decidió ponerle fin a su calvario y se dispuso a tomar aquellos estigmatizados retrovirales, postergada ingesta que por fin se producía. Las blanquecinas patillas lo pusieron de pie, elevando su libido y las recurrentes situaciones de riesgo al límite superior de cualquier límite superior, utilizando su domicilio como lugar privilegiado en el que él consumía los interminables encuentros. La tercera generación de drogas lo convirtió en un arriesgado adicto al sexo, restringió esta actividad, ubicó la concreción de la misma sólo en su hogar ya que era el espacio en el que él podía camuflar cuidadosamente la apariencia de sus Kaposis, maquillándolos como un

experto artesano, y controlar la situación lumínica del lugar en el que se iban a concretar las interminables series de garches, haciendo uso de un dimer que había adosado a la llave de luz, admitiendo, con todo aquel artilugio, la Penumbra. Advertido, tras la interminable secuencia de situaciones de riesgo, que tanto la vida de Daniel como la mía corrían peligro, me refugio en la pocilga de Tiresias, un amante ciego y pobre. Mi destino, viejo encargado de edificio cubierto de una erosionada humedad con su sucio traje gris, ofrecía dos obtusas vertientes. El miserable y oscuro derrotero, comiendo pan viejo junto al no vidente, o la oscurecida vía del suicida serial, que de puro malo me ubicaba en su serie de derrumbe. El Contador Público aniquiló con su cerradura mi procrastinación, interpretó las huidas a lo del ciego como un abandono, me cerró descaradamente la puerta de su vida que yo salvajemente intentaba golpear agujeréandola con mi descontrol. Me dejaste afuera, no puedo ingresar. Tengo cuatro cajas de retrovirales que quedaron capturadas por tu capricho. No es un capricho, cuando puedas te comunicás conmigo, venís en mi presencia, retirás tus cosas y me entregás la Llave, que tenés aún en tu poder. Su seca determinación me trastornó. Detenidamente armé el rescate de mis pertenencias, reflexioné en bares, completamente a solas, acerca de mi accionar. Mi presunción era que Daniel no iba a sostener en el tiempo el uso de las Dos Llaves. Durante un mes, monitoreaba el espacio, intentaba ingresar sin suerte, hasta que su descuido dejó la puerta liberada. Sin la necesidad de golpearla salvajemente ni de agujerearla. Completamente a mi disposición. Retiré mis cosas, algunas de las suyas, una pesa y una tarjeta de plástico de la que logré extraer el suficiente dinero para sobrevivir un tiempo. Ni bien concreté la operación, me dirigí a lo de mi Mamá, a quien le hice entrega de algo de ese dinero, para

que se comprara una cortadora de césped de última generación.
Al verla cortar el césped, con su Guillotina Padre, una sonrisa ahuecada, desdentada, bella, siniestra, de oreja a oreja, con durezas enigmáticas en los extremos, amplia, ampulosa, éxtima, eximia, saludable, la salud es una cura cínica (LIPODISTRÓFICA), asomaba, se establecía, realizaba su instalación, encontraba el recoveco que le pertenecía para petrificarse, ahí, en mí, en, mí inmisericorde Mí. DO RE MI

Un escrito inspirado es una inscripción Mística, que parte desde el más allá, se pronuncia en la Letra. La palabra de Dios, hecha texto en Biblias construidas como Diarios Íntimos. La Intimidad de Dios, revelada en la escritura del Ignorante de Ignacio. Un comentario al pasar. Daniel finalmente, como todos los mortales, muere. La policía lo encontró sentado sobre una silla con una bolsa de plástico cubriendo su rostro. Un artículo periodístico, en el sector policiales, definió el episodio como un robo con posterior homicidio. No se encontró al autor. La Lipodistrofia es una reducción que reubica algo arbitrariamente en otro espacio. Nadie podría arriesgarse a decir que el Espacio es la morada de Dios, sería una humorada, un mal chiste. Algo de la composición física de la vida va alternando su lugar, sobrellenando y vaciando, con un ritmo incesante, en manos de un punzón. Un relato no es un escrito. Tampoco una transmisión oral. Yo, Ignacio Amoalavida, escribo como se me canta. Como un barítono.

GONÉRILA NO SABE QUE NO SABE QUE NO SABE.

Índice